LA VIDA ESPIRITUAL

POR EL PADRE

MAURICIO MESCHLER, S. J.

LA VIDA ESPIRITUAL

REDUCIDA A TRES PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

POR EL PADRE

MAURICIO MESCHLER, S. J.

Versión española por el padre
JUAN M. RESTREPO, S. J.

Barcelona
1943

ÍNDICE GENERAL

Apuntes biográficos....6
Prólogo....7

PRIMER PRINCIPIO FUNDAMENTAL....9
La oración....9

Capítulo I....9
Qué cosa es orar....9

Capítulo II....10
Cuán grande y excelente es la oración....10

Capítulo III....12
El precepto de la oración....12

Capítulo IV....14
El gran medio para alcanzar la gracia....14

Capítulo V....17
Eficacia ilimitada de la oración....17

Capítulo VI....20
Cómo ha de hacerse la oración....20

Capítulo VII....22
La oración vocal....22

Capítulo VIII....24
Modelos de oración....24

Capítulo IX....30
La oración mental....30

Capítulo X....33
Las devociones de la Iglesia....33

Capítulo XI....35
El espíritu de oración....35

SEGUNDO PRINCIPIO FUNDAMENTAL....40
El vencimiento propio....40

Capítulo I....40
Recta idea del hombre....40

Capítulo II....41
Qué cosa sea el vencimiento propio....41

Capítulo III....44
Por qué debemos mortificarnos....44
Capítulo IV....47
Propiedades del vencimiento propio....47
Capítulo V....48
Algunas objeciones....48
Capítulo VI....50
Mortificación exterior....50
Capítulo VII....52
Mortificación interior....52
Capítulo VIII....53
Mortificación del entendimiento....53
Capítulo IX....55
Mortificación do la voluntad....55
Capítulo X....58
De las pasiones....58
Capítulo XI....59
La pereza....59
Capítulo XII....61
El temor....61
Capítulo XIII....65
La ira y la impaciencia....65
Capítulo XIV....67
La soberbia....67
Capítulo XV....70
Antipatía y simpatía....70
Capítulo XVI....73
La pasión dominante....73
Capítulo XVII....76
Resumen y conclusión....76
TERCER PRINCIPIO FUNDAMENTAL....79
El amor a Jesucristo nuestro Señor....79
Capítulo I....79
El amor....79
Capítulo II....80
Cristo = Dios....80
Capítulo III....84
Dios Hombre....84

Capítulo IV.....87
Dios = Niño.....87
Capítulo V.....89
El mejor Maestro y Guía de las almas.....89
Capítulo VI.....92
El Hijo del Hombre.....92
Capítulo VII.....95
El obrador de maravillas.....95
Capítulo VIII.....98
El libro do la vida.....98
Capítulo IX.....100
Era bueno.....100
Capítulo X.....102
Pasión y muerte.....102
Capítulo XI.....106
Vida gloriosa.....106
Capítulo XII.....109
El Santísimo Sacramento.....109
Capítulo XIII.....113
El último encargo.....113

LICENCIA ECLESIÁSTICA

Nihil obstat. El Censor: Dr. Gabriel Solá BRUNET, Pbro.

Barcelona, 23 de febrero de 1943.

Imprímase: † MIGUEL DE LOS SANTOS, Obispo A. A. de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rdma.,

Dr. LUIS URPÍ CARBONELL, Maestrescuela, Canciller-Secretario

Apuntes biográficos

Tras una larga existencia consagrada al trabajo, a los 82 años de su edad y 62 de religión, el Padre Meschler murió dulcemente el 2 de diciembre de 1912 en Exaeten (Holanda). Varias veces desempeñó en la Compañía de Jesús importantes cargos: fue durante 25 años Maestro de Novicios en su provincia de Alemania, Prepósito Provincial de la misma desde 1881 a 1884, y desde 1893 a 1906 Asistente del M. R. Padre General en Roma. Nació el P. Meschler el 16 de septiembre de 1830 en Brig (Suiza).

Por sus escritos llegó a hacerse el P. Meschler, aun fuera del recinto de las casas religiosas, un fiel amigo y seguro consejero de millares de almas. Justamente las que menos gustan de la palabrería redundante y sentimental de muchas malsanas producciones modernas de nuestra literatura piadosa, son las que más se acogen a las obras de Meschler, porque saben que en ellas les habla un autor que, libre de pretensiones e ideas exageradas, no quiere otra cosa sino familiarizar a los hombres con las profundas enseñanzas de la doctrina y de la vida de Jesucristo.

Lo que el P. Meschler nos ofrece de las verdades religiosas y la instrucción ascética descansa sobre las sólidas bases del dogma y la moral: la misma agrupación de sus ideas resalta por la nitidez de los contornos. Su fuerza se debe no a nuevos y originales artificios retóricos, ni a artísticas construcciones de frases, antes a la riqueza y genuinidad de sus materiales: todo es en él verdad, belleza y devoción. Lejos de todo lo que es exagerado, violento y vista incompleta del asunto, se hermanan en él armónicamente el don de la aclaración y de la mesura. Se junta a esto una dicción tersa, fluida y transparente, que, si por su calor intenso penetra el corazón, también a veces se remonta hasta la más alta belleza poética, sin que por ello se menoscabe en nada su diáfana comprensibilidad. Cuanto pasaba por sus manos se tornaba en relieve tangible y animado.

Así como los originales alemanes de las obras del P. Meschler, gozan ya de la mayor aceptación también sus traducciones en las lenguas francesa, inglesa, italiana, húngara, y por cierto no en último término las publicadas en la lengua de Santa Teresa y de Fr. Luis de Granada.

Prólogo

Hubo un príncipe persa, grande amigo de la ciencia, que reunía para su biblioteca todo género de escritos, y los llevaba consigo a todas partes. Pronto vino a ser ésta una carga pesada; por lo cual mandó a algunos sabios compendiasen toda la ciencia de sus libros en un número tal de volúmenes que pudieran cómodamente llevarse en un camello. Pero, como viese andando el tiempo que tampoco era esto posible, los hizo resumir todos en uno solo, y acabó más tarde por condensar este único en una máxima fundamental y práctica para la vida, logrando así llevar consigo toda su ciencia sin ningún trabajo y fatiga, antes con gran provecho y facilidad.

Pues ésta es también la idea en que se funda esta obrita. Libros que tratan de la vida espiritual los hay innumerables y voluminosos. ¿Quién es capaz de conocer sus nombres y contar su número? Y a fe que no es de lamentar esta abundancia, ya que nunca se puede escribir y leer lo bastante acerca de la vida espiritual, siendo ella, como en realidad lo es, lo mejor y más excelente que puede tener el hombre acá abajo. Pero ¿quién va a leer todos esos libros y retenerlos en la memoria? No hay duda; ganancia es y ventaja conocer y poseer la ciencia del espíritu y de los santos de una manera breve y compendiosa, y sin perjuicio al mismo tiempo de la materia.

Por otra parte, éste es también el espíritu de nuestro tiempo: juntar y disponer de un modo sencillo, manual y práctico todo lo necesario para la vida. Y aun en nosotros mismos se cumple lo dicho, pues con el transcurso del tiempo tendemos a simplificarlo todo extraordinariamente, y al fin nuestra ciencia viene a reducirse a un principio que domina en nuestra alma y señorea todas nuestras acciones. Cuanto más nos vamos acercando a Dios, nuestro último fin y término, más participamos de su divina simplicidad, y al fin Dios será para nosotros una cosa y lo será todo a la vez. Pues lo mismo pasa con la verdad divina, que es una y lo abarca todo; y ésta sola, abrazada seriamente y puesta en práctica, basta para hacernos santos.

Así es como se presenta en esta obrita la vida espiritual, simplificada y reducida a tres puntos capitales, sin los cuales de nada serviría la más subida y amplia ascética, pues le faltaría lo más necesario y substancial, y

no podría alcanzar su fin. En cambio, guiándonos por estos principios e informando con ellos nuestra vida, saldremos verdaderos ascetas, con la gracia de Dios. Y si en el curso de nuestra vida espiritual llegamos alguna vez a notar que no va la cosa tan bien como debiera, examinémonos a la luz de estos tres principios y veamos si en la práctica nos atenemos a sus consecuencias, seguros de que por este medio hallaremos en qué hemos faltado, y de que no tenemos que hacer más, para llegar a la perfección, que volver con constancia a subordinar a ellos nuestras acciones.

Ciencia de bolsillo llamó un escritor ingenioso sus enseñanzas sobre la vida mundana. Este libro podría llamarse *Ascética de bolsillo,* pues en él se contiene la quintaesencia de la vida espiritual y es, como si dijéramos, la ascética en miniatura, compendiada en solos tres principios. *La cuerda triple difícilmente se rompe,* dice la Escritura (Eccle 4, 12); por eso tienen que ser también aquí tres las máximas fundamentales que, entrelazándose, robusteciéndose y completándose mutuamente, forman el anillo de la sabiduría, en el que va engastada aquella perla de la perfección cristiana por cuya posesión el sabio mercader, ansioso de mercadería tan preciosa como las perlas, da por bien empleados todos los trabajos y fatigas, y llega hasta vender todo cuanto tiene. (Mat. 13, 46.)

Luxemburgo, 8 de agosto de 1909.

EL AUTOR

PRIMER PRINCIPIO FUNDAMENTAL

LA ORACIÓN

Es la oración el comienzo de todo bien en el hombre. Así que aprender a orar, estimar, amar y ejercitar fervorosa y debidamente la oración es un tesoro inapreciable para el tiempo y para la eternidad.

CAPÍTULO I

Qué cosa es orar

Orar es lo más sencillo que hay en la tierra y en la vida humana. Bastaría para probarlo la necesidad tan grande que tenemos de la oración.

Para orar no debe uno ser sabio, ni elocuente, ni rico, ni estimado, ni siquiera es necesario tener devoción sensible. Esta no suele ser de ordinario sino compañera y accesoria, de la oración. ¿Acaso depende de nosotros la consolación? No; Dios es quien la da, y es preciso recibirla con agradecimiento. Ella hace gustosa la oración; pero no le es indispensable y, de todos modos, haya o no haya consolación, se puede y se debe orar siempre.

Para orar basta únicamente conocer a Dios y conocerse a sí mismo; saber quién es Dios y quiénes somos nosotros, cuán ilimitada es la bondad de Dios y cuán profunda nuestra miseria. La fe y el catecismo son la ciencia que se requiere para orar; nuestra necesidad ha de ser la que encamine nuestras palabras. Lo único que hace falta es tener algunos pensamientos, cuantos menos mejor, algunos deseos, y finalmente algunas palabras, por lo menos internas, pues de otro modo no hay oración. Ahora bien, ¿dónde hay un hombre incapaz de pensar y desear algo? Pues esto es todo lo que necesitamos para este noble ejercicio de la oración; en cuanto a la gracia, Dios la da liberalísimamente a todos y a cada uno en particular.

Orar no es otra cosa que hablar con Dios, adorándole, alabándole, dándole gracias, pidiéndole mercedes y perdón por nuestras culpas. Dicen algunos ascetas que la oración es un discurso hecho a Dios o audiencia con él. Demasiado elevado parece esto. Muchos no saben hacer un discurso ordenado, y eso de audiencia es algo así como cosa de etiqueta. Tenemos que habernos en la oración como en una conversación familiar con un buen amigo a quien queremos de veras, y a quien confiamos con sencillez y candor cuanto tenemos en el corazón: nuestros sufrimientos y alegrías, nuestros temores y esperanzas, y del que recibimos, en cuanto es posible, consejo y aliento, ayuda y consuelo. Y esto, ¿cuándo no lo podremos hacer? Entre nosotros, aun las cosas más importantes las hacemos sencillamente y aunque estemos secos y sin chispa de sentimiento y emoción, y siempre valen si se hacen con reflexión y seriedad. Así tenemos que habernos con Dios en la oración; cuanto más sencillamente mejor, con tal que nos salga todo de lo íntimo del alma.

Los hombres echamos a veces a perder la oración, y la hacemos difícil y desabrida, porque no sabemos hacerla como conviene, ni formarnos recto concepto de ella. Digamos a Dios lo que tenemos en el corazón y tal como lo tenemos en él, y la oración será buena. Por todas partes se va a Roma, dice el refrán; pues de la misma manera, por cualquier pensamiento se puede llegar a Dios. La buena oración es la que se hace con sencillez. ¿Acaso podemos presentar a Dios conceptos elevados e ingeniosos? Pues cuando otra cosa no podamos, digámosle que nada sabemos y que nada se nos ocurre: que aun ésta es una manera de orar y reverenciar a Dios y de alcanzar sus favores.

CAPÍTULO II

Cuán grande y excelente es la oración

Son nuestros pensamientos retrato de nuestra alma; cuanto más nobles y grandes son aquéllos, tanto es ésta más noble y elevada. Mientras nuestro espíritu sólo se ocupa en lo terreno, en lo que entra por los ojos, en lo creado, aparece nuestra alma como encerrada dentro de los límites de lo finito y perecedero; en cambio, cuando piensa en Dios, como que participa de la nobleza de la divinidad. Sólo el ángel y el hombre pueden pensar en Dios, y cierto que pensar bien en él es lo más excelente que puede hacer el espíritu creado. Mayor que Dios nada puede concebirse. Pues bien,

precisamente en la oración es donde se eleva el hombre con sus pensamientos hasta Dios y se ocupa en él. Con nada está el hombre más íntimamente ligado que con la imagen de sus pensamientos, y ésta es entonces precisamente Dios, lo más grande, lo más hermoso y elevado que hay en el cielo y en la tierra. No hay cosa, fuera de la sagrada comunión, que tan estrechamente nos una con Dios como la oración. Poder pensar en Dios es para el hombre honra singularísima; porque tratar con hombres a quienes se puede ver y oír no es ninguna maravilla; pero comunicarse con un ser purísimo e invisible es algo más; y cultivar este trato convenientemente y como corresponde es, a no dudarlo, una elevada y noble perfección del alma y casi una especie de vida divina. El humilde siervo de Dios que por medio de la oración sabe comunicarse con su divina Majestad, tiene derecho a presentarse en la corte de todos los reyes y emperadores del mundo. La razón porque a los hombres generalmente suele hacérseles pesada y dura la oración, es el fastidio; pero éste no procede de la oración, sino del hombre, que es terreno y no tiene ideas verdaderamente elevadas. El fastidio, pues, no es para nosotros buena señal, antes al contrario, en la facilidad y fervor de la oración está la verdadera victoria del espíritu sobre lo sensible y terreno de nuestro ser. Por eso hay que dejar firmemente asentado, y convencernos de ello, que no podemos hacer en la tierra cosa más grande y sublime que orar.

Honroso es para el hombre levantar su espíritu a Dios por medio de la oración; pero es más honroso aún que Dios se abaje graciosamente al hombre. Nosotros estamos muy abajo en la tierra; Dios está en el cielo muy por encima de nosotros; el puente de oro por el que Dios baja a nosotros es la oración. No hay duda que es admirable y conmovedora manifestación de la liberalidad y amor de Dios al hombre, de su bondad y dignación el decirle: «Pide cuanto desees, ven a mí cuando quieras; acude, avisándome o sin avisarme, que siempre me serás grato; todo lo que tengo y yo mismo estoy a tu disposición.» ¿No es esta libertad sin límites que nos ofrece Dios en la oración, una verdadera prueba de que estamos cercanos a él, de que somos creados para tratar con él, de que somos compañeros e hijos suyos? ¡Qué dignación! ¡Qué gran Señor es Dios y, sin embargo, qué poco avaro de su tiempo! Y para que acabemos de admirarnos, todo lo deja a nuestra disposición; nadie nos dispensa acogida más pronta, más cariñosa y cordial que Dios; él es verdaderamente nuestra primera y perpetua patria; en ninguna parte estamos tan en nuestro centro como en él.

¡Qué prerrogativas tan excelsas las del hombre, y por cierto cuán poco apreciadas! Si Dios repartiese pan y riquezas entre los hombres, todos correrían a él como los judíos, después que el Salvador les multiplicó los panes; pero si les facilita el honor de tratarle y hablarle, muchos no le hacen caso, y aún más de uno se avergüenza de orar. ¿Y no es esto avergonzarse el hombre de Dios y renunciar a sus más elevadas prerrogativas? ¡Oh! No sabe el que desprecia y descuida la oración, el daño y la ignominia que se acarrea.

CAPÍTULO III

El precepto de la oración

Dios nos ha concedido la oración, y al usarla estamos en nuestro derecho; pero además nos la ha prescrito, y tenemos obligación de hacerla.

Se halla consignado este precepto de la oración en las tablas de la ley antigua que, a decir verdad, son tan antiguas como el hombre, en cuyo corazón están grabadas por la ley natural. La primera de las tablas de la ley prescribe lo que toca a la religión y al culto de Dios. Es éste un deber que trae el hombre consigo a este mundo, fundado en la subordinación que tiene de Dios como de su Criador, a quien, como tal, debe reconocer y honrar, y por eso nunca ha estado el mundo sin religión, hecho por el cual demuestra la sujeción y dependencia que tiene de Dios.

Tampoco ha habido nunca religión sin oración. Da oración ha sido siempre esencialmente un acto religioso, y tiene por fin tributar a Dios el culto debido. Pero es aún más; es el acto principal de la religión, su alma, como si dijéramos; en ella se apoya toda la religión, y por ella, bien sea pública, bien privada, se corrobora y conserva.

Ordenar, pues, lo que toca a la oración, vale tanto como ordenar la religión. A eso vino también el Redentor, y no contento con confirmar el antiguo precepto de la oración, la enseñó, con ejemplos y palabras, y nos dejó un modelo de ella. A su Iglesia tenemos que agradecer el que sepamos de cierto cómo debemos cumplir con este gran precepto natural, que tan estrecha obligación nos impone. Nuestro Dios es un Dios vivo, que, conservándonos y sustentándonos, renueva continuamente en nosotros su poder creador, y exige que por medio de la oración se lo agradezcamos. Por eso ha orado siempre la humanidad, y esto es lo que hay en ella de divino. Y conforme va Dios extendiendo la acción de su poder creador, se

va también ampliando el círculo de la oración. Sólo hay un ser que no ora, y es Dios misino. ¿Y por qué? Porque es en sí la plenitud de todo bien. En cambio, las criaturas, como viven de su bondad, tienen que orar.

Las razones en que se funda este precepto divino de la oración las encontraremos ya de parte de Dios, ya ele parte nuestra.

No es necesidad propia de Dios la que le hace exigir de nosotros el tributo de la oración, pues él de nada necesita, sino que es su justicia y santidad. Él es 1i1.esi.ro dueño, nuestro Padre, y la fuente de nuestro bien, y no puede en manera alguna renunciar a estos títulos cediendo a otro su honra. Pero en la criatura el abandono de la oración viene a ser como una deserción de Dios. De modo que, por lo que mira a sí, tuvo Dios que imponer la oración.

Por lo que hace a nosotros, la prescribió, no tanto para recibir él algo, cuanto para dárnoslo y para podérnoslo dar. Como no siempre somos dignos de los dones de Dios, ni estamos convenientemente dispuestos para recibirlos, tenemos que prepararnos y disponernos para ello, y esto es cabalmente lo que hace la oración, que constituye esencialmente, según antes se ha dicho, un acto propio de la virtud de la religión. Consciente o inconscientemente nos proponemos en la oración el honrar y reconocer a Dios, como que es ésta una cosa fundada en la naturaleza íntima de la oración y que no podemos cambiar. Ahora bien; este reconocimiento que tributamos a Dios por medio de la oración es grande y noble: orando reconocemos al mismo tiempo que nuestra miseria, necesidad e impotencia, el poder de Dios, su bondad y fidelidad a sus promesas, y nos ponemos incondicionalmente en sus manos. Con la oración servimos a Dios en nuestro corazón, nos santificamos, atraemos hacia nosotros la benevolencia del Señor y nos disponemos para recibir sus gracias. Con ella, lo que propiamente conseguimos no es mover a Dios a que nos dé sus dones, sino prepararnos a nosotros mismos para recibirlos. Esta es la diferencia que existe entre las súplicas que dirigimos a los hombres y las que dirigimos a Dios; que con aquéllas disponemos a los hombres de quienes deseamos algo, con éstas nos disponemos a nosotros mismos.

Es también muy justo y muy provechoso para nosotros exponer y confesar con humildad delante de Dios nuestras necesidades y miserias y estimar en mucho sus dones. Pues bien; esto tiene lugar en la oración.

Ea oración, como ejercicio del culto y de la religión, es para nosotros no sólo un medio para conseguir de Dios lo que pedimos, sino un fin, y el fin próximo de nuestra vida. Hemos sido criados por Dios para alabarle,

adorarle y servirle. Por lo tanto, bajo este concepto, nunca podemos orar bastante. Nuestro fin y nuestro término, en cuanto puede acá abajo alcanzarse, está en la oración. Esta idea es la que ha dado vida a las religiones contemplativas, y aun el mismo cielo será una oración perpetua. Lo que conserva precisamente en el mundo el poderío de Dios es la oración, y donde ésta desaparece, desaparece también el reino de Dios del corazón de los hombres. ¡Qué daño ha causado a nuestra patria alemana la escisión en la fe! Regiones enteras hay en las que ha desaparecido el sacrificio y las alabanzas que se ofrecían a Dios en los claustros. Razón de más para orar, a fin de compensar esta pérdida para el reino de Dios.

Siendo esto así, ¿quién se admirará de que todos los hombres de conciencia y los cristianos que aprecian de veras la religión oren, y oren muy a menudo? Nada hay para ellos superior a la religión, y por consiguiente nada más grande que la oración. Ros cristianos somos, a la manera que el antiguo pueblo de Dios, un pueblo de oración. La antigua alianza no tuvo ningún Platón ni Aristóteles, pero poseyó la verdadera oración, y con ella el verdadero conocimiento y culto de Dios. Nuestra religión cristiana comienza con la oración en el cenáculo de Jerusalén. Los paganos se admiraban de lo mucho que oraba el pueblo cristiano, cuyas iglesias eran, y siguen siendo aún, verdaderos hogares de la oración, mientras que ellos ni siquiera llegaron a saber propiamente qué cosa fuera orar.

Este es el primero y más alto sentido de la oración. Se trata de la religión, bien el más subido y digno de estimación que hay en el mundo. Así lo ha reconocido siempre cuanto hay de más noble en la humanidad entera; y contra ese testimonio nada vale el de los panteístas, que no oran porque se divinizan a sí mismos, creyéndose parte de la divinidad; ni el de los materialistas, cuyas ideas no se levantan sobre las cosas terrenas; ni el de los kantianos, que se creen dispensados de orar porque no entienden o no quieren entender las pruebas de la existencia de Dios; ni finalmente el de los discípulos de Schleiermacher, que aguardan siempre para orar no sé qué sentimiento solemne del alma. Pero, ¿qué vale todo esto contra el unánime testimonio de todos los tiempos, de la razón y de la fe que proclaman la obligación de orar?

CAPÍTULO IV

El gran medio para alcanzar la gracia

Luz, aire, alimento, he aquí tres cosas sin las cuales es imposible vivir. Lo mismo es para la vida espiritual la oración; pues aquélla sin ésta no existe. Es la oración el grande e indispensable medio para alcanzar la gracia: si queremos salvarnos, tenemos que orar.

Hay que presuponer aquí algunos principios indiscutibles y reconocidos por verdaderos. Sin gracia no hay salvación, y sin oración, tratándose del adulto, no hay gracia. La oración es, pues, tan necesaria como la gracia. Dios ha instituido los sacramentos como medios para alcanzar la gracia; pero bajo muchos respectos es aún más importante la oración que los sacramentos. Estos comunican ciertas y determinadas gracias; aquélla puede en algunas circunstancias acarrearlas todas; los sacramentos no siempre se hallan a mano; la oración, sí. Por eso suele decirse muy acertadamente que «el que bien ora, bien vive». Por la oración alcanza el hombre cuanto le es necesario para vivir bien. Siendo esto así, se pueden asentar las siguientes verdades, que encierran en sí muchas otras: Nada debe esperarse, sino por la oración; toda confianza que no se apoye en la oración, es vana; Dios no nos debe nada, si no es por la oración, pues a ésta es a la que lo ha prometido todo; de ordinario, Dios no da gracia ninguna si no se le pide, y cuando la da, es gracia de la oración.

Estas son verdades generales; hay, además, en la vida cristiana algunas cosas particulares, para las cuales es indispensable la oración. La primera de todas son los mandamientos, que es necesario cumplir, si queremos salvarnos. Ahora bien, nosotros solos no los podemos guardar todos sin la gracia; más aún, podemos afirmar que no siempre tenemos gracia suficiente para poderlos guardar con seguridad. «Luego no puedo observarlos, ni dejarlos de observar», me dirás. No, porque puede suceder que, en realidad, no tengas aún gracia para guardar los mandamientos, pero sí la tienes para pedirla; por donde verás cómo Dios no manda ningún imposible; pues o te da directamente la gracia, o, por lo menos, la oración con que la puedas alcanzar.

Vienen en segundo lugar las tentaciones, que tampoco podemos siempre vencer naturalmente. Pero nunca es tan fuerte la tentación, que no podamos orar. Si somos débiles es porque no oramos; los santos triunfaban porque oraban, que sin oración hubieran sucumbido lo mismo que nosotros. Lo dicho vale sobre todo de las tentaciones de la carne, pues son

las que más ciegan para no ver las fatales consecuencias del pecado; hacen que olvidemos nuestros buenos propósitos, y hasta nos quitan el temor del castigo. Sin oración no hay más remedio que sucumbir.

Finalmente, no podemos salvarnos sin la gracia de la perseverancia final; y es un beneficio muy particular el que Dios nos envíe la muerte cuando nos hallamos en estado de gracia, y el que de este modo sea la muerte para nosotros mensajera de nuestra eterna bienaventuranza. En esto consiste la perseverancia final, don tan grande y extraordinario que, al decir de San Agustín, no podemos nosotros merecerlo, sino recibirlo por medio de la humilde oración. Pero el no pedirla nunca, manifiesta lo indignos que somos de ella.

Con esto está demostrada la necesidad indispensable de la oración. Con que hasta para las terrenas tenemos que orar, cuánto más para las eternas. Elijamos: u oramos, o perecemos sin remedio.

Esta es la ley de la vida. Pero, ¿por qué ha querido Dios extender a todo la necesidad de la oración? ¿No podría derramar sobre nosotros sus dones sin necesidad de que orásemos? Esta pregunta es superfina. No se trata de lo que Dios pudiera hacer, sino de lo que ha hecho; y lo que ha hecho es poner la oración como medio para alcanzar la gracia. Y con todo derecho, pues es libre y señor de ella, y como tal puede a su voluntad determinar la vía y los medios para alcanzarla. Ha puesto como medio la oración; luego a nosotros no nos queda sino conformarnos. Pero el hombre también es libre y debe probar con hechos su libertad, y cooperar a su salvación. Y la oración demuestra ambas cosas: la libre cooperación del hombre, y la libertad de Dios en determinar los medios y trámites que hay que seguir para ello. La libertad de Dios y la del hombre entran en el gran plan de la providencia; así por parte de Dios como por parte del hombre, contribuyen a una, a manera de causa poderosa, al desarrollo y ejecución de este plan general: la felicidad del hombre y la glorificación de Dios. Sólo por esta cooperación es el hombre digno y merecedor de su eterna felicidad. Y la oración es lo menos que Dios podía exigirle; cd que no quiera hacerla, se cierra voluntariamente las puertas de la grama y del cielo.

Tan claras son y tan terminantes las sentencias de la Escritura y de los santos Padres sobre la necesidad de la oración, que de ellas se podría llegar a deducir ser ésta el único medio para alcanzar la gracia, no sólo porque así lo ha ordenado Dios, sino porque se desprende necesariamente de una ley natural. Es cierto que Cristo no dió precepto alguno positivo fuera de los que dicen relación a la fe, esperanza, caridad y recepción de los

sacramentos. Si, pues, tan abierta y expresamente prescribe la oración, sin duda que este precepto hay que ponerlo entre los que por ley natural se requieren para la salud eterna. Porque, supuesto que Dios quiere obrar en cuanto sea posible con el concurso de las causas segundas, y que el hombre debe según sus fuerzas cooperar a su propia salvación, ciertamente Dios no pudo bailar medio más natural para salvar a los hombres que la oración. Cabe, en efecto, y no sin razón, preguntar si hay algún otro medio fuera de la oración, ahora que desde un extremo al otro de la tierra no reina sino el espíritu mundano, el derramamiento a lo exterior, el olvido de Dios, un embotamiento e indiferencia religiosa grandísima. Nuestro siglo padece una enfermedad grave y mortal, y es, el enfriamiento del corazón para todo lo cinc es Dios y sobrenatural, ¡Qué engaño tan cruel el del hombre mundano que anda errante de un lado a otro hasta que le sobreviene la muerte; cae presa del sueño eterno como el infeliz caminante de los Alpes cubiertos de nieve y hielo! ¿Quién sacudirá a ese infeliz, de su entorpecimiento mortal? La oración; ella es el ángel bueno que le hace volver en sí, le devuelve el conocimiento, le hace reflexionar y examinar sus acciones, despierta en su corazón el anhelo antes amortiguado, la nostalgia de otra patria mucho más feliz que esta tierra, la nostalgia de Dios, del Padre a quien ha abandonado y olvidado. Este es el ángel que señala al hijo pródigo el camino de la casa paterna. Así borra y destruye la oración el pecado y el olvido que hay de Dios en su reino. Hay, además, en este mundo tantas adversidades, engaños y desdichas que, para no desesperar, tiene el hombre que buscar consuelo y confidente en quien depositar con confianza sus cuitas y sus turbaciones. Y ¿qué mejor confidente para nuestra alma que Dios? Y ¿dónde le encontraremos sino en la oración, que es una conversación y trato con él? La oración es como un exhalar nuestras necesidades, nuestras miserias y trabajos, y aspirar la gracia, el consuelo y la luz. *Bendito sea Dios*, *que no apartó mi oración y su misericordia de mí* (Sal 65, 20).

CAPÍTULO V

Eficacia ilimitada de la oración

Innumerables y magníficos son los bienes que se alcanzan por medio de la oración.

Lo que tiene de común la oración con todas las demás obras sobrenaturales, es el ser meritoria y satisfactoria; pero la eficacia para alcanzar lo que se pide, es propiedad exclusiva suya. El hombre ora y pide, y Dios oye y concede, no porque el hombre lo merece, sino porque lo pide. La eficacia depende, pues, de la fuerza y poder de la oración como tal, no del mérito del que ora. Lo cual es sin duda muy propio de la oración, y no hay cosa que tanto indique su superioridad, como este poder que tiene para con Dios.

Y ¿hasta dónde se extiende esta eficacia? Hasta donde se extiende la necesidad del hombre y el poder y misericordia de Dios, sin exceptuar nada. Dios dijo: *Creed que cuanto pidáis se os dará* (Mt 21, 22). *Todo lo que pidiereis lo alcanzaréis* (Jn 14, 13). El hombre no tiene que hacer excepción alguna donde Dios nada exceptúa. Podemos, pues, pedir a Dios todo cuanto racionalmente y conforme a su beneplácito deseemos. Claro está que lo primero ha de ser lo espiritual, y tanto más seguros podemos estar de alcanzarlo, cuanto más útil y necesario nos sea. Con lo temporal sólo hay que tener en cuenta que, dada su naturaleza, puede haber cosas que sería para nosotros un castigo el que Dios nos las concediera.

El poder de la oración nos lo describe de mano maestra la sagrada Escritura. El pueblo de Israel y su paso por el desierto; Moisés, Josué, las hazañas de los Jueces y de los Macabeos, los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles; en una palabra, toda la historia del pueblo escogido y de la Iglesia católica, es la historia de la oración y de su eficacia. La necesidad del hombre y su oración están enlazadas, como con un lazo continuo y admirable, con el auxilio y apoyo de Dios. No hay ley alguna de la naturaleza que se resista ante el poder de la oración, en cuanto que por ella pueden a veces suspenderse, y aun de hecho han sido suspendidas. Al imperio de la oración el sol se detiene (Jn 10, 13) y vuelve sobre sus pasos. Así como rodea el cielo a la tierra, así la oración abraza con su eficacia toda la humanidad a través de los siglos.

Pero hay un mundo invisible en gran parte a nuestros ojos y sólo para el cielo conocido, en el que se manifiesta con más poder y magnificencia la eficacia de la oración: es el mundo de las almas con todo lo que se refiere a su purificación, transformación y santificación. No hay nada que se oponga por mucho tiempo al suave e irresistible poder de la oración, ni las pasiones, ni el empuje de los peligros y tentaciones; todo lo vence: transforma calladamente los sentimientos, las ideas, la voluntad y pensamientos del hombre. Con la oración, sin darse cuenta, el hombre se convierte en otro. ¡Cuán difícil es trabajar en hierro frío! Pero una vez

puesto al fuego se puede modelar fácilmente. Ora y ora sin cesar y llegarás a dominar todas tus pasiones. *Mira*, *está orando* (Hech 9, 11) dice el Señor a Ananías, refiriéndose a Pablo, que acababa de convertirse.

Derriba el Señor con su poder a Saulo, su encarnizado enemigo, y la oración le hace Apóstol. De un hombre y para un hombre que ora, no hay nada que temer.

Aquella luz y paz del alma, aquella moderación en los afectos y fortaleza en el sufrimiento que los antiguos buscaban en la filosofía, se los comunicaba a los primitivos cristianos la oración. La oración fue para ellos la escuela más santa y la más sublime metafísica, la palanca con que desquiciaron el mundo pagano; la oración es también ahora la mano fuerte de la Iglesia, y su ciencia de gobierno. Si se acerca algún perseguidor, corre entonces a Dios, ruega y vence, bien derrocando a su enemigo, bien convirtiéndole.

Pero, ¿en qué está el secreto de la eficacia de la oración? En la unión del hombre con Dios. Admirable es ya de suyo el dominio que el hombre tiene en la naturaleza. ¡Y qué poder y qué ciencia no adquiere cuando trabaja juntamente con Dios, cuando se apoya en Dios y en su providencia, poder y sabiduría! ¿Dónde están entonces los límites de su poder? ¿Puede uno admirarse de que haya milagros? Por medio de la oración es el hombre un instrumento en manos de Dios, con el que toma parte en sus obras admirables.

A esta alianza que une en la oración a Dios y al hombre, éste no lleva otra cosa que el reconocimiento de su propia debilidad contra la cual pide auxilio; Dios, en cambio, se le presenta con su bondad, su omnipotencia y su fidelidad: verdad muy consoladora y muy digna de que la tengamos siempre presente. Se trata en la oración, no de nuestro mérito, sino de la bondad y misericordia de Dios. Estas son las causas que le mueven a escucharnos. La debilidad puede siempre mucho con lo que es verdaderamente grande. Si un pobre animalito nos pidiera le conserváramos la vida, cierto que no se lo negaríamos. El niño en la familia nada puede y sin embargo lo tiene todo; vive de su debilidad; pide y todo lo alcanza. Si se compara el hombre con los animales, sale perdiendo en muchas cosas: el animal entra en el mundo vestido, armado y bien provisto para la vida; el hombre, en cambio, ¡cuánto tiempo permanece sin poder valerse por sí mismo! En compensación le ha dotado Dios de mano industriosa y fuerte con la que se provee de todo. Pues la oración viene a ser una mano espiritual con la que el hombre se alimenta, se viste, se adorna, se defiende; con ella lo puede todo y lo hace todo. La

oración es la dinámica cristiana. ¡Oh, si supiéramos aplicar sus leyes! Poi la oración tiene voz y voto el hombre en los consejos de la Santísima Trinidad, donde se ventilan todos los negocios del mundo; a todas partes llega su voz. Así puede el hombre, el sencillo y humilde cristiano, cambiar con su oración la faz del mundo. La suerte del cristianismo no se decidió únicamente en el campo de batalla del Puente Milvio, ni en los ecúleos y en los circos donde eran atormentados los confesores de la fe, sino también en el silencio de las catacumbas donde oraba el pueblo cristiano, bajo la palmera de San Pablo, primer ermitaño, y en la cueva de San Antonio abad. Inmensa es la eficacia de la oración y no sabemos lo que con ella podemos. De Dios mismo nos adueñamos por su medio, pues sólo contra ella es Dios débil. En efecto, la oración parece que le hace fuerza, porque él mismo lo quiere así, y no es debilidad que le rebaja si no que le honra; a nosotros, sin embargo, nos debe esta verdad alentar y dar confianza en la oración, ya que tanto puede, o, por mejor decir, ya que lo puede todo.

CAPÍTULO VI

Cómo ha de hacerse la oración

Si alguna vez queda sin buen éxito nuestra oración, la causa la tenemos que buscar no en Dios, sino en nosotros. La razón puede ser triple: o nuestra propia indignidad, o el no orar como se debe, o el pedir lo que no conviene. *Mali, male, mala.* Por lo general, debe nuestra oración reunir las siguientes cualidades:

Ante todo, debemos saber nosotros mismos qué es lo que queremos tratar con Dios, y, por lo tanto, es necesario orar con empeño, con atención y sin distracciones. Aquí lo principal es que no queramos estar distraídos y que no nos distraigamos voluntariamente. ¿Cómo nos va a oír Dios, cuando nosotros mismos no nos oímos ni sabemos lo que decimos? Tampoco sería honroso ni agradable para nuestro ángel tener que presentar ante Dios una oración llena de distracciones; por de pronto, procuremos no dar ocasión para ello, pues toda distracción voluntaria en la oración, es falta y nos acarreará no gracias, sino castigo. En cambio, las distracciones involuntarias que nos vienen a pesar nuestro, no nos quitan nada, ni del mérito, ni del provecho, ni de la cabida que con Dios tiene la oración, sino sólo del gusto que trae consigo la oración sosegada. No se enfadan el padre

y la madre porque charle sin sentido el niño que aún no sabe hablar. Dios conoce nuestra flaqueza y tiene paciencia.

En segundo lugar, persuadiéndonos seriamente de que nos va mucho en ser oídos, debemos orar con fervor y empeño. No está el fervor en largos rezos, sino en el afecto de la voluntad. El incienso no sube al cielo convertido en aroma cuando las brasas no lo consumen. El fervor es el alma de la oración. Dios escucha el corazón, no los labios. Como el tratar con Dios es ya de suyo cosa muy importante y es siempre algo grande lo que pedimos, de ahí la necesidad del fervor y deseo. Si no confiamos en que han de tener cabida para con Dios nuestras oraciones, ayudémonos de los demás, orando en común, invocando a los santos y el nombre de Jesús, al que está especialmente vinculada la concesión de las gracias (Jn 16, 23).

La tercera propiedad de nuestra oración ha de ser la humildad. Acudimos a Dios como mendigos, no como acreedores; como pecadores, no como iguales. Aun la humildad externa ayuda mucho, como que gusta y hace fuerza a Dios y nos excita al fervor.

Cuarta condición importante de nuestra oración es la confianza. Todo nos está invitando a ella; Dios mismo quiere que oremos, y por consiguiente desea acceder a nuestras súplicas; somos criaturas e hijos suyos, y sabe mucho mejor que nosotros estimar este título que le mueve a escucharnos. No debemos finalmente olvidar, que ante todo y sobre todo tratamos en la oración con la bondad y misericordia de Dios, de la cual ha de partir la decisión final. Cuanto más espiritual sea lo que pedimos, más seguros podemos estar de que seremos escuchados. En cuanto a las cosas temporales, tenemos que guardarnos de dos faltas: primera, de pedir incondicionalmente cualquiera cosa temporal, que a veces podría perjudicarnos; segunda, de creer que no debemos orar por los bienes de la tierra, pues aun éstos deben pedirse ordenadamente, porque Dios quiere que le reconozcamos también como fuente y principio de todos los bienes de aquí abajo, y por eso mismo nos ha ordenado en el Padrenuestro que se los pidamos.

La quinta propiedad de la oración es la perseverancia, que ocupa lugar muy principal entre las condiciones que por mandato divino ha de tener. Debemos orar, *orar siempre sin cesar jamás* (Lc 18, 1). No cesar nunca de orar, equivale a no dejar jamás la oración, ni por pereza, ni por desidia, ni por desconfianza, ni por mala gana. Y oraremos siempre, si no dejamos de hacerlo en los tiempos prefijados, como decimos que comemos siempre, porque nunca dejamos de comer a su tiempo. Si Dios tarda algo en escucharnos, pensemos que no estamos suficientemente dispuestos o

que quiere probar nuestra buena voluntad, y acordémonos de que también nosotros le hemos hecho esperar muchas veces. Entretanto nada perderemos: antes, al contrario, nos premiará Dios con nuevos méritos cada vez que renovemos la oración. No debemos tampoco olvidar que Dios no es siervo nuestro que esté obligado a colmar todos nuestros deseos; Dios es nuestro Padre y da cuándo y cómo le parece conveniente para nuestro bien. A nosotros nos toca orar; de Dios es el acceder; para nosotros lo mejor es dejarlo todo en sus manos.

En la perseverancia entra también el que oremos mucho, tanto cuanto podamos. Tenemos que orar mucho, porque hay muchos y mucho por que pedir. El que sólo ora por sí y por sus necesidades particulares no llena su puesto en este mundo, ni da lugar a que brille todo el poder y fuerza de la oración. Nuestra oración es la oración del hijo de Dios, que se extiende a todas las necesidades de la Iglesia y de la humanidad. ¡Y cuántas y cuán grandes necesidades, de las que pende en gran parte la salud de las almas y la gloria de Dios, se presentan a cada momento ante su divina Majestad, esperando su decisión! Si juntáramos en nuestra oración todas las necesidades del mundo para presentárselas y encomendárselas a Dios, entonces sí que oraríamos como apóstoles, como católicos, y como el Hombre-Dios. Así lo hizo el Redentor, y así nos lo enseñó en el Padrenuestro. Cuando no sepamos por qué orar, demos en espíritu una vuelta al mundo, y presentemos a Dios tantas necesidades como hay en él. Todas están pidiendo el auxilio de nuestras oraciones. Debemos finalmente orar mucho, para aprender a orar bien. Cómo mejor y más rápidamente se aprende a orar, es orando; lo mismo que andando, leyendo y escribiendo aprendimos a andar, leer y escribir. El hacérsenos dura la oración proviene de que oramos demasiado poco.

¡Y es cosa tan grande e importante adquirir gusto y facilidad en la oración! Si nos deleitásemos en orar, hallaríamos tiempo para ello, pues para lo que se quiere de veras nunca falta tiempo.

CAPÍTULO VII

La oración vocal

La necesidad de la oración es ineludible; su poder, inmenso; su facilidad, consoladora. A esto último contribuye no poco la múltiple variedad que hay en los modos de orar.

Generalmente hablando, hay dos clases de oración; vocal y mental.

Oramos vocalmente cuando nos servimos de una fórmula determinada de oración, pronunciando perceptible o imperceptiblemente sus palabras.

La oración mental es sin duda mucho mejor; aunque no por eso hay que despreciar de ninguna manera la vocal, antes conviene estimarla en mucho. Pues ante todo es una conversación con Dios, y basta ya esta razón para preferirla a todas las otras cosas. Es además oración muy conveniente a nuestra naturaleza, que consta de alma y cuerpo. Debemos alabar a Dios con todo lo que él nos ha dado y, por consiguiente, con alma y cuerpo. Con la oración vocal ora el hombre todo entero, y con cuerpo y alma se regocija en Dios. Se llama en la Escritura la oración: *Fruto de los labios que alaban a Dios* (Sal 83,3). Muchos labios hay, no digo ya que no dan estos frutos de alabanza divina, pero que injurian el nombre de Dios. Nada, por lo tanto, más natural que el que nuestros labios compensen esta falta, lo cual se hace en la oración vocal. En la fórmula de la oración halla la memoria apoyo seguro, en la expresión de las palabras halla impulso el sentimiento y el entendimiento encuentra en ellas copioso caudal de ideas y verdades. Porque las palabras son signos e imágenes santos, que tocados por la varilla mágica de nuestra memoria descubren mundos maravillosos de verdad, y hacen brotar fuentes de celestial consolación. El mismo Espíritu Santo nos ha compuesto en los salmos las más hermosas oraciones vocales, y el Salvador no creyó rebajarse al prescribirnos una fórmula de oración. La Iglesia sólo emplea para la celebración de sus divinos oficios, oraciones vocales, muy breves, por regla general. La mayor parte de los hombres apenas si conocen otro género de oración que la vocal, por la cual hallan su eterna felicidad. Es, pues, esta oración el camino real para el cielo, y la escala de oro por la que suben y bajan los ángeles, llevando de la tierra mensajes, y trayendo gracias del cielo. La oración vocal es, finalmente, la que da unidad, en todo el mundo, al modo de orar de la cristiandad, es voz potente de la confesión de la fe, que despierta, excita y fortalece a los cristianos, combate a los infieles y alegra a todo el cielo, principalmente cuando reunido el pueblo cristiano en procesiones, rogativas y peregrinaciones, sale por los campos, calles y ciudades, recorriéndolas grave y solemnemente, ya rezando el rosario, ya entonando cánticos piadosos. Estas son en la tierra las legiones de Dios, cuyo paso y cuya voz resuena infundiendo temor a los espíritus incrédulos; ellas testifican mejor que nadie que el mundo no pertenece por completo a los impíos, y que éstos tienen que habérselas con un pueblo que ora. La

oración vocal es gracia muy grande, y tal que no podremos agradecérsela a Dios lo bastante y debemos hacer uso de ella incesantemente.

Como todas las cosas de este mundo, tiene también la oración vocal sus dificultades, que son la rutina y las distracciones. Proceden éstas del uso frecuente y diario, y de la repetición continua de una misma fórmula de oración. Para evitarlas, disponemos de los medios siguientes: tengamos ante todo como norma fija y constante, no empezar nunca una oración vocal, por pequeña que sea, sin recogernos un momento para preguntarnos qué es lo que vamos a hacer, y para pedir a Dios gracias para hacerlo bien. Quien quiere saltar una zanja, conviene que tome carrera para dar el salto. Sin este previo recogimiento de ánimo, empezaremos con distracciones y con ellas proseguiremos. Puede decirse que cuanto más breve es la oración, tanto más necesario es este recogimiento. Si dura mucho la oración, es muy conveniente repetirlo a menudo, aunque sea brevísimamente, pues apenas si hay cosa que ayude más para orar bien y con atención. En segundo lugar, es necesario refrenar la vista, bien sea teniendo los ojos cerrados, bien fijándolos en un punto. En tercer lugar, conviene notar aquí que mientras rezamos vocalmente, nuestra atención y pensamiento pueden concentrarse ya en el sentido y significación de las palabras con que oramos, ya en la persona a quien va dirigida la oración, ora en nosotros y en nuestras necesidades, ora en nuestras relaciones con la persona con quien hablamos; todo lo cual basta para la atención que se requiere, y el usar una u otra de estas industrias, contribuye mucho a hacer fácil y suave la oración vocal.

CAPÍTULO VIII

Modelos de oración

Tenemos un gran número de oraciones vocales hermosas *y* dignas de veneración, ya por razón de su contenido, ya por su autor, que a veces no es otro que Dios y la Iglesia. Basta recordar los salmos, el Padrenuestro, el Avemaría, las letanías de todos los santos y las oraciones de los oficios divinos. Dos palabras sobre cada una en particular.

Son los salmos las oraciones más antiguas que hay en la Iglesia, y están inspirados por el mismo Dios. Destinados en gran parte al culto israelítico, pertenecen también a la Iglesia por sus relaciones con el

Mesías, y son oración nuestra, que, gracias al tabernáculo, alcanza su plena significación y cumplimiento.

El objeto y fundamento de estos cánticos sagrados es Dios y el hombre con las múltiples relaciones que ligan a la criatura con el Criador, manifestadas por la revelación y la ley, con todas sus bendiciones, esperanzas y recompensas. Allí se nos presenta Dios, ya como Legislador, como Príncipe, como Rey, Maestro, Criador y Padre; ya como Mesías o Esposo de nuestra Iglesia, ya como su gran Sacerdote de linaje real, o como Redentor, que entre penas y dolores nos redime; allí considera el hombre, atónito, las obras y maravillas de Dios, se alegra con la ley del Señor, se duele de sus infidelidades, confesándolas y arrepintiéndose de ellas; acude a Dios por la oración y acción de gracias, y suspira por su posesión; allí, en aquellos cantos y oraciones hallan eco todos los sentimientos y afectos que pueden conmover el corazón del hombre: la alegría y el dolor, el anhelo más profundo por alcanzar de Dios misericordia, el grito de angustia en las penas; todo tiene allí perfecta cabida, para todos los estados del alma se encuentran palabras apropiadas. Así han llegado a ser los salmos penitenciales, y sobre lodo el *Miserere,* la oración oficial de penitencia y la pública confesión de todo el mundo. También encontrará allí los más bellos, magníficos y elevados conceptos todo el que sienta y comprenda las bellezas de la poesía. No podemos manejar bastantemente el salterio y aprender a contestar como es razón en ese diálogo divino. Allí nos hallamos unidos todos los hombres, y es Dios mismo quien nos pone la palabra en la boca.

Se cumple mucho más lo dicho hasta aquí en el Padrenuestro, cuyo insigne privilegio es ser sus palabras pronunciadas por el Hijo de Dios. Bien podemos decir que a aquel a quien debemos la vida, debemos también la oración; y el mismo a quien tenemos que orar, nos enseña en su bondad el modo y manera de hacerlo. Pero aun prescindiendo de ello, es la oración más excelente. Es clara, breve y completa. Por lo que toca a esto último, contiene en sí cuanto pertenece a la oración, a saber: la insinuación o invocación y la petición. Ea invocación: «Padre nuestro», es verdadera, honrosa para Dios, y provechosa para nosotros. En efecto, ella nos trae a la memoria la relación que tenemos con Dios como Padre, despierta en nosotros sentimientos consoladores de reverencia, amor y confianza, y nos recuerda la solidaridad con todo el género humano, que es la gran familia de Dios. Las peticiones por su parte abarcan cuanto nos conviene pedir racionalmente y todo según el redo orden a que debernos conformar nuestras súplicas.

Todas las peticiones del Padrenuestro se reducen al fin *o* a los medios para conseguirlo. Este fin es doble: con respecto a Dios, su honra y glorificación; con respecto a nosotros, nuestra salvación, obteniendo el reino de los cielos. Estas son las dos primeras súplicas que comprenden el fin; los medios para conseguirlo están puestos en dos series; en primer lugar, los que se refieren a los bienes necesarios para la vida del alma y del cuerpo, y éstos están incluidos en la tercera y cuarta petición; en segundo lugar, los que se relacionan con el alejamiento de los males que ponen en peligro o imposibilitan alcanzar el fin último, males que están indicados en las tres últimas peticiones. No podemos pensar ni desear más; todo está aquí reunido. Así es el Padrenuestro un perfecto modelo de oración, cuajado de pensamientos, ideas y peticiones grandes y sublimes; abarca toda nuestra existencia, lo alto y lo bajo, lo temporal y lo eterno; y es, según dicen los santos Padres, un compendio del evangelio y de toda la religión. Instruye nuestro entendimiento, endereza rectamente nuestra voluntad, y es el que le da la norma a que han de ajustarse todos nuestros deseos, súplicas y oraciones para que nos lleven al cielo. Es también el Padrenuestro una prenda segura de que seremos escuchados, puesto que oíamos con las palabras de Cristo nuestro Señor, eterno Sacerdote, quien ora con nosotros, y sabida es que su oración es siempre oída por la reverencia que se le debe como a Hijo de Dios. Y cierto, no hay oración que así nos una con las ideas, intenciones y sentimientos del Salvador, con su espíritu y sus deseos para procurar la honra de Dios y nuestra salvación como el Padrenuestro. Él es una hermosa y elocuente expresión del amor de Jesucristo que lo abarca todo: Dios, la Iglesia y la humanidad entera; todo está en él comprendido, las necesidades de los particulares, las de todos los pueblos y las del género humano de todos los tiempos; en fin, que es la oración de la familia y reino de Cristo y de la Iglesia.

El Avemaría viene a ser la parte suavísima que la Virgen Reina y Señora de la cristiandad tiene en nuestras oraciones vocales. Es una prueba de que en la Iglesia no falta la Madre por cuya mano pasa todo, y de que los cristianos no quieren sin ella ni trabajar, ni vivir, ni morir.

También el Avemaría tiene origen sublime. Un ángel bajado del cielo en el nombre de Dios la empicó para saludar a María como nunca se ha saludado a criatura humana; el Espíritu Santo la amplificó por medio de la bienaventurada Santa Isabel, y la Iglesia, sellándola con una súplica que puso a continuación, la ha hecho, de simple saludo del ángel, una oración perfecta. Tal como ahora se halla, viene usándose el Avemaría en la cristiandad desde el siglo XVI. Entre los cristianos suele casi siempre

seguir al Padrenuestro, como un hermoso acorde final de amor hacia la Madre de Dios; y ha venido a ser la principal y más estimada expresión del culto mariano. Alguien la ha llamado, y con razón, *saludo interminable* porque, así como el sol alumbra sucesivamente en su curso toda la tierra, así, de un extremo al otro de ella, se renueva sin cesar y sube al cielo la plegaria del Avemaría.

Atendiendo a su estructura y contenido, consta esta oración como cualquiera otra de dos partes: invocación y súplica, de las cuales la primera comprende cinco títulos de alabanza para la Madre de Dios. Los tres primeros los pronunció el Ángel y están íntimamente unidos con el misterio de la "Encarnación, ore éste le anunció. El primero es la digna preparación de María para el gran misterio, por la plenitud de gracia que le fue comunicada; el segundo es el hecho de la Encarnación que se verifica por la concepción del Hijo de Dios en las entrañas de María, y finalmente el tercero, la importancia de este misterio para María, en cuanto que por él había de ser ensalzada y bendita sobre todas las mujeres. Luego viene Santa Isabel a señalar como fundamento de esta grandeza y plenitud de gracia en María al Hijo de Dios, que ella ha concebido y ha de dar a luz; y finalmente la Iglesia repite y confirma cuanto el Ángel e Isabel habían dicho de las grandezas de María, condensándolas en aquella fórmula siempre memorable *Madre de Dios*. De este modo comprende aquella gloriosa invocación todo lo que la fe nos enseña sobre María, y viene a ser como un resumen de la doctrina católica sobre la Virgen Santísima. — La súplica, corta y compendiosa, no olvidando los dos grandes momentos, el presente y el de la hora de la muerte, abarca nuestra existencia toda, y nuestras necesidades, y viene a ser brillante expresión del concepto que la cristiandad tiene del poder omnipotente de la intercesión de María y de la confianza que en ella ponen los cristianos como en mediadora de la gracia.

Mas con esto el Avemaría no acaba de hacer su papel como modelo de oración. Diversas combinaciones y ampliaciones de la salutación angélica vienen a constituir dos géneros de oración muy importantes: el *Angelus,* para el que todos los días hacen tres veces señal las campanas, y el Rosario. Ambas oraciones no son sino un engarce de Avemarías con ligeras adiciones que relacionan de un modo especial la significación y contenido de las palabras con los misterios de la vida, pasión y glorificación de Jesús y María.

Si, pues, llegamos a penetrar el profundo significado del Avemaría, y nos acostumbramos a rezarla con devoción, habremos hecho no poco para orar fervorosamente, para aprovecharnos a nosotros y para honrar a la

Madre de Dios. Cada día de nuestra vida sería entonces un rosal siempre florido en que Nuestra Señora tendría todas sus complacencias.

Pero «¡aquel fastidioso, pesado y eterno repetir!», se nos dirá. Si la repetición nos fastidia y seca el espíritu, de nosotros únicamente depende. El contemplar a menudo el retrato de uno a quien se quiere bien, el repetir un nombre querido o un canto hermoso es, de suyo, cosa la más natural del mundo y nada menos fastidiosa. El pájaro repite todo el día sus trinos siempre iguales y no nos cansa; el niño está siempre repitiendo a sus padres los mismos nombres y las mismas ideas, y siempre conmueven alegremente el corazón paterno, por lo mismo que proceden del hijo amado. Todo depende, por lo tanto, únicamente del espíritu y amor con que pensamos en algo; y justamente lo que despierta y aviva ese espíritu y ese amor, es la frecuente repetición de los mismos pensamientos y verdades, y el volver a considerarlos una y muchas veces.

Lo mismo puede decirse del *Credo,* del *Gloria Patri* y de la señal de la cruz. En todo, aun en sus oraciones, tiene la Iglesia católica una variedad y fuerza de adaptación admirables. Así como Dios, al esparcir por la tierra tantísimas simientes de flores, hace brotar un sinnúmero de especies y variedades, así obra también sin cesar, por mil maneras, el Espíritu Santo en el hermoso reino de 1a oración. Es tal la riqueza y abundancia de verdad que ocultan en su seno las oraciones de la Iglesia católica, que bien, se puede decir que son una fuente inagotable que bajo una u otra forma siempre permanece la misma. Por ejemplo, el *Gloria Patri* no es sino una ampliación de las palabras sencillas de la señal de la cruz; y el *Credo,* ¿qué otra cosa viene a ser sino el *Gloria y* la señal de la cruz explicados con mayor detenimiento? En el *Gloria y* en la señal de la cruz aparecen llana y sencillamente los nombres de las tres divinas personas; y con solo aclarar un poco sus relaciones, procedencia y operaciones ad extra, queda ya desarrollado en el *Credo,* a manera de *Divina Comedia,* no sólo un perfecto compendio de la doctrina de la fe, sino aun una sublime exposición de las obras de Dios y de sus misterios sobrenaturales.

Digamos dos palabras sobre las preces que la Iglesia emplea en los divinos oficios, con lo cual quedan de hecho aprobadas por ella. Estas oraciones merecen, sin duda, después de las que han sido reveladas por Dios, el primer puesto en nuestra estima y veneración. Da Iglesia, que nos enseña lo que debemos creer, nos enseña también cómo debemos orar; y la ley de su fe es también la ley de su oración. En ninguna otra parte hallaremos oraciones más significativas ni más eficaces; en ellas vive

verdaderamente el espíritu y el gusto cristiano y católico; hay en ellas, lo mismo que en los salmos y en la oración dominical, claridad, sencillez, brevedad y eficacia. Donde ora la Iglesia, ora a la vez el Espíritu Santo que la enseñó. Quien quiera conocer el amor y cuidarlos maternales de la Iglesia para con los hombres, lea las oraciones de la misa del domingo, y, por vía de ejemplo, las del viernes y sábado santo. No hay estarlo, situación ni necesidad del hombre a la que no atienda la Iglesia, ni hay nada que se escape al influjo de sus ruegos, de su compasión y de su misericordia. Todos los hombres son hijos suyos, y como a tales, a todos los abraza en su corazón, y los incluye en sus plegarias.

Otra oración muy excelente son las letanías, principalmente las de todos los santos. Esta manera de orar nos remonta a aquellos primitivos tiempos de la Iglesia, cuando ella, con ruegos y súplicas, iba en peregrinación a los sepulcros de los mártires y a las basílicas. Las letanías de todos los santos, por su misma estructura y variedad, son la oración de las grandes muchedumbres: ellas nos transportan, por decirlo así, al centro de la cristiandad; en ellas se contienen expresamente las grandes y comunes plegarias de la Iglesia; y el clero y el pueblo, uniendo sus voces, elevan sus súplicas al cielo: el clero entona las invocaciones, y el pueblo las aprueba, repitiéndolas. Ya esto recuerda la composición jerárquica y divina de la Iglesia. Es esta invocación de los santos una nota singularísima del espíritu católico que manifiesta la humildad cristiana y la creencia en la comunión e intercesión de los santos, y sobre todo en la mediación de nuestro Señor y Redentor, el grande y universal Intermediario, cuya intercesión imploramos solemnemente por los méritos y misterios de su pasión y de su vida gloriosa: confesión magnífica de la fe cristiana. En este género de oración todo es instructivo, sencillo, natural, grande y verdaderamente católico; en suma, es este un magnífico modelo de oración popular.

Podrían aún mencionarse las antífonas que en honra de la Virgen añade a sus oficios la Iglesia en los diversos tiempos del año; flores de poesía sencilla y filial que brotan en todas las épocas en los campos del año eclesiástico, y que son, a veces, como la *Salve,* maravillosamente profundas y sublimes.

He aquí algunas joyas del tesoro de las oraciones vocales de la Iglesia; tesoro en verdad grande y magnífico, del que son depositarios todos los cristianos que oran. Muchas otras se encuentran en los devocionarios. La riqueza ha llegado casi a empobrecernos; y es que la abundancia excesiva trae consigo el peligro de la frivolidad. No deja de ser

algo extraño el que tengamos que acudir a los devocionarios para que nos inspiren lo que hemos de decir a Dios; pero si otra cosa no podemos, valgámonos de ellos; pues más vale orar por un libro, que no orar, u orar mal. Pero procuremos ante todo hacer uso de nuestras antiguas y acostumbradas oraciones «pie aprendimos en la niñez: el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo y el Gloria Patri. Estas deben ser nuestro devocionario; todo lo que está impreso en los libros, lo hallaremos allí mucho más claro, más asequible y más conmovedor. Deberíamos, eso sí, esforzarnos en hacernos familiares estas oraciones, en conocerlas a fondo y comprender bien todo su alcance.

Un modo de oración enteramente privado y personal es el uso de las que se llaman jaculatorias; y consisten en breves aspiraciones y actos de virtud que, entre día, de tiempo en tiempo, y sin especial preparación brotan del corazón hacia Dios, fervorosas y llenas de vida. Ocasión para estos desahogos del corazón puede ser cualquier cosa, v. gr. un dolor que nos aqueja, un gozo que nos embarga, un beneficio de Dios, una tentación que nos sobreviene, el recuerdo y renovación de los buenos propósitos, el cumplimiento del examen particular, el pasar por delante de una iglesia o imagen de algún santo, el encontrarnos con alguien a quien deseamos un bien, o a quien queremos evitar alguna desgracia, el empeño en aprovechar algunos ratos perdidos que suelen abundar entre día, si se tiene un poco de cuidado y atención. De suma importancia es para el que ama la oración, procurar poco a poco y con sosiego hacer productivo este campo yermo y baldío de los ratos perdidos, dedicándolos a orar. Su aprovechamiento puede considerarse, por lo que hace al espíritu, como un comercio al pormenor; ningún comerciante prudente desprecia las ganancias pequeñas, porque al fin y al cabo le enriquecen. Además, que quien desprecia lo pequeño, no es digno de lo grande. Son las jaculatorias granitos pequeños, pero de oro. Y nótese que este modo de orar no está expuesto a la plaga común de las distracciones, porque antes que aquéllas se presenten, han volado ya esas jaculatorias hasta Dios, y se han ocultado en lo más alto del cielo. El uso razonable de estos afectos nos mantiene siempre en buena disposición para orar. Quien sólo trata de orar cuando la necesidad lo exige, riesgo corre de orar mal. Lo que es ese ejército de estrellas centelleantes en el cielo, eso vienen a ser estas jaculatorias ardientes que hermosean el día de nuestra vida, y son las que han de consolarnos en la noche cercana en que tengamos que dejar este mundo.

CAPÍTULO IX

La oración mental

La oración mental, llamada también interna, es otro de los modos de orar.

Dícese interna, porque en ella no se hace uso de fórmula determinada de oración ni se pronuncian las palabras; mental, porque es, ante todo, una reflexión atenta de las verdades de la fe, a fin de enderezar conforme a ellas nuestra vida. Sin esta mira a la vida práctica, la meditación sería sencillamente un estudio de teología. Se llama finalmente oración, porque la consideración no es, hablando con propiedad, sino una preparación para orar y para tratar con Dios más fervorosa e íntimamente. La oración es siempre una conversación con Dios; por donde, si se quita a Dios de la oración, vendrá a ser ésta, a lo más, una consideración o una conversación consigo mismo.

Ante todo, hay que guardarse de pensar que la meditación es cosa demasiado sublime y difícil y por lo tanto inasequible. De seguro que todos meditamos muchas veces sin saberlo. Pensar, por ejemplo, si hemos de encargarnos de algún negocio y cómo hemos de llevarlo a cabo, ¿qué otra cosa es sino una meditación bien seria? Pues supongamos que ese negocio se refiere a la vida espiritual, y que al pensar en él oramos, y tendremos ya una verdadera meditación.

Varias son las prácticas de meditar que suelen darse. Algunos ascetas se contentan con proponer una serie de pensamientos, actos virtuosos, reflexiones, v. gr. de adoración y reverencia ante su divina Majestad, actos de fe, esperanza, caridad, etc., por medio de los cuales puede uno entretenerse con Dios. San Ignacio enseña el método que consiste en aplicar las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, a una verdad de la fe o a algún misterio de la vida de Jesucristo. La memoria propone brevemente la verdad o el hecho histórico con una ligera ojeada a la composición de lugar hecha por la imaginación; el entendimiento especulativo procura penetrar en el misterio para comprender bien su verdad, excelencia, belleza y dulzura, y el entendimiento práctico lo aplica a la vida. El sentimiento excita a la vez sus correspondientes actos de amor u odio a lo ya conocido, y la voluntad abraza la doctrina meditada ante todo por medio de firmes propósitos y luego pidiendo gracia para ponerlos por obra. A todo suele preceder una breve oración preparatoria, en que se pide gracia a Dios para meditar debidamente. Lo esencial, pues, de esta

meditación, consiste en la aplicación de las potencias del alma a una verdad de la fe o a un hecho histórico que, según su contenido, puede dividirse en diversos puntos, en cada uno de los cuales pueden considerarse las personas, palabras y acciones. Este método de meditación es sencillo, fácil, como dado por la naturaleza, muy eficaz, puesto que en él se empeña el hombre todo, con todas sus fuerzas, en alcanzar, con la ayuda de Dios, la verdad divina y aplicarla firme y definidamente a la práctica. Para los principiantes aprovechan las reglas; pero poco a poco va uno habituándose a meditar, y van siendo más fáciles y duraderas las aplicaciones.

San Ignacio nos enseña además otros tres métodos de oración mental.

Consiste el primero en recorrer los misterios de la vida de nuestro Señor, aplicando sobre ellos y sobre las virtudes que en ellos relucen, los sentidos interiores y exteriores, la vista, el oído, el tacto, etc. Es un método sencillo y práctico (lite limpia y santifica nuestra fantasía, endereza la voluntad y lince que penetre el entendimiento en el santuario de los sentimientos y virtudes del Redentor. Aun los grandes santos ejercitaron este modo de oración.

El segundo método consiste en ir recorriendo los mandamientos, los deberes propios de nuestro estado, los sentidos internos y externos, y ver cómo andamos, arrepintiéndonos de corazón y proponiendo la enmienda, si por ventura hemos caído en alguna falta. Es propiamente un diligente examen de conciencia que puede convertirse en meditación, con sólo considerar en cada parte qué cosas son las que mandan y prohíben los mandamientos; y en cuanto a los sentidos, para qué nos han sido dados, y cómo han usado de ellos Jesucristo y los santos. liste modo vale muchísimo para la pureza de conciencia, y es una excelente preparación para la confesión.

El tercer método es sobre una oración conocida, tomando cada palabra, y deteniéndonos en ella con el pensamiento, en tanto que nos ofrezca ideas y afectos. Este método de orar presta muy buenos servicios en las funciones largas de iglesia y cuando estamos fatigados o distraídos, y nos lleva a conocer la esencia íntima de la oración, su hermosura y elevado valor. Tanto más cuanto es una buena ayuda de costa para hacer bien la oración vocal.

Al que tenga tiempo y facilidad para meditar nada hay que recomendar más encarecidamente que el que procure dedicarse cuanto pueda al ejercicio de la oración mental. ¡Cuántas veces nos amonesta Dios en la sagrada Escritura a que consideremos su ley y apreciemos sus

beneficios! El Salvador estaba siempre, día y noche, dado a la meditación, y alabó en su discípula María la vida contemplativa, diciéndole que había elegido la mejor parte. Por sí misma, la meditación hace que la oración se prolongue, los afectos que en ella brotan excitan nuestro fervor y deseo, y así alcanza la oración una fuerza íntima, de que carece sin la meditación; con lo cual se acrecientan y suben de punto los efectos de la oración, a saber: el mérito, la satisfacción y la eficacia de ella. Convienen los grandes ascetas en que la oración mental es moralmente necesaria para alcanzar la perfección. Debe, pues, ante todo, emplearse con singular esmero en las casas religiosas, en especial en las de los religiosos de vida mixta y apostólica que tienen que vivir en continuo trato y comunicación con el mundo. La meditación, prescrita en cada orden por sus constituciones, hecha con diligencia, puede compensar una menos rigurosa clausura y austeridad exterior. ¿Cómo es posible llegar a ser apóstol, hombre de fe, si no se tienen presentes a la continua las verdades de la fe, meditándolas y rumiándolas detenidamente, arreglando su vida conforme a ellas y teniéndolas como principios fundamentales; si por medio de la oración fervorosa no se graban en el corazón para que sean el caudal de que nuestra vida se alimente? Sin este capital se vive siempre en estrecheces y sin salir de miseria, ni llegar nunca a vida más noble y provechosa. De manera muy diversa se forma y vigoriza el alma con la oración mental que con la vocal. En ésta es cierto que se ejercita la memoria, el entendimiento y la voluntad, pero en la meditación este ejercicio es incomparablemente más eficaz, más intenso y duradero. La eficacia de la meditación continuada por largos años es la que ha de hacer de un hombre de poca virtud un verdadero siervo de Dios. Por eso dice un erran asceta que leer, orar vocalmente y oír sermones son cosa muy buena cara los principios, pero que la meditación debería ser nuestro libro, nuestra oración y nuestro sermón; de otra manera estaríamos siempre aprendiendo y nunca llevaríamos a alcanzar la sabiduría. Por eso, añade, entre los religiosos, sacerdotes y teólogos hay tan pocos contemplativos.

Debe, pues, ser nuestro más firme propósito meditar, si es posible. todos los días. En último término podrá cualquier lectura espiritual, acompañada de reflexiones y peticiones, servir de meditación. De todos modos, siempre deberíamos preferir la oración mental a la vocal, y aun en esta misma podemos, si es que no debe terminarse en tiempo fijo, meditar sus palabras y elevarnos a Dios más de lo íntimo del corazón. Magnífica escuela de oración mental son los *Ejercicios* de San Ignacio, cuya base

principal es la meditación: allí se aprende a meditar o se vuelve a aprender, si es que se ha perdido la costumbre.

CAPÍTULO X

Las devociones de la Iglesia

Grande importancia tiene para la vida de oración la práctica de las devociones de la Iglesia.

Todas ellas son ejercicios del culto divino y pertenecen esencialmente a los netos de la oración y del servicio de Dios.

El objeto de estas devociones es siempre algo que se deriva de la fe, o que con ella se enlaza; de donde se deduce que no son cosa nueva. Lo que sucede es que, según los diversos tiempos, una flor del árbol secular de la fe, como herida repentinamente de un rayo de luz, atrae a sí la atención de los fieles y despierta en sus almas sentimientos especiales de admiración y afecto, los cuales, con aprobación de la Iglesia, se traducen en prácticas de piedad, que entran a formar parte del culto público. La cosa es antigua; lo nuevo es sólo la luz. Esta luz procede del Espíritu Santo, cuyo influjo consiste en conducir a la Iglesia a toda verdad, en abrirle, según lo exijan los tiempos, nuevas fuentes de consuelo y protección y dirigir su actividad vital según los finos que en el curso de los siglos le señala la divina providencia.

La oración os la primera y más natural manifestación de las devociones, como que éstas propiamente pertenecen a la religión, cuyo acto principal es la oración. Las devociones invitan a los fieles a orar, y conforme va ganando terreno esta invitación, va también introduciéndose en la vida practica la devoción, que a su vez llega a ser medio para el ejercicio de la oración. Es de considerar qué magnífica variedad de ejercicios de oración, fiestas y ceremonias han traído las devociones a la iglesia. ¡Qué decaimiento y qué daño no se notaría en la vida de oración, si dejando tan sólo la misa y la comunión, se quisieran quitar todas las demás devociones! Quitad los múltiples y variadísimos ejercicios con que se honra a la Virgen Santísima y los santos; suprimid aquel tan variado cortejo de fiestas, oraciones y usos de la Iglesia, y veréis cuán árido y pobre queda nuestro año eclesiástico, de qué variedad, de qué adornos y de qué joyas se ven privadas nuestras iglesias. Es que las devociones son las

que esmaltan los vergeles de la Iglesia con las flores siempre frescas de la oración y de la piedad.

Y con la oración vienen todas las gracias que la acompañan. De ella se sirven como de medio estas devociones para hacer que se desprendan con mayor abundancia las gracias encerradas en las verdades de la fe y se comuniquen como río caudaloso a la iglesia. Los frutos de bendición que trae consigo una devoción popular, pueden muy bien renovar una ¿poca, y darle una vida vigorosa y fecunda. Por medio de los santos, de las órdenes religiosas y de las grandes devociones, se dice que renueva Dios *de* continuo la faz de la tierra.

De tal manera incitan a orar estas devociones, y de tal manera levantan la vida de oración de un pueblo, que sin querer se acuerda uno de aquellas palabras de Oseas: *Los trajes con las ligaduras de Adán* (Os. 11, 4). Es decir, que por las devociones baja Dios a nosotros para elevarnos a sí. Dios se acomoda en las devociones al carácter, espíritu y propiedades de todos los hombres y de todos los tiempos; por eso son éstas tantas, cuantos son los tiempos y los hombres; por eso despierta de nuevo el Espíritu Santo tan varias devociones. Con ellas sostiene a su Iglesia, y la dirige en la obra querida de su corazón, la de escudriñar los tesoros de verdad y ciencia que le dejó en dote su divino Esposo, y aplicar sus descubrimientos según la capacidad y necesidad de sus hijos, realzando de este modo las galas de su belleza, variedad y fuerza de adaptación.

Así aparecen siempre junto a las antiguas formas ele culto, otras nuevas que rompen la gravedad, uniformidad y rigidez de las primeras, y se adaptan a la índole y gusto de cada cual. Las devociones de la Iglesia son como el fastuoso y regio convite de Asuero (Est. 1, 2ss), en que cada uno halla lo que le conviene y satisface; por ellas se nos ofrece la gracia de la oración en la forma que más se amolda a nuestro carácter, y con ellas parece que Dios y la iglesia tratan de ganarnos acomodándose a nuestro gusto, a nuestra predilección espiritual, por decirlo así, para aficionarnos a la oración, que es el gran medio para la gracia. ¿Quién va a resistir a Dios, cuando así se amolda él a nosotros? Podría decirse que las devociones son el cebo de que se vale para traernos a la oración. ¡Oh, si pudiera lograrlo en nosotros! Ningún provecho le resulta a él; al contrario, a nosotros es a quienes quiere ganarnos para la oración, y por ella para todo bien, para la perfección y para el cielo.

CAPÍTULO XI

El espíritu de oración

Se entiende por espíritu de una cosa, la esencia, la medula, lo más noble, lo más subido de ella, algo así como el alma y la suma de condiciones, sin las cuales no puede existir. El espíritu, pues, de oración es lo que le da eficacia, lo que a ella nos impele, y en ella nos retiene, lo que da poder a nuestra oración y lo que hace que alcancemos su fin glorioso.

El espíritu de oración consiste en tres cosas. Es la primera la estima de la oración, la persuasión viva de su excelencia y dignidad. Debemos convencernos de que no podemos hacer cosa que sea de suyo mejor y más noble, puesto que orar es tratar y conversar con Dios, que es lo más excelente que de la oración se puede decir. Sin duda que tenemos por voluntad de Dios otras cosas importantes que hacer, v. g. cumplir con las obligaciones de nuestro estado, lo cual es también, en cierto sentido, una especie de oración y servicio de Dios; pero hay una diferencia, y es que todo lo demás, que según la voluntad de Dios tenemos que hacer, no se refiere a Dios directamente, sino a algo fuera de Dios, a algo que pertenece a Dios y que en alguna manera hay que devolverle; pero la oración se refiere directamente a Dios, y es servicio personal de su divina Majestad *y* acto del culto divino, y sabido es que la virtud que tiene por objeto el culto de Dios, es, después de las teologales, la más grande y excelente; lo cual nada tiene de extraño si se mira que también en el mundo, entre los empleados de la corte, los más honrados son los que sirven personalmente al príncipe. Hay que tener ante todo recta idea de Dios, para estimar, en lo que se debe, la oración; porque no se conoce a Dios es ella tan poco estimada, y aun muchas veces, por desgracia, pospuesta a todo lo demás. Orar, se oye decir a algunos, es no hacer nada; el orar es bueno para los niños, para las mujeres, para los ancianos e infelices. No llegamos nosotros a tanto; pero la ligereza y falta de seriedad sobrenatural y de fe viva, nos pone en peligro de no apreciar cómo debemos la oración y de subordinarla a otras ocupaciones, en las que tienen su parte el capricho, la vanidad o alguna otra mira terrena. Deberíamos considerar y estimar la oración como a Dios mismo, y en este concepto preferirla, según la medida de nuestras obligaciones, a toda otra ocupación, sacrificándolas todas a ella, puesto que es servicio y servicio personal y excelentísimo de Dios. En este sentido, decía un profundo teólogo, que más quería perder toda su ciencia que dejar voluntariamente una Avemaría de las que tenía que rezar.

Lo segundo, entra también en el espíritu de oración la persuasión íntima de la necesidad imprescindible que de ella tenemos para la vida espiritual, para adelantar en espíritu y aun para nuestra salvación. No estimamos la oración porque no conocemos a Dios, y no oramos porque no estamos penetrados de nuestra miseria e indigencia y de la necesidad absoluta que tenemos de orar; hay que tener presente que la oración es, para nosotros, un medio indispensable e insubstituible para la salvación y perfección, y esto no sólo porque así lo ha ordenado Dios, sino por lo que ella es en sí. Si

Cristo y los Apóstoles, la Iglesia y los santos Padres nos están invitando tan a menudo y con palabras tan graves a la oración, es parque ella está basada en la ley natural de Dios y en la naturaleza y disposición del orden de la gracia. La necesidad de la gracia y la ordenación de Dios nos manifiestan lo indispensable que nos es la oración. Tenemos, pues, que orar, si queremos ir adelante y no perdernos; así que no vale decir: «Oremos o no, sucederá lo que ha de suceder», porque es innegable que muchas cosas acaecen porque se ora y muchas no suceden precisamente porque no se ora. «Pero yo no sé orar.» Pues aprende; que lo que es necesario, es también posible. Cuántas cosas hemos aprendido en la vida más difíciles que orar. «Es que yo no tengo fe y, por consiguiente, no puedo orar.» Pero la gracia de la oración no te falta; pide fe y la alcanzarás; que orando se aprende a creer. El día en que dejemos la oración y renunciemos a ella, volveremos a estar expuestos a todos los peligros, al pecado, a la perdición. La vida es un camino lleno de riesgos y asechanzas. Por desgracia son los hombres, de ordinario, lo que el ambiente en que se hallan. Gran gracia, y particular favor de Dios es, pues, estar siempre en un ambiente sano, resguardado de toda seducción o sin sentir el mal que nos rodea; los hombres privados de esta especial protección van de peligro en peligro, hasta que se pierden. Pues, ¿con qué podremos alcanzar y asegurar esta protección y defensa? Con la oración: con ella nos asimos de la mano de Dios; y si el niño sostenido polla mano de su madre no peligra, ¡cuánto menos el que está colgado de esta mano divina! El que no quiera asirse de ella, vea cómo se las arregla, lis, pues, la oración un medio indispensable; pero es además omnipotente: sin ella, nada; con ella, todo lo obtenemos.

Y esto es lo tercero, que da fuerza y vida a la oración: la confianza ilimitada en ella. Con ella lo podemos y alcanzamos todo, pues que Dios así lo ha prometido: *Pedid y alcanzaréis.* Esta confianza consiste en una íntima persuasión de que no hay cosa que no podamos conseguir con una buena y constante oración. Claro es que tampoco deben omitirse las demás

condiciones exigidas por la razón y por la conciencia. El que se contenta con orar y corre después tras las ocasiones peligrosas, creyendo que con eso está libre de pecar, se burla de la oración y pide un milagro manifiesto. Pero fuera de eso, es cierto que para la oración todo es posible, aun lo más difícil y encumbrado, cual es la transformación del corazón y el alcanzar la perfección.

Hay en el catecismo una palabra de oro sobre la oración. Dícese allí que la oración nos hace pensar como ángeles y bienaventurados. El que trata con sabios se hace sabio; el tratar con Dios nos asemeja a él en pensamientos, principios, sentimientos, palabras e intenciones. A medida que el hombre ora, se va asemejando más y más a Dios, paulatinamente y sin sentirlo, pero de una manera profunda y radical. Aun cuando nuestras aficiones sean mundanas, poco a poco van mudándose nuestros pensamientos y nuestro corazón; lo que antes nos contrariaba y nos era duro y áspero, se nos hace fácil y deseable; el mundo que nos encantaba pierde todos sus atractivos; sólo Dios y la eternidad nos parecen grandes y apetecibles. He aquí la mayor y más fundamental victoria que sobre este barro de nuestra naturaleza alcanza la oración perseverante y la gracia que con ella viene, cuyas enseñanzas son tan tiernas y eficaces como las que recibimos de niños en el regazo de nuestras madres. Y así como en esta escuela aprendimos sin fatiga ni esfuerzo mucho y muy bueno, pues aprendimos a pensar y a hablar, nos hicimos hombres y cristianos, porque había allí un ser querido, la madre, que se abajaba a nosotros, se hacía niño con nosotros, todo lo expresada como nosotros, y nos asimilaba a sí, de modo que tomamos su modo de hablar y pensar; así también en la oración nos instruye y educa Dios nuestro Criador, y nos transforma por segunda vez a su imagen y semejanza en algo noble y divino.

Da misma confianza nos da también la oración para nuestros ministerios con los prójimos, cuya salvación y perfección es obra de la gracia y no de la naturaleza. Dios es el Señor de la gracia; por consiguiente, cuanto más estrechamente estemos unidos con él, tanto mayores gracias se comunicarán a otros por nuestro medio. Todo lo exterior y natural no es más que una espada, que por buena que sea nada vale si no hay brazo que la esgrima. Lo que nos une con Dios es mucho más poderoso y eficaz que lo que nos une a los hombres, porque Dios puede hacer cosas grandes con un instrumento despreciable; ahora bien, lo que nos une con Dios es lo sobrenatural, la oración. — Dios exige la oración para ayudar al prójimo. Tenemos que convertir al mundo no sólo con el trabajo, sino con la oración: la misma ley que rige para nosotros

vale también para los prójimos; así lo ha dispuesto Dios para quedarse él con la honra y la gloria, y para que no nos ensoberbezcamos ni nos atribuyamos lo que es suyo. La oración es, además, un medio mucho más poderoso que la predicación y cualesquiera otros. Siempre y en todas partes se puede orar, y la eficacia de la oración es más extensa y universal. Poco pueden la palabra y la pluma; no así la oración, que sube hasta Dios y baja colmada de frutos de bendición, derramando gracias sobre pueblos y naciones, regiones y siglos. También aquí la historia de la propagación de la fe y de la reforma de la iglesia no es sino la historia de la oración. Es mejor misionero, mejor ciudadano y mejor patriota aquel que mejor sabe orar. Hijos del siglo XX tenemos ocasión de apreciarlo. Por todas partes vemos las señales del trabajo más grande, más infatigable y aun excesivo, pero desgraciadamente, sólo del exterior; únicamente se aprecia y estima la actividad externa y natural, lo que brilla y hace ruido en el mundo. Nuestro tiempo está caracterizado por un ardor insaciable de bienes materiales. ¿Y qué queda al fin? Todo pasa y nosotros con ello; sólo *la piedad tiene las promesas del tiempo y de la eternidad* (1 Tim 4, 8). *Ora y trabaja,* he aquí lo justo, lo cristiano y lo que dura.

El espíritu de oración es, pues, la profunda estima de ella, la persuasión práctica de su necesidad, la confianza en su fuerza avasalladora. Él es una de las gracias más preciosas de la vida espiritual, y el principio de todas ellas, el comienzo y perfección de todo bien, el medio por excelencia. Mientras é1 viva en nosotros, Dios y la virtud estarán muy arraigados en nuestra alma; con él todo puede corregirse y mejorarse. En cambio, sin é1, somos mensajeros poco seguros de Dios, ni puede él contar con nosotros. La mayor infelicidad es haber perdido este espíritu, pues ya entonces queda el hombre sin apoyo ni arrimo en Dios, y es fuerza que perezca. Tiene el gran asceta San Alfonso de Ligorio, entre los numerosos y utilísimos libros que escribió, uno muy pequeño, que é1 repula, según lo dice en el prólogo, como el más provechoso e importante; tanto, que se atreve a afirmar que, aunque todas sus obras perecieran, se daría por contento con tal que sólo ésta quedara en el mundo. Es el librito que trata de la oración.

He aquí, pues, recogido todo cuanta al primer fundamento de la vida espiritual pertenece; a saber: convicción íntima de la excelencia, necesidad, eficacia y facilidad de la oración.

SEGUNDO PRINCIPIO FUNDAMENTAL

EL VENCIMIENTO PROPIO

Es la oración, a la vez que necesaria, comienzo de todo bien; pero nada más que comienzo. A ella ha de juntarse necesariamente el vencimiento propio, que es el segundo de los tres principios fundamentales, y el que asegura y aun alegra nuestra vida espiritual.

CAPÍTULO I

Recta idea del hombre

La oración ordena y endereza a Dios nuestros pensamientos; por donde al que conoce a Dios le es cosa fácil la oración. El vencimiento propio dirige nuestros cuidados hacia nosotros mismos, y nos enseña cómo debemos tratarnos. Ahora bien, para tratarse uno como es razón, preciso es que antes se conozca y tenga de sí y de su naturaleza recto concepto. Tres son las principales doctrinas acerca del hombre.

Según la primera, es el hombre, desde su origen y por su naturaleza, absolutamente bueno y perfecto; la depravación viene más tarde, y nace no de él sino de su contacto con el mundo corrompido y del dañado influjo que éste ejerce sobre aquél. De donde el hombre no tiene que hacer sino precaverse del influjo corruptor del mundo externo. Por lo demás, bien puede dejarse llevar y desarrollarse conforme a los impulsos de su naturaleza.

Este es el concepto que del hombre forman los materialistas de todos colores. Niegan todo orden sobrenatural, y nada quieren saber del pecado original y de sus fatales consecuencias en el hombre. Optimismo subversivo que, no queriendo ver este desorden y desolación evidentes y palpables que se revelan en el hombre, destruye todo el cristianismo.

La segunda teoría es de todo en todo opuesta a la primera. El hombre fue criado bueno por Dios; pero el pecado original de tal modo le ha

inclinado a lo malo que no hay en su ser sino sólo pecados manifiestos. Ni el mismo Dios puede ya mejorarle interiormente, sino que, forzado a prescindir de su maldad, la cubre al exterior con la justicia de su Hijo, de la cual se reviste el hombre por la fe y la confianza; pero de suyo permanece siempre malo, aun en el cielo. Así pensaban los reformadores del siglo xvi. Es este un pesimismo infundado, y aun puede decirse una especie de maniqueísmo, en que el mismo Dios aparece incapaz de dominar el mal que una vez ha permitido. Como este sistema de justificación es un contrasentido, no queda en él al hombre otro remedio sino la desesperación.

La tercera explicación enseña que Dios crió en un principio al hombre bueno y recto; pero que éste, seducido por la serpiente, cayó, y como consecuencia del pecado original y pérdida de la gracia santificante no sólo quedó privado de su fin sobrenatural, sino ademéis viciado en su naturaleza, aunque no esencialmente, por la concupiscencia desordenada. Por e1 santo bautismo recobra la gracia santificante y la bondad, justicia y santidad internas; pero le queda la concupiscencia y las pasiones desordenadas que, aunque no le priven de su libertad, le hacen cruda guerra y le ofrecen ocasión de pecado, si bien es cierto que, tanto por la gracia de Jesucristo y su propia cooperación, como por el empleo de los medios que la Iglesia le proporciona, por la oración y el ejercicio del vencimiento propio, puede salir victorioso en esta empresa.

Esta es la doctrina católica acerca del hombre, única verdadera y recta. En ella se da a Dios la liarte que le es debida, lo mismo que al hombre; a quien ademéis humilla y ensalza, previene, alienta y da esperanza. Todo está en ella en su sitio; a Dios corresponde el reconocimiento debido como autor y consumador de la santidad; al hombre, la honra y el mérito de cooperar a su bienaventuranza. Aquí no hay exageración alguna. Es el pesimismo más moderado, y el optimismo más racional y más noble.

Es, por lo lanío, de la mayor importancia el persuadirnos firmemente de que el vencimiento propio es el campo en que ante todo debemos manifestar nuestra propia actividad.

CAPÍTULO II

Qué cosa sea el vencimiento propio

El vencimiento propio, llamado también mortificación, es el fantasma que suele atemorizar a los hombres. Nada hay peor que un miedo ciego que no reconoce causa alguna; y para quitarlo, ningún remedio mejor que poner al descubierto el objeto que causa ese miedo, y hacer ver que no es sino pura fantasía. Pues dígase lo mismo del vencimiento propio o mortificación: basta ver lo que es para que nos reconciliemos con él.

¡Qué es, pues, el vencimiento de sí mismo? No es otra cosa sino la violencia y fuerza moral que tenemos que hacernos para vivir según nos lo exigen la razón, la conciencia y la fe; el esfuerzo que necesitamos para ajustarnos a nuestro deber, y ser de veras lo que debemos y queremos: hombres razonables y nobles. Claro es que para ello hace falta esfuerzo, e1 cual es con semen na de la primera caída, y una marea que ha dejado en nosotros el pecado original. Antes todo era fácil y agradable, ahora no. A causa de la violencia que tenernos que hacernos, recibe esta virtud diversos nombres: vencimiento propio, dominio de sí mismo, abnegación, mortificación, aborrecimiento propio; todos los cuales vienen a significar mía misma cosa, la que con razón, atendiendo al trabajo que cuesta, se ha llamado así, siguiendo el ejemplo de la sagrada Escritura. Todos estos nombres evocan la idea de lucha, de contraste y violencia que nos hace sentir interiormente cierto malestar. La dificultad no nace tanto de la cosa en sí, pues hasta podemos, quererla y estimarla, sino de nosotros, de nuestra naturaleza actual, flaca y dolorida, que es preciso mejorar.

¿Cuál es propiamente el objeto de esta lucha? ¿Qué es lo que hay que combatir y derribar? ¿La naturaleza? De ninguna manera. No la hemos criado nosotros, ni nos pertenece: es de Dios. Podemos hacer uso de ella, pero no echarla a perder. Tampoco son materia de mortificación las potencias naturales; antes, al contrario, tenemos necesidad de ellas y nos son indispensables para vivir y trabajar. Cuanto más vigorosas y perfectas sean, tanto mejor. Por lo mismo, tampoco son las pasiones en sí mismas las que tenemos que combatir; las pasiones son parte integrante de nuestra naturaleza, y consideradas en sí, buenas, o a lo menos, indiferentes; sólo el mal empleo de ellas es el que las hace malas

Ninguna cosa de islas es objeto de la mortificación, sino únicamente lo desordenado que en ellas hay. Pero, ¿qué es lo que podemos llamar desordenado? Pues todo aquello que o va directamente contra el fin, o nos

hace que le perdamos, o nos pone en peligro de desviarnos de él, o finalmente lo que en modo alguno aprovecha para alcanzarle. Desordenado es, según esto, primero todo lo pecaminoso; después todo peligro de pecar, arrostrado o aceptado sin necesidad; finalmente todo lo inútil e innecesario que se opone a nuestra razón, a nuestra conciencia y a nuestra fe. listo y sólo esto es el objeto de la mortificación, y contra lo que tenemos que guerrear hasta destruirlo, si queremos llevar una vida pura y digna de un ser racional.

Con esto queda también claro el fin de la mortificación, que no es impedir, agarrotar, dañar o destruir la naturaleza, sino muy al contrario, sostenerla, cuidarla, guiarla, ordenarla, educarla, mejorarla, hacerla fuerte, pronta, animosa y constante para todo bien, elevarla en cuanto sea posible a su primitiva pureza, rectitud y santidad, fortalecerla y adiestrarla para el buen uso de sus facultades, en servicio de Dios y para ayuda y salvación de los hombres.

No es, pues, el fin a que se dirige la propia abnegación, ni puede serlo, la violencia y la dificultad que la acompañan. El hombre no ha nacido para el dolor**,** sino para la felicidad, así del alma como del cuerpo. Era feliz, en un principio, y sólo por el pecado dejó de serlo. El dolor es, pues, sencillamente, su compañero, no fin; es el camino que ha de conducirle gloriosamente a la victoria y a la paz. Aun el dolor mismo y la pena van desapareciendo poco a poco, según que nos abracemos con mayor decisión y Animo con la propia abnegación y la ejercitemos con más constancia.

Todavía nos dará más lux. sobre lo que es y significa el vencimiento propio, el considerar el lugar que le corresponde entre las virtudes, y el saber a cuál de éstas pertenece. Propiamente a ninguna de ellas en particular, pero entra dondequiera que haga falta esfuerzo y energía. Casi siempre viene a pertenecer a la templanza o a la fortaleza, según que tenga que contener y reprimir el avance inmoderado de una pasión, o que usar de brío, energía *y* constancia para una empresa difícil.

Esto es, pues, y no más la abnegación o vencimiento de sí mismo. Como se ve, nada puede darse más sencillo y natural, atendidas las presentes circunstancias. Se trata únicamente de llegar a ser por su medio lo que debemos y queremos ser, es decir, de esforzarnos cuanto sea necesario para ser hombres cuerdos, nobles, puros y buenos cristianos. Como enseña muy bien en dos palabras San Ignacio, en el libro de los ejercicios, el negocio de la mortificación está en conducirse uno de manera que no se deje llevar por pasión alguna que desordenada sea. Creer que la

mortificación es algo más de lo que llevamos dicho, es pura imaginación, y sólo sirve para desprestigiarla. Gran parte del horror que inspira el vencimiento propio proviene precisamente de la idea equivocada que de él se tiene; es, en realidad, el *león del camino,* el fantasma aterrador que despoja de sus derechos a nuestra noble naturaleza creada por Dios, y la pone en congojas de muerte; y nada de esto es cierto. Para que se vea lo importante que es tener ideas rectas., las cuales cortan muchas veces de un tajo toda la dificultad.

CAPÍTULO III

Por qué debemos mortificarnos

Las razones que tenemos para mortificarnos son innumerables.

Ante todo, debemos tener muy presente que vivimos en un estado de naturaleza caída; estado de desorden y depravación, como claramente nos lo dice la experiencia. Es nuestra naturaleza a manera de árbol nudoso, carcomido y agujereado por multitud de inclinaciones y apetitos, pequeños sí, pero peligrosos y aun sucios, que nos apartan del bien, nos impelen al mal y nos inclinan al pecado. Estamos llenos de amor propio, de vanidad, de envidia, de pusilanimidad, de impaciencia, de sensualidad, pereza e inconstancia. El hombre mejor puede llegar a caer miserablemente, si no se hace violencia continua. Un solo día que demos rienda suelta a las pasiones puede bastar para arrastrarnos al mal de un modo increíble. A las fieras se las mantiene enjauladas, y ni aun de los animales domesticados hay que fiarse en absoluto. Pues dentro de nosotros tenemos una fiera. Nada hay, por vil y bajo que parezca, de que no sea el hombre capaz cuando es impelido por las pasiones desenfrenadas. El único remedio es la gracia de Dios y el vencimiento propio.

Somos hombres y entre hombres vivimos. El mundo no es para nosotros un infierno, pero tampoco es un cielo. La vida es viaje, pero no un simple viaje de recreo; es un continuo luchar y trabajar, y el trabajo cansa; es un servicio militar de que no podemos dispensarnos; es una guerra, y guerra de vida o muerte; es una serie no interrumpida de dolores y alegrías, de gozos y desdichas, que ya nos elevan hasta ensoberbecernos, ya nos matan con desaliento y desesperación; es una sociedad en que unos y otros están unidos por una red de asociaciones, clases, estados y vocaciones distintas, cada una de las cuales exige peculiares sacrificios. ¿Y

quién será capaz de cumplir con todas sus obligaciones sin vencerse a sí mismo, sin abnegación, sin un gran caudal de paciencia? Con todos es necesario tenerla: con nosotros, con los prójimos, y hasta con Dios mismo. ¿Y qué paciencia puede haber sin mortificación?

Somos cristianos, y no hay cosa en cd cristianismo que no nos obligue a la mortificación. El Salvador, fundador de nuestra religión, nos la predica con su doctrina y con su ejemplo desde la cuna hasta la cruz. Jesucristo no es en todos los misterios de su vida sino un ejemplo vivo de mortificación; la señala como condición indispensable a sus discípulos y seguidores (Mt 16, 24), y la pone como sello y distintivo de su religión. La fe cristiana es una cruz para el orgullo de nuestra ciencia, y la armería donde se hallan toda clase de razones para negarse a sí mismo; los mandamientos son también materia y ley de mortificación, y hasta los mismos sacramentos son emblemas de la abnegación por lo que representan, y causas de ella por la gracia que comunican; en suma, toda la vida cristiana es, según San Pablo, un morir y ser sepultado con Cristo (Rom 6, 4). Sin la abnegación esencial que es necesaria para evitar todos los pecados mortales, guardar todos los mandamientos y resistir a todas las tentaciones, es vano y fútil todo nuestro cristianismo. Sólo por la estrecha senda y por la puerta angosta de la mortificación se puede ir al cielo (Mt 7, 14). Rechazar por sistema el vencimiento propio, es de espíritus enemigos de Dios, y equivale a renegar del cristianismo y del concepto cristiano del mundo.

Aún más: tenemos que ser virtuosos; pues sólo por las virtudes alcanzaremos nuestro fin. El camino para él son las buenas obras, y como para obrar bien es preciso tener fuerzas, y éstas son cabalmente las virtudes que no son sino energía habitual liara obrar bien, resulta que, en mayor o menor grado, nos son ellas necesarias. Ahora bien: más o menos, todas las virtudes cuestan, luego tenemos que valernos del vencimiento propio, de la mortificación. Se deduce de aquí que no es ésta una virtud única, sino que con todas coopera. La virtud es en sí apetecible y deseable, pero nos aparta y retrae de ella la dificultad de poseerla y ejercitarla. Pues bien: el vencimiento propio supera esta dificultad; el que ha aprendido a vencerse, posee la llave para todas las virtudes. He aquí el papel importantísimo que en la vida virtuosa ejerce la mortificación.

Lo mismo se diga del mérito, sin el cual no puede alcanzarse la gloria. No hay mérito más seguro que el de la abnegación, pues ésta va directamente contra nuestra inclinación natural, y está libre por lo tanto de todo engaño. Pero hay más: que no sólo tiene el vencimiento propio el mérito más cierto, sino aun el más grande, como une es la cosa más difícil,

y para la que es preciso ejercitar las más altas virtudes. ¡Cuánto aprecio hemos de hacer de cualquier sacrificio, de cualquier acto, aun pequeño, de abnegación al acercarse la eternidad, cuando llegue la hora en que.se ha de decidir del mérito de nuestras acciones! ¡Y cuántos actos de mortificación, grandes y pequeños, podríamos ejercitar todos los días, con poner algún cuidado!

Siendo esto así, es evidente que el mejor maestro espiritual es el que nos impele al vencimiento propio, el mejor libro espiritual el que nos enseña el arte de la mortificación. «Tanto aprovecharás, cuanto más fuerza te hicieres», dice Tomás de Kempis. Es cierto que la verdadera vida espiritual, libre de engaños, está en conservar el corazón limpio de pecados, ejercitar actos virtuosos y extirpar las pasiones desordenadas, todo lo cual puede adquirirse sólo con la abnegación, verdadera piedra de toque de la ascética.

Por último, nosotros deseamos y debemos ser hombres del día, hombres modernos, de actualidad. Es decir, que, bien entendida la cosa, debemos vivir con el tiempo, apropiándonos sus buenas ideas y aspiraciones y fomentándolas en nosotros. Dios no se opone a eso; al contrario, tales ideales y alientos, son direcciones por las que encamina el Señor a la humanidad en cada tiempo hacia el término que le ha señalado. Hoy se habla y trata mucho de formación, cultura, progreso, civilización en general; y viniendo a lo particular, se diserta sobre la formación de la individualidad, de la personalidad y del carácter propios. Y con razón; porque, ¿qué aprovechan todos los progresos exteriores, toda la ciencia, toda la cultura, el arte de gobernar los pueblos, si el hombre aparece como inculto, como bárbaro y de menos valer, como mendigo, moralmente hablando, y como miserable esclavo de las más deshonrosas pasiones en medio de la realeza del mundo, su morada, cumpliendo a la letra lo que dice el profeta: *Llena está la tierra de oro y plata y de tesoros sin fin... y en medio de ellos está el hombre encorvado y envilecido?* ¿Y en qué otra cosa consiste la formación del carácter personal y de la individualidad propia si no en formar, educar y robustecer la voluntad para todo lo bueno, noble y elevado? ¿Y cómo llevar a cabo y obtener esta formación? Por el vencimiento propio principalmente. Con él se prueban las fuerzas de la voluntad, y en su escuela debe ella andar, si quiere ser instrumento del bien.

El hombre que practica estas enseñanzas es el que verdaderamente se halla en el honor y realeza en que primitivamente le crió Dios. Cada acto de vencimiento y dominio propio le acerca más al modelo divino, y con el

tiempo llegará a ser lo que Dios de él se propone: reflejo de la divinidad; santuario de la justicia, sabiduría, orden, belleza, verdad y fe verdaderos. Pero nótese bien: todo esto sólo puede alcanzarse a costa del vencimiento propio.

CAPÍTULO IV

Propiedades del vencimiento propio

El fin del propio vencimiento es verdaderamente magnífico; mas no todo vencimiento puede alcanzarlo, sino sólo el verdadero, que ha de tener las siguientes propiedades.

Solidez. No es raro hallar hombres que consientan en vencerse de vez en cuando, en determinadas ocasiones, como por vía de excepción, cuando no pueden menos. Mas esto no basta. El propio vencimiento debe ser ordinario, de arraigo, premeditado y que brote naturalmente del mismo modo de vida. Hay que proponernos de veras andar con cuidado y no dejar pasar ocasión de hacernos fuerza, porque de otra manera, no acabaremos jamás de vencer las pasiones desordenadas y las malas inclinaciones que de continuo nos amenazan y acechan. No hay que olvidar que el desorden y maldad no se encuentran en nosotros de pasada y en algunas ocasiones tan sólo, sino que es por desgracia la herencia de esta naturaleza que traemos con nosotros a la vida, y que es durante toda ella nuestra perpetua compañera. El mal es en nosotros, como dice el Apóstol San Pablo (Rm 7, 23), una ley y costumbre arraigada, una fuerza muy honda. Y como la costumbre sólo se puede vencer con otra costumbre, y la ley con otra ley, y una fuerza con otra fuerza tan potente como la primera, resulta que todo el que quiera andar seguro debe llevar grabada esta idea: «Si no quieres que el mal se enseñoree de ti, tienes que vencerte y hacerte violencia.»

El esfuerzo en vencemos y mortificarnos debe, en segundo lugar, comprenderlo y abarcarlo todo. No puede excluir nada: debe extenderse al cuerpo y al alma, a las potencias y pasiones, al entendimiento y a la voluntad. Toda pasión a la que no hagamos caso, es un enemigo más que dejamos a la espalda, y que nos puede atacar y derrocar. ¿Quién iba a pensar que la avaricia arrastrara a un Apóstol a la traición y al suicidio? En fin, que toda pasión desordenada es un mal espíritu que nos puede ahogar.

En tercer lugar, el vencimiento propio ha de ser constante y sin interrupción. Porque mientras damos de mano a la abnegación, no

descansa en nosotros el mal, sino que avanza como las malezas, que nunca dejan de prosperar en los jardines. Por eso suele decirse que tenemos que andar siempre escardillo en mano. Además, vencerse y trabajar contra la propia sensualidad es cosa dura y que sólo con el ejercicio y el hábito puede hacerse fácil. Sucede lo que, con los camiones, que cuando están ya en marcha corren con relativa facilidad; pero, ¡cuántos gritos y latigazos no hay que dar para que después de un largo descanso vuelvan a ponerse en movimiento! Pues lo mismo pasa con el vencimiento propio: si lo abandonamos mucho tiempo, volveremos a sentir la misma dificultad que al principio. Y así nuestra vida viene a ser un continuo trabajo y pelea.

La última propiedad es que el que ha de vencerse no ha de estar sólo a la defensiva, sino que debe tomar la ofensiva, y haberse siempre como quien ataca. Esto que en las guerras de acá abajo es un principio fundamental, tiene no menos aplicación tratándose de la lucha espiritual en la que no debemos esperar a ser atacados, sino que hemos de atacar nosotros, que sino, bien pudiera acaecer que fuéramos sorprendidos, y que, cuando tratáramos de resistir fuera ya tarde. Siempre es más fácil atacar que defenderse. En el ataque, somos nosotros los que trabajamos y llevamos la ventaja; en la defensa, sufrimos y estamos en condiciones inferiores. Si quieres paz, está dispuesto para la guerra. Esta es la táctica que en sus *Ejercicios* enseña San Ignacio: no parar en lo estrictamente necesario, sino ir siempre más adelante. Que nos vienen tentaciones de excedernos de una medida señalada en la comida o dc acortar algo el tiempo de oración ordinario: pues por lo mismo hemos de comer un poco menos y prolongar por algún rato la oración. Tal es el soldado que nos pinta en el *Reino de Cristo*: así se hará temible al enemigo. Estas son las propiedades de la verdadera abnegación, y estas las armas de los fuertes de Israel. Con ellas, pero sólo con ellas, podremos hacer frente a cualquier enemigo.

CAPÍTULO V

Algunas objeciones

No hay que negar que la verdadera mortificación no es cosa de juego, sino obra seria, grande y santa. Si no, ¿cómo podría producir efectos tan admirables? Sin trabajo, nada se hace en la tierra, y lo que nada cuesta, nada vale. No hay, pues, que admirarse de que en esta materia se susciten

algunas objeciones y reparos: es cosa de todos los tiempos, y muy obvia y natural.

La primera objeción puede ser la imposibilidad de llevar y conservar siempre semejante vida de mortificación. La ley de la abnegación la dió el mismo Jesucristo para todos los hombres, y es natural consecuencia del pecado original. No hay remedio: tenemos que conformarnos con la realidad; o nos vencemos o perecemos. La propia abnegación es, además, mirada por todos los hombres cuerdos y sesudos como una verdadera exigencia de la razón. Por otra parte, las propiedades que antes hemos enumerado, nacen del fin mismo del vencimiento, sin las cuales es imposible que aquél pueda conseguirse. Mas lo que Dios ordena, y los hombres de sano juicio reconocen por justo; lo que no sólo es aprobado sino mandado por la razón, de lijo tiene que ser también posible y hacedero. Y, de hecho, son innumerables los que lo han alcanzado y lo alcanzan aún hoy día. Pues, ¿por qué no nosotros? Porque lo que es auxilios y medios no nos faltan; no estamos solos. Se queja San Pablo de las múltiples miserias interiores que hay en nosotros, y termina, no con un grito de desesperación, sino con un clamor lleno de alegre esperanza y precursor de la victoria: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor* (Rm 7,24ss). Tenemos la gracia, tenemos la oración, tenemos una voluntad, dotada de ductilidad y resistencia sin límites, tenemos, en fin, gran confianza de obtener la victoria en Dios y por Dios.

Pero, ¿no dañará y arruinará la salud este ejercicio del propio vencimiento? Casos hay en que así puede suceder si falta la prudencia; y no 1a. habrá cuando se procede a ciegas, sin entender el fin a que aquél debe dirigirse. El fin no es ciertamente destruir la naturaleza, sino ayudarla. Por manera que, tan pronto como se le siga grave perjuicio, debe mudarse de método. Ahora, si no es más que un accidente pasajero que no significa nada, eso no se ha de reputar por daño ni por peligro. — También se puede fallar a la prudencia si no se tiene en cuenta el objeto de la mortificación, que es solamente lo pecaminoso, lo desordenado, lo peligroso e inútil, no la naturaleza misma ni lo que es en sí bueno y recto; que esto siempre debe conservarse y fomentarse. — Otra falta de prudencia es querer conseguirlo todo de una vez. Mientras Dios nos dé vida, demos nosotros tiempo al tiempo; que la naturaleza y la gracia irán obrando poco a poco con tal de que trabajemos con constancia. — Finalmente, falta es también de prudencia proceder según el propio juicio, sin dirección ni consejo de nadie. No; dejemos que un prudente director nos

determine el cómo y el cuándo, y nos señale hasta dónde hemos de llegar. — Teniendo en cuenta estas advertencias no dañará la mortificación; al contrario, mucho más peligroso y nocivo es no querer vencerse. Muchos más son los que enferman y mueren por falta de vencimiento y mortificación, que no por sobra de c11a; y por cierto con mucho menos honra.

«Pero, es que es difícil.» No olvidemos que no menos dificultoso es descuidar la mortificación y dar rienda suelta a las pasiones. El gozo es breve, y sólo queda el remordimiento. Además, que la dificultad aminora con el tiempo, y el contento interior, el descanso y consuelo hacen más llevaderos el trabajo y la fatiga. En realidad, la mortificación es difícil cuando no se ejercita con empeño y no se continua siempre y en todo. Tenemos el alma enferma, y si queremos que recobre la salud, es preciso ponerla a régimen. ¡Cuántas dificultades ha vencido esta palabra: *quiero,* y qué cosas tan grandes y sublimes no ha hecho! Queramos pues; que si (lucremos lo conseguiremos todo.

CAPÍTULO VI

Mortificación exterior

Consiste la mortificación exterior en la fuerza que hay que emplear para sujetar y tener a raya los sentidos y potencias corporales, usando de ellas según lo pide la razón y la conciencia.

El fin de la mortificación exterior es, en general, el recto uso de los sentidos, precaviéndolos de todo exceso y disponiéndolos a que obren el bien con constancia. En otras palabras: quitar a los sentidos todo lo que los pueda poner en peligro; renunciar a todo halago sensual que no tenga más objeto que el placer, y habituar el cuerpo a soportar lo áspero y trabajoso.

En particular, conviene habituar la vista a no verlo y leerlo todo, especialmente si puede impresionarla peligrosamente. Tampoco hay que halagar al oído ron conversaciones inútiles; ni hay que permitir al gusto que ande sin ton ni son a caza de golosinas; sino que debe contentarse con cualquier cosa, y no quejarse nunca de la comida, ni pasar los límites de la sobriedad. Nada se diga del beber, en lo cual hay que tener grandísima moderación. El tacto debe acostumbrarse a llevar la cruz de un trabajo serio, a moderarse en el sueño, a soportar el cansancio, frío y calor, y endurecerse en ellos. Un medio general, inofensivo y duradero, es el

observar exteriormente la conducta que, a cada uno, según su estado y condición, corresponde.

Ante todo, hay que tener en cuenta la moderación y prudencia en el modo de ejercitar la mortificación. Su fin, que es ayudar a la naturaleza, no destruirla, es el que ha de regularlo y gobernarlo todo. Importante regla es la de no permanecer demasiado tiempo en una misma mortificación, antes variarla de cuando en cuando. Una privación hecha de tiempo en tiempo no suele perjudicar. Hay que recomendar y seguir siempre un modo de vida tal, que el hombre, y sobre todo el joven, conserve sus fuerzas enteras. «Poco, pero con constancia», decía un santo, refiriéndose a esta mortificación exterior.

La primera razón que se ofrece para el ejercicio de esta virtud se funda en la condición actual de nuestro cuerpo moralmente considerado. Según la idea católica, el cuerpo, después de la primera caída es un foco de maldad y pecado; por lo que la sagrada Escritura le llama sencillamente: *cuerpo de pecado* (Rm 6, 6), *ley de pecado* (Rm 7,23); y dice que *la carne codicia siempre contra el espíritu* (Gal 5,17). De ahí que San Pablo castigue su cuerpo (1 Cor 9, 27) y tenga esta mortificación como prueba de su misión apostólica. Resulta, pues, de lo dicho, que tratar al cuerpo de esta manera es muy conforme a la idea cristiana. La concupiscencia, que nos arrastra al pecado, propiamente está en el alma; pero el cuerpo y el alma viven juntos, formando un compuesto natural, y a causa de esta unión íntima, lo que entra por los sentidos influye en el alma, y puede llegar a ser pecado, si se añade el consentimiento. ¿Quién no sabe qué conmoción y qué daño no puede causar una mirada indiscreta? La mayor parte de las tentaciones llegan al alma por los sentidos; de ahí que el refrenarlos equivalga a prevenirse contra la tentación y quitar fuerza al mal. Hay que mortificarse, no sólo para quitar al cuerpo el desorden de las pasiones y el ansia por las impresiones sensuales, sino también para despojarle de su dificultad e indecisión para el bien, de su horror, su pereza y sus melindres, y para darle además facilidad, prontitud, disposición y constancia para el cumplimiento de todo bien; para todo lo cual no hay medio mejor que mortificar el cuerpo y los sentidos.

De esta mortificación corporal saca también partido el alma, para alcanzar humildad. Porque el tratamiento nada honroso que tiene que dar a su cuerpo le recuerda de continuo su debilidad e inclinación al pecado, y así se guarda de la soberbia, raíz de todos los vicios y se aparta con humildad y cautela del peligro de pecar. El espíritu gana también fuerza sobre la sensualidad, adquiere bríos, fervor, ánimo, gusto para la oración y

facilidad para hacerla; por el ejercicio de la penitencia exterior, que no es otra cosa que la mortificación de la carne, levanta su vuelo, a manera de águila que se siente rejuvenecida, desde las tenebrosas profundidades de este suelo hasta las alturas de la patria eterna.

Finalmente, mortificación exterior nos predican en todos los tonos los santos, aun los más dulces y amables; los cuales no son en esto sino intérpretes de la vida y ejemplo de Jesucristo. También ellos ejercitaron la mortificación exterior, cuanto su estado y condición lo permitía. Muy grande es ciertamente la estima que tiene de esta mortificación el espíritu cristiano; quien, teniéndola en poco, la desprecia, jamás llegará a ser hombre espiritual.

CAPÍTULO VII

Mortificación interior

Consiste la mortificación interior, como contrapuesta a la exterior, en regir y enderezar las potencias interiores del alma, para alejarlas del mal, conservarlas en el bien y hacerlas aptas para toda perfección.

Entendemos por potencias internas el entendimiento, la voluntad, la imaginación y el apetito sensitivo.

Cuánta sea la importancia de la mortificación interior, aparece claro, en primer lugar, comparándola con la exterior, que no es sino un medio, una condición y un fruto de la interior. Esta es el fin y la fuente de aquélla, a la que comunica todo su valor. Más aún: sin la mortificación interior no puede ser duradera la exterior; sin aquélla, tendremos a lo más la religiosidad del faquir, o una educación puramente externa que hasta los animales pueden recibir. La penitencia exterior puede suplirse en ocasiones por la interior, por el retiro, recogimiento de espíritu y la pureza de corazón. Además, aquélla tiene que circunscribirse a lugar, tiempo y medida; mientras que la interior puede y debe ejercitarse siempre y en todas partes, sin límite alguno.

Resalta en segundo lugar la importancia de la mortificación interior considerando sus relaciones con la moralidad y con el adelantamiento en la virtud. El orden y desorden moral, el pecado y el mérito proceden de las potencias interiores del alma. De ellas, del entendimiento y de la libre voluntad, depende el valor moral de nuestra vida y la responsabilidad de

nuestras acciones. La acción exterior no añade esencialmente nada. En el corazón es donde se cometen los pecados, como dijo el Salvador: *Del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre, pues lo que sale de la boca procede del corazón* (Mt 15, 18ss).

La mortificación interior posee en grado eminente las verdaderas condiciones y señales que caracterizan las virtudes sólidas. Sólido es, ante todo, lo que procede de un principio verdadero y firme, no de la pasión, ni de la propia utilidad e impulso natural, sino de Dios, de razones sobrenaturales, de recta voluntad; sólido es, asimismo, lo que nos cuesta alguna molestia y dificultad, pues el hacerlo es señal cierta de que no nos buscamos a nosotros y de que va contra la naturaleza; sólido es, finalmente, lo que nos hace adelantar, es decir, lo que remueve los impedimentos que oponemos a la gracia divina. Pues bien; todas estas condiciones de la virtud sólida y maciza se hallan únicamente en la mortificación interior. De ahí que la hayan reconocido y señalado todos los santos y maestros de espíritu como la verdadera e infalible piedra de toque de la virtud, de la perfección y de la santidad. Según ella distinguió y juzgó las virtudes el maestro infalible de toda santidad, Jesucristo. Los fariseos hipócritas del judaísmo de su tiempo no eran para él, a pesar de su exterior apariencia de santidad, sino sepulcros cubiertos y blanqueados por de fuera, pero llenos de inmundicias y basura (Mt 23, 27).

Mas, ¿en qué cosas tenemos que mortificarnos? Primeramente, en las de nuestra vocación, esto es, en lo que nos impide cumplir perfectamente los deberes de nuestro estado. En segundo lugar, en lo que cada uno tenga especial necesidad, dadas sus dificultades personales y defectos propios, sean interiores o exteriores. Por último, en lo que Dios quiere y exige de nosotros.

CAPÍTULO VIII

Mortificación del entendimiento

Descendamos a particularizar más el objeto de la mortificación.

Tratándose del entendimiento, es claro que lo que hay que mortificar en él no puede ser sino algún desorden o falta culpable, bien sea por exceso bien por defecto, en la educación y uso del mismo.

El entendimiento es la facultad que conoce la verdad, y como ésta se alcanza cuando adquirimos conocimientos, se deduce que en esta adquisición y en la de la ciencia consiste la formación intelectual. Cuidar con esmero de esta formación es lo primero y más importante que tenemos que hacer; pues que el entendimiento es la facultad más noble y elevada del hombre, y, en cierto sentido, la más necesaria para la vida. Los ignorantes no sirven ni para Dios, ni para el mundo, ni para el diablo.

En la adquisición de los conocimientos se puede ante todo pecar por defecto. Ellos deben ser ciertos, claros y tan amplios cuanto lo pida nuestra condición; hay que sobreponerse a la ligereza y a la holgazanería. Entre los conocimientos que tenemos que adquirir no pueden en manera alguna faltar las verdades religiosas, aquellas sublimes y eternas verdades *(rationes oeterna)* que, revelándonos las relaciones que median entre nuestro ser y lo que nos rodea, entre el mundo, Dios y la eternidad, nos hacen concebir recta idea de las cosas, que es, sin duda, el objeto más noble que puede y debe conseguir la formación intelectual; sin esta idea falta la base y el lazo de unión de todas las otras ciencias, y de ella se viene en conocimiento de las máximas cristianas que regulan la vida moral, máximas sin las cuales carece el hombre de apoyo. Como estos fundamentos se hallan en la fe, de ahí que ella es lo que con más empeño debemos conocer y tratar de reducir a la vida práctica.

Por lo demás, puede también acaecer que quiera uno aprender y estudiar demasiado, y así es necesario reprimir las ansias inmoderadas de saber más de lo debido, la curiosidad y deseo de saberlo todo sin distinguir lo útil y necesario de lo inútil, superfluo y peligroso; así como también de lanzarse sólo por presunción y vanidad a lo que no se puede alcanzar.

Distinguían conforme a esto los antiguos una virtud especial que llamaban *estudiosidad,* que refrena y modera las ansias inmoderadas de saber, y con razón; pues es vicio éste que trae consigo muchos daños, de los cuales es el primero una excesiva preponderancia del entendimiento; y como muchas veces acaece que excede a nuestras fuerzas intelectuales lo que pretendemos saber, resulta o una falsedad y trastorno de ideas y conceptos, o una lamentable superficialidad y confusión. Porque nada hay que tanto absorba nuestra naturaleza como el estudio y la investigación. Consecuencia del estudio exagerado es el apoderarse de nosotros una desconsoladora sequedad de corazón, junta con verdadera ineptitud para orar, por no decir nada de la debilidad extrema de la voluntad de que adolecen desgraciadamente tantos hombres de estudio.

Tenemos, pues, que habernos con la ciencia como con el alimento corporal que, así como el demasiado comer daña al estómago, así la demasiada ciencia hincha y envanece al hombre. No es la ciencia el mayor bien que puede darse; harto mayor es la verdad, sin la cual la ciencia no es sino engaño y mentira. De ahí que no se puede conceder a la ciencia o a la investigación la pretendida soberanía incondicional. En suma, que hay que aprender primero lo necesario, luego lo útil y finalmente lo agradable.

Guardémonos por fin de ser rígidos e inflexibles en nuestros juicios y opiniones, que con la tenacidad no puede juntarse la piedad. La piedad va siempre unida a la sencillez, al candor y a la humildad, virtudes de que carece la terquedad de juicio, que, muy al contrario, engendra disensiones y hace a los hombres odiosos y aborrecibles. La dureza de juicio viene a ser una especie de fanatismo y no para la verdad; y ya se sabe que lo mejor que puede hacerse con los fanáticos es apartarse de ellos.

La dureza de juicio es enemiga de toda verdad y de toda ciencia. No ha habido herejía que no haya tenido en ella sus comienzos. No puede enfrenarla ni Dios ni la Iglesia; de donde resulta que no sólo rechaza las verdades especulativas, más aún las morales, y a menudo toda la ciencia de la vida práctica que se funda en sensatez y cordura. No> hay cosa más opuesta a la vida práctica que la insensatez, así como tampoco hay cosa más insensata que la tenacidad y aferramiento al propio sentir. No creamos habernos hecho ya con todas las ciencias y saber en todas las cuestiones la última palabra; infinitamente más es lo que ignoramos que lo que sabemos. Bueno es reflexionar por sí mismo; pero bueno es también, y a veces mejor, oír y aceptar lo que dicen otros. Buena es la independencia, mas a condición de que no sea contra la verdad. El conocimiento propio es el mejor preservativo contra la dureza de juicio; él nos hace humildes y razonables. Los hombres más sabios son siempre los más dóciles.

CAPÍTULO IX

Mortificación do la voluntad

Tres razones hay para probar la suma importancia que en sí tiene la mortificación o formación de la voluntad.

La primera es porque esta facultad es una de las principales del hombre, que nacido para la verdad y el bien, los abraza con el entendimiento y la voluntad. La voluntad es, en cierto sentido, la facultad

principal; pero ciega en sí y para sí, necesita que el entendimiento le muestre y proponga el bien a que debe aspirar, y ella de ordinario le sigue; y digo de ordinario, porque no está determinada a seguir tal o cual bien, como lo está el entendimiento a conocer la verdad, sino que puede a veces alejarse de lo que éste le propone. lis libre, y como libre que es y debe ser, no puede jamás forzarla ningún hombre, ni el mismo Dios. Merced a esa libertad que para elegir y determinarse posee la voluntad, es ella tan grande y excelente, verdadero reflejo de la independencia divina. El bien y el nial, los actos todos morales dependen de la voluntad y por ella se determinan. Por eso es la manzana de la discordia entre Dios y el demonio. En resumen, de la felicidad o desgracia del hombre es su propia voluntad quien decide.

La segunda razón es la necesidad que tiene la voluntad de formación y de sujetarse por lo mismo a una educación seria. De suyo es limitada y ciega en sus decisiones; a consecuencia del pecado original se ha hecho más débil y caediza. Ella sufrió el primero y principal daño de dicho ¡recado y lo está experimentando continuamente, parte por la concupiscencia, parte por las tentaciones que vienen de fuera. Pues de hilos tan delgados como son las fuerzas de la voluntad humana está pendiente la felicidad del hombre. Y esta es precisamente la razón por que Dios ha dado muchas más virtudes a la voluntad que al entendimiento.

La tercera razón es ser la voluntad humana en gran manera susceptible de educación y formación; a lo que se agrega que es más útil y provechosa esta educación que la del entendimiento. La voluntad puede el hombre sujetarla, no así el entendimiento. Además, por todas partes se encuentran barreras que el entendimiento no puede franquear; la voluntad, en cambio, con la gracia de Dios lo puede todo. Y si no, allí están los santos en los que lo que se canoniza es la buena voluntad.

De tres faltas y excesos debe librar a la voluntad la mortificación.

La primera es el desorden y falta de rectitud en la intención. El orden, rectitud y pureza de intención consisten en la sumisión y obediencia de la voluntad a todo lo que la razón y la conciencia le dictan como bueno y necesario; la falta de rectitud, en la resistencia e insubordinación contra lo que como tal reconoce. Este es el peor pecado que puede cometer la voluntad. Debe, pues, regirse por la razón y la conciencia, lo cual no daña a su dignidad real. Es ciega y debe seguir al que la guía si no quiere tropezar y caer; y a quien al fin se sujeta es a Dios, norma suprema de bondad que se le manifiesta por medio de la razón y de la conciencia. A la perfección de esta pureza pertenece que nada haga ni emprenda la voluntad

que no sea conforme a la razón, y que obre todo el bien que le corresponde.

La segunda falta es la rigidez, la inmovilidad, la indecisión, la pesadez para obrar el bien conocido, y al que está obligada. Cierto que primero hay que pensar los motivos, pero después hay que correr y correr con ligereza y ánimo, sin vacilaciones de ningún género. De otro modo podrá ser demasiado cara la tardanza, porque puede a veces jugarse el cielo o el infierno.

La tercera falta es la debilidad, la poca constancia y energía, que muchas veces proviene de cierto apego a algún bien de la tierra. Mas hay que tener en cuenta que este apego es siempre una innoble prisión que, a más de impedir nuestras acciones y movimientos, nos rebaja y empequeñece haciéndonos ridículos y dignos de compasión. Entonces no queda otro remedio que arrancar y cortar lo que nos detiene. Así se libra el corazón y encuentra paz y fortaleza. La debilidad de la voluntad puede también provenir de veleidad o falta de constancia en vencer las dificultades o de miedo de acometer mayores y más difíciles empresas. No lo olvidemos: una voluntad débil no sirve para este mundo, en donde nunca faltan cruces y contradicciones; ¿o es que sólo hacemos propósitos para la bonanza? Una voluntad que no tenga fuerza para obrar y para resistir no es voluntad; lo más, lo más para que podría servir, sería para veleta.

Como medio educador de la voluntad está ante todo la oración, que en sí considerada es una escuela de paciencia, sobre todo si se hace en tiempo fijo, sean cualesquiera las circunstancias. Además de que por la oración viene la gracia, sin la cual no podemos nosotros forzar nuestra voluntad recalcitrante, ni sustraernos a su volubilidad y ligereza.

Otro medio es tener sólidos y claros principios, y hacer propósitos resueltos y bien definidos. Si a pesar de tales propósitos y principios somos remisos e inconstantes, ¿qué sería sin ellos? También es buen medio tener una norma fija de vida a que sujetarnos; pues lo que son las reglas para el religioso, eso viene a ser para el seglar la distribución diaria. A ella debemos atenernos constantemente, y a ella hemos de volver, dado que alguna vez la quebrantemos.

Magnífica ocasión para robustecer la voluntad son las tentaciones que nos sobrevienen, verdaderas guerras y batallas en que se esfuerza nuestro ánimo y constancia; y como son tantas y tan diversas, podemos, si

sabemos rechazarlas con valor, ir adquiriendo con el tiempo gran firmeza de carácter y copia de sólida virtud.

Otro medio excelente también para educar la voluntad es vencerse en las cosas pequeñas e indiferentes que a cada paso ocurren entre día, que, aunque sean ligeras, son muchas, y en ellas siempre gana fuerza la voluntad. La cosa es pequeña, la eficacia grande.

La educación sólida, recta y duradera de la voluntad es hoy día tanto más importante y necesaria cuanto que se procura más exclusiva y superabundantemente formar el entendimiento y se deja a la voluntad abandonada a sí misma y a todas las tormentas, como zarzal en campo raso. ¿Y qué resultará? Que más tarde, cuando tenga que luchar contra sus pasiones desenfrenadas, se hallará impotente para resistir. Es que nadie había pensado en educarla. Nunca se puede repetir lo bastante que jamás será demasiado lo que se trabaje en fortalecer y educar la voluntad con esa educación clara, sólida y maciza. Pronto aprendemos lo que necesitamos para ser hombres buenos y útiles. Si la mitad del cuidado y fatiga que en esto ponemos lo empleáramos en la formación de la voluntad, presto seríamos santos.

CAPÍTULO X

De las pasiones

Para enlazar conceptos y entender lo que sigue, conviene decir algo sobre las pasiones.

Las pasiones (entendida esta palabra no como sinónimo de inclinaciones malas y desordenadas, sino de propiedades naturales) son movimientos del apetito sensitivo o parte inferior hacia lo que naturalmente nos gusta o disgusta, lo cual se representa al alma por medio de los sentidos y de la fantasía, o también, de ordinario, por una excitación material bien perceptible.

Si el objeto es agradable, excita en nosotros el deseo; si desagradable, horror repugnancia. Hay, pues, dos como cabezas a que pueden reducirse las pasiones: amor y odio. La primera se subdivide en deseo, esperanza, valor y alegría; la segunda en repugnancia, tristeza, temor y desesperación.

Están las pasiones fundadas en nuestra naturaleza, compuesta de espíritu y materia, y sirven para la conservación y buen ser de ambos, en

cuanto les ayudan para tender a su fin propio con facilidad y energía y los apartan del mal.

Los movimientos de las pasiones que anteceden a la reflexión y a la voluntad no tienen de suyo valor moral y son indiferentes, pero pueden, según se decida la voluntad, ser ocasión e instrumento así del pecado como de la virtud, es decir, pueden ser buenas o malas. A consecuencia del pecado original, las pasiones manifiestan sus tendencias y actividad no sólo sin que lo sepa y consienta la voluntad, sino aun contra ella y contra la razón; y son por lo mismo origen de desorden, de división y de inquietud, causa de tentaciones y aun de pecado, si la voluntad consiente con ellas y se les somete. Pero siempre puede la voluntad determinarse libremente, asintiendo a ellas o rechazándolas.

Las pasiones traen, sin embargo, sus ventajas y son de grande ayuda para el bien, pues dan facilidad, constancia y hasta esfuerzo para las virtudes heroicas, y acarrean grandes méritos cuando obran sometidas al influjo de la parte superior de la voluntad. Con la cooperación de las pasiones obra todo el hombre y con todas sus fuerzas. Además, las inclinaciones naturales bien dirigidas son norma segura e inequívoca de sus acciones.

El buen uso y manejo de las pasiones es, por lo tanto, de grandísima utilidad en la vida espiritual, como que son una fuerza poderosa así para el mal como para el bien. Son, suele decirse, malas consejeras, pero buenos auxiliares. Por eso hay que apartarías del mal, y hacerlas servir para el bien. Pasiones las tenemos y las debemos tener; la cosa está en usar bien de ellas. No es posible sujetarlas despóticamente, ni forzarlas ni extirparlas o matarlas; sino que hay que llevarlas diplomáticamente, bien apartándolas de los peligros y dándoles ocupaciones serias, bien proponiéndoles un bien no prohibido y haciéndolas servir de aliadas para el cumplimiento del deber. Las devociones del Corazón de Jesús y del Espíritu Santo son de grande utilidad para alcanzar buen uso de las pasiones.

CAPÍTULO XI

La pereza

Veamos ahora en particular el modo cómo hemos de habernos con algunas pasiones y defectos.

Es la pereza cierta pesadez del alma y de sus potencias que busca desordenadamente el descanso y la inacción.

Hay, ante todo, pereza de entendimiento, que consiste en cierta desgana de pensar, en ocupar el espíritu en cosas vagas e inútiles, en andar haciendo castillos en el aire, en darse a divagaciones y a ideas superficiales o nebulosas, en andar picando aquí y allá, en cierto vértigo y soñolencia espiritual que se acentúa sobre todo en tiempo de oración.

También tiene la voluntad su género de pereza, que consiste en una inercia indolente y melancólica para lo que le desagrada y disgusta, en la indecisión para obrar, en un eterno dejar las cosas para más tarde, y en vivir sin método, sin planes ni normas fijas.

En el cuerpo se revela la pereza por la dejadez, comodidad o indolencia. Al perezoso le gusta más estar quieto que andando, sentado que de pie, acostado que sentado. Su principal ocupación es dormir mucho.

La pereza intelectual en los ejercicios espirituales se ahuyenta con fervorosos y frecuentes coloquios, con la oración vocal, con posturas respetuosas y con variar el modo de oración. Tenemos que ser de ordinario en nuestras acciones, diligentes, aunque no afanosos. Lo que se ha de hacer no hay que aplazarlo. El ocuparse en cosas inútiles no es sino una disfrazada inacción. Reine el orden en todas las ocupaciones y la rectitud y fidelidad en el cumplimiento de los propósitos. Un medio magnífico para combatir la pereza, así del alma como del cuerpo, es el ejercicio de penitencias exteriores y sobre todo el vencimiento propio, que triunfan de la pesadez del cuerpo y animan el espíritu.

Muchas razones tenemos para alejar de nosotros la pereza.

Ella es primeramente un enemigo universal; más o menos se ceba en todos, porque todos somos en parte materiales. Aun a los más listos y vivos los combate, aunque de distinta manera: a uno se le pega la desidia intelectual, a otro la de la voluntad, a aquél la del cuerpo. La flema, la melancolía, la cavilosidad no son sino formas distintas de la pereza.

Además, es un enemigo astuto y una suave esclavitud: crece con nosotros y sin advertirlo nos habituamos a ella. Sabe muy bien ocultarse donde no pueda ser cocida. Su pecado es como un pecado impalpable; no hará caer a la primera, sino que procederá como el que nos despoja de lo nuestro, fingiéndose amigo.

Finalmente, la pereza es un enemigo malo y perverso que debilita y paraliza toda la vida espiritual. Cuando uno no se propone nada ni aspira a algo grande, culpa es de la pereza que embota los filos de la voluntad y del

espíritu, debilita el alma, da fuerzas a la materia, nos roba tiempo y méritos incalculables y acarrea a nuestra vida espiritual múltiples perjuicios. fio peor es que de ordinario se celta en las cosas más importantes de la vida espiritual, como la meditación, los exámenes, los ejercicios de penitencia. Tiene mucha semejanza con la tibieza, carcoma del espíritu, y es su aliada y compañera. Nadie quiere pasar por perezoso; razón suficiente para tratar de no serlo.

CAPÍTULO XII

El temor

Unido de algún modo con la pereza está el temor.

Es el temor un sentimiento de desasosiego e inquietud del alma ante un mal inminente que puede evitarse, pero no sin notable dificultad. El objeto y causa del temor es, por lo tanto, un mal que se aproxima y cuyo alejamiento es costoso, aunque posible. El influjo que naturalmente ejerce en el alma y en la voluntad es de inquietud, parálisis y enervamiento; influjo que crece y se robustece conforme es mayor el mal que se teme y el conato para repelerlo, y según que es más débil la persona amenazada de él. Esta debilidad aumenta con la confusión y obscuridad del entendimiento, con la exaltación de la fantasía y de la sensibilidad, y con la excitación de los nervios. Por eso están más sujetos al influjo del miedo los ancianos, las mujeres y los niños. A veces se extiende también el temor a los sentidos, y casos pueden darse en que cause un pasmo y aun un desmayo. No vamos a hablar aquí de este poder terrible del miedo, sino tan sólo del influjo que tiene sobre nuestra voluntad en la vida ordinaria, en la que también manifiesta su poder enervante y desasosegador. Por eso está en cierto modo ligado con la pereza.

Ser acometido de temor no es naturalmente ninguna debilidad. Sólo de los locos y de los animales suele decirse que no temen; los primeros porque no están en su juicio, y los segundos porque no lo tienen para conocer y apreciar el peligro. Un temor moderado es hasta señal de prudencia y previsión. Pero el hombre racional y sensato debe dominar ese sentimiento y no dejarse apartar por eso de su deber, so pena de ser débil.

Esta es la primera razón que existe para proceder contra el temor, para estar alerta y no dejarse dominar de él; porque puede conducir al hombre a pervertir el orden de la razón, lo cual es pecado. Según el recto

orden, deben someterse a la razón tanto el sentimiento como el apetito sensitivo; pero la razón no nos dice simplemente que tenemos que evitar esto y aspirar a aquello, sino que nos manda evitar o procurar algunas cosas más que otras, y aun arrostrar a menudo el peligro para ejecutar muchas cosas buenas. Ahora bien, si por miedo a un mal no aspiramos a un bien necesario; en otras palabras, si no cumplimos con nuestro deber, entonces habrá una imperfección, un pecado, sea leve, sea grave. Así nos arrastra por desgracia en la vida cotidiana el innoble temor a un disgusto a multitud de infidelidades contra la conciencia y el deber. Razón suficiente para estar prevenidos contra el miedo y hacer cuanto podamos por defendernos de su influjo.

Aún más pernicioso puede decirse que es este influjo del miedo en orden al bien y a aspirar a la perfección. Desarraigar las faltas y desórdenes es la primera condición para ir adelante. Un medio muy principal para ello es la manifestación y confesión de nuestros pecados e imperfecciones a aquel a quien incumbe y que puede aconsejarnos. Pero esto lo impide el miedo; bien sea por la falsa vergüenza de declarar nuestras imperfecciones, bien por el temor de tener que enmendarnos. ¡Cuánto importa además para la perfección acatar y seguir las inspiraciones divinas! ¡Y quién sino el miedo, la pereza y el horror de nuestra naturaleza al trabajo es lo que frustra estas inspiraciones y avisos de Dios tan colmados de gracia? Finalmente, sin sólidos principios y sin nobles aspiraciones es imposible hablar de perfección. la cual sólo puede comprarse sacrificando los recaí s, el bienestar y la vida cómoda y sosegada que tanto halaga a nuestra naturaleza. Pues bien: el temor es como un peso que nos arrastra y hace fracasar en nosotros todo sacrificio y resolución generosa que Dios se digna pedirnos. De donde resulta que permanecemos siempre en la bajeza de una vida volear y ordinaria. Más dignos de lamentarse son todavía los efectos del miedo cuando logra infundir en el alma horror y aversión a alguna empresa grande e importante para la gloria de Dios y salvación de los prójimos, v. gr. el llamamiento a una vida más difícil y levantada. Entonces el daño es incalculable. Esto lo vemos duramente en aquel joven del evangelio, en el cual la tristeza, compañera del miedo, impidió la noble vocación a que el mismo Señor, con mano tan liberal y corazón tan bondadoso, le convidaba. El topo es muy mal ayudante del jardinero. En los jardines de Dios el topo es el miedo que causa innumerables muertes. La perfección, a la manera de girasol, no brota sino bajo el claro cielo de la alegría y del valor: bajo la nebulosa y fría luz de la inercia y abatimiento no prospera nada grande ni

hermoso. Quien no puedo dominar el temor, ya puede renunciar a la perfección.

Por último, si queremos pasar una vida alegre y verdaderamente feliz, tenemos que desterrar de nosotros el miedo. Ciertamente, hay males en el mundo, y el solo pensar en ellos nos aterra y nos quita la paz y la alegría; pero la mayor parte de las veces es el miedo el que ve males donde no hay ninguno, y el que, donde los hay, los ve agrandados y exagerados. El miedo nos hace ver espectros; no hagamos caso de sus cuentos de duendes. El miedoso se atormenta con males fingidos, género de martirio sin honra y sin gloria; por el contrario, el hombre intrépido que, sin alterarse por vanos fantasmas, prosigue tranquilo por la senda del deber, muestra buen juicio y voluntad aún más briosa. ¿Qué cosa puede pintarle la alegría y la paz a aquel a quien ni los males terrenos ni el espantajo del miedo atemorizan? El sol no brilla sólo para sí, sino que hace brillar a todo lo que se le acerca y a lo que ilumina; lo mismo hace el valiente: comunica el valor y alegría a otros muchos.

Muy bien está esto, y pronto se dice; pero, ¿hay algún medio para destellar el temor y hacerse fuerte? Lo que más quehacer da a la voluntad para sobreponerse a la congoja es el sentimiento y la fantasía; ellos son los que por medio de mutuas influencias lo exageran todo, imponiendo' a la voluntad sus espantos y dificultades. El sentimiento mismo es independiente de nuestra voluntad. Lo que sí podemos es refrenar y coartar sus excesos y rebeldías, de tal modo que no ofrezca a la voluntad tanto peligro. Debemos también procurar que el sentimiento obedezca como un falderillo bien educado que, aunque al primer ímpetu se encoleriza y ladra, se inclina luego sumiso a la menor señal de su amo.

Tres medios hay muy conducentes a este fin. Es el primero, convencerse de que acá abajo, en cien casos, la mayor parte de las cosas que pueden halagarnos o asustarnos no existen tanto en la realidad cuanto en nuestra fantasía e imaginación que todo lo aumenta. De hecho, sólo la eternidad debería alegrarnos o aterrarnos. Grabemos muy hondo en nosotros esta frase: «Las tres cuartas partes son pura imaginación», y repitámosla cuando quiere avasallarnos el miedo, seguros de que con tales pensamientos disminuiremos la dificultad. — El segundo medio es que procuremos de hecho[1] persuadirnos y convencernos prácticamente de que así es y no de otra manera. Que creemos que nos hundimos si cumplimos con lo que nuestro deber nos exige, o lo que es necesario para alcanzar la perfección; pues hagámoslo. Que estamos apegados a alguna criatura sin la cual juzgamos que no podemos vivir; dejémosla, y veremos que no nos

hundiremos por eso y que podemos vivir tan bien como antes o mejor. ¡Cuántas veces lo habremos ya experimentado en nuestra vida! ¡Cuántas cosas se nos han presentado ante los ojos con aspecto aterrador, antes que llegaran, y una vez llegadas, cuán fáciles se nos hicieron! Todas las cosas de la vida, por arduas que sean, pasan; y todo lo penoso se hace con el tiempo más llevadero. Alentémonos con estos pensamientos. Es verdaderamente terrible y lamentable el influjo de la fantasía sobre nosotros, y los daños que causa en la vida espiritual. Nos hace ver los objetos a través de un prisma y pesarlos en una balanza inexacta, de modo que nos parezcan como no son, y que juzguemos de ellos falsamente. De ahí nacen tantas preocupaciones falsas, tantas imposibilidades y temores imaginarios. Por todas partes ve la imaginación fantasmas (Prov 26, 13) y lleva al hombre a las cosas más indignas de un ser racional. Sólo haciendo frente con resolución a estos fantasmas se libra uno de su indigna servidumbre y llega a hacerse varón, es decir hombre sin miedo y sin tacha. Por eso daban los antiguos maestros de la vida espiritual como primera lección: *Corrigere phantasiam,* esto es, traer a razón la fantasía. — El tercer medio contra el miedo y la pusilanimidad es la oración y la confianza en Dios. Así lo practicó nuestro Señor y Redentor. Todavía no nos ha hecho sudar sangre el terror y la congoja; el Señor dejó que se apoderaran de él para enseñarnos que el temor no es ningún pecado ni desorden, para consolarnos, para alcanzarnos gracia y para enseñarnos el camino que debemos seguir en angustias semejantes a las que él pasó en el huerto. Debemos orar como él con humildad y perseverancia. Por medio de la oración recibió gran consuelo su humanidad santísima, no porque lo necesitara, sino porque quiso; y con este esfuerzo marchó a afrontar con entereza los horribles tormentos de su pasión. Si Dios permite, para probarnos, una hora semejante de desaliento, podemos confiar que nos asistirá con su gracia. Y si él está con nosotros, ¿qué cosa hay que no podamos nacer y sufrir? Los cristianos somos soldados de Cristo, y no hay cosa más fea en un soldado que el temor y cobardía. El cristiano se ha alistado por el bautismo para la batalla y el sacrificio; él es aquel noble caballero tan admirablemente pintado por Dürer que, sin espantarse por la muerte y el demonio, que a manera de fantasmas corren a su lado, prosigue impávido su camino. Sólo el perro, en contraposición al valiente caballero, deja caer medroso la cola. El cristiano no teme sino a Dios y al pecado; todo lo demás, incluso la muerte, lo reputa como ganancia y victoria, como que por la muerte vencieron al mundo Jesucristo y el cristianismo.

En la vida espiritual suele hacerse demasiado poco caso de vencer el miedo y la pusilanimidad; y, sin embargo, no es otro el origen desdichado de tantos y tan graves males. El miedo es el aguijón con que la pereza, la flojedad y el desaliento matan en nosotros toda noble aspiración y nos condenan a una miserable medianía. «¡Cuántas veces — escribe Santa Teresa— lo he probado! Cuando, al empezar alguna buena obra, vencía la resistencia de la naturaleza enemiga, siempre sentía consuelo en ello. Cuanto mayor era el temor, tanto era mayor la alegría del alma, en hacer lo que por otra parte aparecía tan difícil. Si yo tuviera que dar un consejo, diría: No hagáis caso del miedo natural, ni recibáis jamás con desconfianza los dones de Dios, cuando os inspira alguna obra grande y excelente.» El temor y la pereza son hermanos que a nada bueno conducen. Según Dante no es digno el pueblo de los cobardes *y* temerosos ni de alabanza ni de odio; es un montón de polvo, y ¿quién sabe hacia dónde soplará el viento, y a dónde irá a caer?

CAPÍTULO XIII

La ira y la impaciencia

Tanto la ira como la impaciencia son un deseo desordenado de venganza. Supone la ira una injuria real o imaginada, bien sea respecto de nosotros, bien tío nuestros prójimos, y quiere restablecer el orden por medio del castigo y la venganza. Por lo general se opone a la mansedumbre, a la moderación y al dominio de sí mismo.

Aun o uno hombres debemos combatir la ira *y* la impaciencia, porque, dada la excitación que causan, de ordinario muy violenta, nada hay que como ellas impida el recto uso de la razón. De donde viene a suceder que no sólo no se restablece la justicia, sino que se acumula toda una pléyade de injusticias, aun contra personas que muchas veces son inocentes y poco o nada merecedoras de venganza. El móvil principal no suele ser por lo común el celo por la justicia o el restablecimiento del orden, sino una pasión y movimiento de venganza, en lo que consiste precisamente el desorden del iracundo y el pecado de ira. — Al mismo tiempo el colérico se daña a sí propio, porque la ira, como desorden y pecado que es, le rebaja, le deshonra y hace odioso. El deseo de venganza le arrastra y hace creer que el ceder y perdonar es debilidad, bajeza, abyección y desconocimiento de sí mismo. Y lo cierto es todo lo contrario;

porque la ira sí que es una verdadera debilidad y falta de dominio, y por lo tanto verdadero rebajamiento propio. La ira se funda en la ceguedad y desorden de las ideas, la cual nunca ennoblece al hombre, sino que le rebaja.

Como cristianos tenernos aun mayor obligación de refrenar la cólera. Hemos recibido de Cristo precepto expreso de mansedumbre y amor a los enemigos, además del admirable ejemplo de paciencia que nos dio y que ha sido imitado por todos los santos y verdaderos cristianos. En esto consiste el maravilloso y divino modo de luchar del cristianismo, en triunfar de la fuerza, no por la fuerza sino por la paciencia y la muerte. En este espíritu la piedra de toque de la sólida virtud y de la perfección cristiana, y por eso se exige en tan alto grado a los religiosos.

Dentro de sus justos límites la ira que procede del celo por la justicia, por la gloria ce Dios, y la salud de las almas no sólo es buena, sino virtud de muy subidos quilates.

El remedio general contra la ira y la impaciencia es la mansedumbre, que modera los deseos desordenados de venganza y los movimientos excesivos de ira. Lo que eleva a virtud la mansedumbre no es la natural insensibilidad, indiferencia, embotamiento o timidez, sino el amor hacia ella por ser tan conforme a razón, tan bella y tan noble.

¡Y cuántas razones tenemos para ejercitar la mansedumbre! Ante todo, es necesario en la vida, como que sin ella nada se puede hacer (Hebr 10, 36). No es, cierto, la virtud más excelente, pero apenas habrá otra más imprescindible en la vida ordinaria. El azúcar es mejor que la sal; pero ésta es mucho más importante, pues se usa a diario, casi para todo. — Nada nos concilia tanto el respeto, la confianza y el amor de los demás como la mansedumbre que presupone siempre gran discreción, juicio recto, madura experiencia de la vida y, sobre todo, fuerza no común de voluntad, corazón bueno, humilde y bondadoso. ¿Qué otra cosa hace falta para cautivar los corazones de los hombres y ganarlos y atraerlos confiadamente a sí? La proximidad de un volcán hace huir a cualquiera; pues la impaciencia y la cólera se parecen no poco a un volcán. No hacen nada bueno, ¡y sí mucho malo o, mejor dicho, hacen más mal de lo que se cree. Por la impaciencia echamos a perder aun las cosas divinas, de modo que ni Dios mismo puede valerse para nada de nosotros. La impaciencia repugna todavía más en la nueva ley, que es lazo de amor, de confianza y de paz. La mansedumbre nos hace queridos de Dios y de los hombres.

Para ser siempre sufrido es preciso estar alerta de continuo, a fin de no dejarse arrastrar de la impaciencia. Importa de antemano tenerlo en este mundo todo por posible, no admirarse de nada y estar prevenido para todo. Tenemos que seguir la máxima de soportar con paciencia todas las injusticias, sean las que fueren y vengan de donde vinieren, bajo tal o cual forma, de este o de aquel lado; de otra manera no habría cruz alguna. Convenzámonos de que no hay fundamento para impacientarnos. Callemos, mientras estemos irritados, aunque sea por deslices de nuestros súbditos, que no está la fuerza de la buena disciplina en corregir las faltas en seguida, sino en observarlo todo y no dejar pasar cosa que no procure remediarse a su debido tiempo. Una reprensión razonable la acepta cualquiera que tenga voluntad noble y buena; pero un arrebato nadie lo puede soportar. Juzga las faltas de otros como juzgas las tuyas, con paciencia y tolerancia. Tratar mansamente con hombres de condición pacífica no arguye en nosotros mansedumbre, sino en ellos. Debe la verdadera mansedumbre, lo mismo que el amor verdadero, sufrir y sobrellevar algo. No te quejes a otros, que no lograrás sino hacerte más impaciente a ti mismo, y contagiar al que te escucha. Para llegar a ser verdaderamente sufrido no sólo no hay que hurtar el cuerpo a las ocasiones que se ofrezcan, sino que es preciso acometerlas de frente. El amor y la paciencia son el remedio para alcanzar la mansedumbre. Guando empieces a impacientarte, piensa que todo pasa, que mañana no has de sentir ya la injusticia; piensa en otra cosa, y te alegrarás de haberte conservado en paciencia.

CAPÍTULO XIV

La soberbia

El árbol genealógico de la soberbia es el siguiente: el tronco es el amor propio, el cual tiene dos ramas: la soberbia y la sensualidad. De la soberbia nacen: primero, la vanidad, criatura mansa, pero un poco impertinente; segundo, la ambición, personaje inquieto que quiere ser estimado de todos; tercero, el apetito de mandar, que no gusta de sujetarse a nadie, y quiere estar sobre todos, verdadero diablillo de la casa, del que nadie, ni el mismo Dios, está seguro. Todos tienen un rasgo de familia peculiar que los caracteriza, y es que se esfuerzan por ser y aparecer

siempre desordenadamente y sin límites, más de lo que son, y desean llevar y tomar sobre sí más de lo que su poder y fuerzas consienten.

Viniendo a lo particular, suele ser indicio de soberbia el propio contentamiento, que alaba todo lo suyo, atribuyéndolo a sí mismo. Después la demasiada delicadeza, que se altera por cualquier menosprecio, por cualquiera sospecha y por cualquiera imaginada humillación. No hay sensitiva tan delicada como el soberbio: cree tener y poseer únicamente aquello que en él ven y admiran los demás. Tiene también el afán de criticarlo y juzgarlo todo: el soberbio es juez de vivos y muertos, llega a hacerse como un semidiós; todo lo sabe, nadie puede enseñarle, se basta a sí mismo, pénese a una altura inaccesible a todos los demás. Semidioses de este género abundan en el mundo; ellos son cabalmente los que no quieren oír hablar de la Iglesia ni de Dios. Por todas partes se los encuentra: entre los señores y los súbditos, entre los nobles y los mendigos, entre los sabios y los aldeanos. En fin, que viene a ser una epidemia del mundo, desde que la serpiente escribió en el libro genealógico de nuestros padres: «Seréis como dioses», palabras que nosotros sus hijos no olvidamos nunca.

La humildad es todo lo contrario. Fundada en la moderación e hija de la modestia interior, regula y modera todos los movimientos desordenados de soberbia, todos los apetitos de honra, estimación y absoluta independencia; el humilde aspira a un laudable menosprecio ante sí y ante los demás, tiene baja opinión de sí propio y se alegra de ver que otros la comparten y manifiestan, huye de la honra, no habla de sí, lleva con paciencia y alegría las humillaciones, no se excusa, se humilla reconociendo sinceramente su miseria *y* debilidad en ocasión propicia, sobre todo en la confesión. Su obra maestra y heroica es el amor a la humillación.

Condición previa a la vez que educador, maestro y consejero de la humildad es el propio conocimiento, el cual le enseña que todo lo bueno que tiene y lleva a cabo es don y obra de Dios; que ella de suyo nada puede ni tiene sino pecados y faltas. Con eso se entiende bien todo lo que hace y deja de hacer el humilde, hasta el amor mismo de la humillación. Esta idea recta y racional del rebajamiento propio es el germen, el alma y el móvil de la humildad.

¡Cuántas razones tenemos para combatir la soberbia con una verdadera humildad!

Sólo cuando somos humildes juzgamos de nosotros con verdad, porque la humildad es la verdad. El propio conocimiento, que es un espejo

que no engaña, nos enseña que todo lo tenemos de Dios y nada de nosotros, por lo cual la soberbia es mentira, falta de probidad y un robo que se hace a la honra de Dios, ante el cual es abominación, así como ante los hombres cuerdos es una ridiculez. Confiar demasiado en nosotros mismos es señal de que nuestros pensamientos son pequeños, infinitamente pequeños. Y al fin, ¿qué es la honra mundana?

Además, ¡cuán importante es la humildad para toda la vida espiritual! Todo estriba en la gracia de Dios. Si somos soberbios no puede Dios darnos gracias especiales; ni por lo que toca a sí, pues sólo la humildad le atribuye la honra de todo; ni tampoco atendiendo a nosotros, porque las gracias sin humildad no hacen más que perjudicarnos y darnos ocasión para ensoberbecernos más.

En resumen, si queremos vivir vida pura y libre de faltas, seamos humildes, pues de falta de humildad nacen la mayoría de nuestros defectos cotidianos. ¿De dónde, si no, el abandono de la oración, la envidia, el hablar de defectos ajenos, la detracción, la inmodestia, la desobediencia, la demasiada delicadeza, las preferencias desordenadas, la impaciencia, las quejas en los trabajos y disgustos, la tristeza y la desesperación? Todas estas faltas y otras innumerables desaparecen con la humildad. Los pequeños, suele decirse, no caen muy abajo, pero el soberbio y orgulloso está a punto de caer y, quizá, vergonzosamente, y esto es lo único que puede hacerle volver en sí. La soberbia es la fuente de todos los pecados; la humildad el fundamento de todas las virtudes, no por ser en sí la más sublime, sino por ser prerrequisito para toda acción buena. ¿Cómo va a dar un paso seguro quien ignora lo que es y lo que puede? Y a fe que el soberbio no lo sabe, sino únicamente el humilde, por medio del conocimiento propio. — Finalmente, quien quiera hacer algo por Dios, tiene que amar la humillación, que es el acto más subido de humildad. Pin efecto, amar y buscar la humillación es el sacrificio más duro, el paso más difícil de la vida espiritual, la línea que separa a los perfectos de los que no lo son. La soberbia es el amor propio llevado hasta el odio de Dios; la humildad, el amor de Dios hasta el odio de sí mismo. Ésta es, por consiguiente, la verdadera y perfecta victoria, la verdadera honra y glorificación de Dios en nosotros. Sólo entonces puede Dios contar incondicionalmente con nosotros; de otra manera somos siempre instrumentos suyos poco seguros. Por lo demás, una vida feliz, libre de faltas y rica en virtudes, suele ser el premio de la humildad.

¡Cuán importante es, finalmente, esta virtud jaira abrazar una vocación y perseverar en ella, y en general, cuán necesaria para la paz y

felicidad de la sociedad humana! Muchos ambicionan más altos puestos para dar más gloria a Dios y poder trabajar más, como ellos imaginan; pero en realidad sólo es ambición de honra la que los impele. Que no sale la cosa ni tiene buen éxito, y ¡ay! entonces se desaniman y ya no son capaces de nada. No pueden sufrir que esté bajo tierra su talento; para ellos las cosas del servicio de Dios no son sino escalones para subir. Y si consiguen apoderarse de un puesto elevado, entonces la soberbia les roba todo el mérito delante de Dios. No hay como la soberbia y apetito de honra en eso de echar a perder un carácter, de despojar al hombre de su dignidad e independencia, de su lealtad y sinceridad delante de Dios y de los hombres. Son los *animalia gloriae* de que habla Tertuliano. ¿Y de dónde, si no, proviene en la vida social la inquietud, el deseo desordenado de subir, la inquina contra todo lo que sea autoridad, de dónde todas las revoluciones y conmociones populares, sino de la soberbia, de la ambición de gloria y de mando?

Dejemos, pues, a un lado la ambición, con su engañoso fruto, el honor mundano. La honra y estimación de los hombres no son sino bienes aparentes, incapaces do enriquecernos. ¿Qué gana un mendigo porque otro mendigo le alabe? Busquemos por la verdadera humildad y abnegación de nosotros mismos la honra que procede de Dios, y a su debido tiempo se nos dará; y al fin y al cabo isa es la única verdadera.

CAPÍTULO XV

Antipatía y simpatía

Se trata en este capítulo del amor, y particularmente del amor al prójimo.

La caridad es una virtud que nos hace amar a Dios por ser quien es, y descansar en él perfectamente como en bien supremo. Su objeto es doble: Dios y el hombre; este último en cuanto se refiere a Dios como criatura e hijo suyo que es. Porque Dios no se ama sólo a sí mismo, sino que ama todas sus cosas; y así para que nuestro amor sea divino, debe extenderse a Dios y al prójimo; pero el motivo de amar es uno solo: Dios; de modo que todo lo demás ha de amarse por él. El orden que debemos guardar es el siguiente: primero amar a Dios sobre todas las cosas, luego a nosotros mismos y finalmente al prójimo, no como quiera, sino como a nosotros misinos. Tanto en nosotros como en nuestros prójimos debemos preferir lo

espiritual a lo corporal, de manera que el bien espiritual del prójimo lo antepongamos a nuestro bien temporal. En cuanto a nuestro provecho temporal, podemos posponerlo al del prójimo, aunque no es necesario. Consistirá por lo tanto el desorden en esta materia, o en que no amemos todas las cosas por Dios, o en que amemos alguna criatura más que a Dios, o, finalmente, en que pospongamos al bien temporal el bien espiritual nuestro o* del prójimo.

Las razones que prueban la excelencia del amor y caridad son las siguientes.

El amor es el primero y principal de los mandamientos y el resumen y fundamento de todos ellos, como que los demás no son sino aplicaciones de éste. Por el amor se enseñorea Dios de la voluntad, cuya fuerza principal es amar. Por él tiene ganado a todo el hombre y le puede mandar lo que quiera. Por él los une a todos de la manera más perfecta con los demás y consigo mismo, su último fin. Así el amor es verdaderamente vínculo de perfección en el sentido más elevado. Por eso designa el Salvador al cristianismo como religión de amor, y al amor como el distintivo de sus discípulos. Propiamente sólo tenemos una ley y una ocupación: amar.

El amor de Dios y del prójimo tiene un adversario y enemigo que sólo a su costa puede vivir. Este es el amor propio desordenado que se estima y ama, sobre todo, todo lo juzga según su criterio, en todo se busca a sí hasta en el amor del prójimo, ya sea por simpatía, ya por antipatía.

Se dice, y con razón, que la igualdad y la concordia son condición y fundamento del amor. Por lo cual las causas de la aversión o falta de amor que hacia el prójimo sentimos pueden fundarse en la diversa condición natural o en la distinta manera de sentir, de pensar y de obrar, cosas todas que nos le hacen, como suele decirse, antipático o repulsivo. Otra de las causas de que nace la aversión son las ofensas, ya reales, ya imaginadas, de parte del prójimo. De donde brotan, como tercera causa de antipatía, pensamientos de menosprecio, de crítica, de aversión, y sospechas que luego se traducen en palabras desabridas, en observaciones extemporáneas o hirientes, y en recriminaciones que dañan mucho a la caridad y desunen los corazones. Gran peligro corren también de faltar a la caridad los que siendo de ingenio agudo no hacen buen uso de él. Un chiste hace con frecuencia más daño que una ofensa manifiesta. Peligroso talento es el del chistoso, y a menudo sirve para encubrir un desamor y mordacidad satánicos. Raro es el burlón inofensivo: casi siempre se busca a sí mismo,

y en todo quiere lucir sus agudezas, aunque sea a costa de la humildad y caridad.

Cosas son estas que el amor verdadero, bien tan alto y elevado, exige que evitemos. No demos entrada nunca a sabiendas en nuestro corazón a antipatía o aversión y no nos pongamos adrede a recordar injurias recibidas del prójimo, ni a pensar en los defectos de su carácter o sus cualidades antipáticas; pues esto, ni aprovecha nada, ni hace que las cosas cambien de modo de ser: lo único que conseguimos es aumentar nuestra acritud. El germen de la antipatía es la indiferencia. Cuidemos por tanto de evitarla fomentando en nosotros ideas de cariño. Hombre que fomenta estas ideas, dice el P. Faber, es ciertamente un santo. Hay algunos que parecen nacidos sólo para molestarnos: siempre llegan a destiempo y todo cuanto hacen nos contraría y desagrada. Y hay otros que realmente nos mortifican y ofenden con sus malas costumbres y faltas. ¿Qué hay que hacer entonces sino tener paciencia? Tendríamos que alejarnos de la sociedad si no quisiéramos sufrir y padecer nada. Incomodidades de este género hay que tomarlas a cambio de las ventajas del trato social. Ciertamente sería un fastidio que todos fueran como nosotros. Al fin, la mayor ventaja de la vida social es el continuo ejercicio de paciencia y de caridad, que es la cosa más sublime. Casi siempre es el amor propio, el dolor imaginado, la obstinación y apego a nuestro parecer, o, si no, la falta de costumbre o habilidad para entender a los demás y arreglarnos bien con ellos, lo que nos hace su trato tan difícil. Buen consejo es haberse con las faltas ajenas como con las propias, las cuales al principio no las creemos, luego las excusamos con lo bueno que leñemos o pensamos tener, y, por fin, porque no puede ser de otro modo, las sufrimos. Tampoco hablemos nunca sin razón de faltas ajenas, que eso sólo contribuye a agriarnos más y contagiar a otros. Huir de los que nos son contrarios para no encolerizarnos, no es buen medio; harto más fácil y más conducente al fin que se pretende es salirles al encuentro y vencer su desvío a fuerza de cariño. Lo decisivo en este caso es abrazarse con todas estas dificultades de la vida común, aguardarlas a pie firme, llevarlas en paciencia y triunfar de ellas. Juzgarlo todo posible y no admirarse de nada en este mundo, he aquí una máxima muy sabia.

La simpatía es en sí y por sí buena; es el imán que une por medio del amor unos hombres con otros y unas almas con otras. Esencialmente es un sentimiento involuntario y una tendencia instintiva; para que merezca el nombre de caridad es preciso que sea consciente y fundada en motivos racionales.

En esta materia puede haber desorden, primero en que el motivo no sea Dios, pues en tal caso el amor no sería divino, sino puramente natural. En segundo lugar, es desordenada la afición si no guarda el recto orden que Dios y la razón le señalan. Después de Dios y de nosotros mismos, debemos amar a aquellos que por la sangre u ordenación divina nos son más allegados; como, por ejemplo, los parientes, superiores, bienhechores, aquellos en que brilla más especialmente la autoridad, la santidad o los dones de Dios, o que más necesitan de nuestro auxilio. En tercer lugar, es desordenado el amor que no tiene por objeto los dones espirituales del prójimo, sino sus cualidades corporales, y aun quizá con daño del alma. Esto, que no pasa de amor propio vulgar, no sólo no es amar al prójimo, sino que, considerándolo desde un punto de vista más elevado, es odiarle. Es, finalmente, desordenado el amor que, arrastrado por pura simpatía a un particular, perjudica al bien general; pues más obligados que a uno solo lo estamos a la sociedad.

En este género de amor desordenado se incluyen todas aquellas amistades sensuales que se llaman amistades particulares. Suelen éstas conocerse en que apartan de nuestro amor a aquellos a quienes más obligados estamos, y nos ponen en peligro de pecar contra los mandamientos de Dios. Son sencillamente un robo hecho a la humanidad y al círculo social en que vivimos. Así como el verdadero amor de Dios y del prójimo eleva al hombre haciéndole grande y feliz, así le empequeñece y degrada este amor espurio que es la muerte de la verdadera caridad.

Tenemos que abandonar este amor de caricatura, y elevarnos al amor verdadero de Dios y de los hombres, único que nos hace nobles y ricos, poniéndonos en condición de hacer un bien inmenso en este mundo. Nadie puede alegar como disculpa que puede hacer poco o nada. Amemos de veras y seremos capaces de hacer mucho en favor de los demás. Entonces tendremos pensamientos llenos de caridad, los cuales mueven el corazón y éste la mano. ¿Y qué más se necesita para hacer el bien? Tendremos palabras cariñosas, y con una palabra de cariño podemos disipar malas inteligencias y ahuyentar toda desconfianza. Tendremos miradas de afecto, y una mirada afectuosa puede acabar con la tristeza y las tentaciones, e infundir valor y alegría, ¿y quién no sabe que la alegría hace de la tierra un cielo? Un hombre cariñoso y jovial es un poderoso instrumento de Dios en el mundo; es un exorcista que lanza demonios, apóstol y evangelista, predicador que sabe poner ante los ojos al divino Salvador con todo su amor y toda su munificencia. Tengamos verdadero amor y caridad hacia los prójimos, que medios no nos faltarán de hacer el bien. La caridad

nunca falla,[1] nunca es menguada ni falta de consejo. Jamás podemos hacer demasiado bien en el mundo; pero para hacerlo es menester ánimo y alegría. Cada obra de caridad trae consigo bendiciones de consuelo, nuevo placer para obrar bien, y finalmente, la noble pasión de hacer siempre obras buenas: he aquí la perfecta victoria del bien o, por mejor decir, de lo divino en el corazón del hombre.

CAPÍTULO XVI

La pasión dominante

Entendemos por carácter el distintivo, la cualidad y nota predominante de la condición natural de un individuo. Pasión dominante en el carácter de una persona será, según esto, un desorden, exceso o defecto en las cualidades del alma y en sus mutuas relaciones, propio y característico de tal persona.

Más o menos todos los hombres tienen algún defecto peculiar. Sólo Dios, por efecto de su ser simplicísimo e infinitamente perfecto, excluye necesaria y naturalmente de sí toda desigualdad. No hay en él propiedad más o menos perfecta que otra. No acaece así en las criaturas ni, por lo tanto, en el hombre, que es finito, limitado y desigual. Hay en todo hombre una disposición y cualidad anímica que predomina sobre todas las demás, que perturba la armonía y movimiento ordenado del conjunto y hace posible los extravíos: es la pasión dominante.

Puede provenir este desequilibrio de la disposición de ánimo, según que predominen el entendimiento o la voluntad, la fantasía o el sentimiento, y no en provecho sino en daño de otras facultades, imprimiendo su sello al hombre todo. Así distinguimos los hombres intelectuales, independientes, inflexibles, enérgicos, exaltados, sentimentales o apasionados. Puede también provenir esta diferencia del cuerpo, a saber, del temperamento, el cual influye en el ánimo comunicándole sus cualidades, a causa de la unión íntima del alma con el cuerpo. Así decimos que hay temperamentos sanguíneos, coléricos, flemáticos y melancólicos. Todos los cuales tienen sus ventajas y sus inconvenientes.

Para corregir el defecto peculiar de cada uno, ante todo precisa conocerlo; pues, aunque más **o** menos todos tengamos alguno, no siempre es fácil descubrirlo, ya que muchas veces nos lo impiden, bien la falta de

conocimiento propio, bien la falta de reflexión o bien la soberbia y ceguedad interior. Siempre humilla la conciencia de una falta; de ahí que se procure excusarla. Pueden también darse hombres de carácter tan igual y templado que sea difícil encontrar en ellos una falta chocante. En esos naturales el defecto suele ser la timidez, encogimiento e indecisión para manifestarse *y* emprender algún negocio.

He aquí algunas advertencias que pueden guiarnos en el conocimiento de nuestra pasión dominante. Conviene ante todo observar qué es lo que en nosotros predomina, si el entendimiento, la voluntad o el sentimiento, y ver qué clase de temperamento es el nuestro. Nótese en segundo lugar cuáles son los pecados y faltas en que con más frecuencia incurrimos, las cuales nos llevarán con seguridad al conocimiento de la raíz común, que es la pasión dominante. Tercero, fijémonos en las virtudes que tenemos: con ellas ante los ojos podremos seguir la pista a la pasión dominante, pues, así como cada planta tiene su gusanillo, así cada virtud tiene también su sombra. Cuarto, observemos cuál es la inclinación que en nuestra alma sobresale. A buen seguro ella nos indicará la tendencia de nuestro ser y carácter, así como también el observar lo que nos alegra o nos excita, con qué nos compensamos de un bien malogrado y cuáles son los pensamientos favoritos en que nos sorprendemos. Entre los medios exteriores están las ilustraciones de Dios en la oración, el juicio de nuestro director espiritual y de nuestros compañeros. Hagamos caso de su parecer, pues no es fácil que se engañen.

Conocida la pasión dominante, debemos combatirla con empeño y constancia. Tenemos para ello tres razones principales.

Ante todo, tal pasión es un defecto y deformidad, no ciertamente exterior, sino, lo que es más de considerar, del alma, y afea en nosotros la magnífica imagen de Dios. ¡Con qué empeño evitamos las menores manchas del rostro! Pues, ¿por qué no hacemos otro tanto con las del alma?

Además, el corregir la pasión dominante es de la mayor importancia para la vida espiritual, como que es el mayor obstáculo que se opone a nuestro adelantamiento, y a que no es un defecto único, sino la fuente y origen de muchos otros que con aquél se relacionan. Pelear, pues, contra la pasión dominante, es pelear contra todas las faltas; corregirla es corregirlas todas. ¡Cuántas veces no se oye quejarse a los hombres: «Con sólo que me quitaran este malhadado defecto, todo lo demás me sería fácil»! Es según eso un verdadero tiranuelo; y no obstante quiere aparecer como virtud. En la vida espiritual todo depende de la gracia, de nuestra cooperación y del

mérito. La mayor parte de las gracias las da Dios allí donde son más necesarias. Ahora bien; lo que más se necesita es la lucha contra la pasión dominante; luego podemos estar seguros de que Dios es en ella nuestro compañero. La pasión dominante es el más terrible enemigo de Dios y nuestro. Ella nos quita la gracia y el mérito de nuestras fatigas. No hay parásito que dañe a una planta más de lo que nos perjudica a nosotros esta pasión. Es entre los ascetas principio general que entre los medios naturales de que Dios se sirve para llevar a las almas a su fin último, ninguno hay tan importante como el de un carácter bueno y dócil. Tenemos que seguir esta indicación de la Divina Providencia guerreando abiertamente contra nuestra pasión dominante. La victoria suele aun acá abajo premiarse con la pureza, claridad y paz del alma.

¿Quién no ve, en tercer lugar, cuán importante es para responder a nuestra vocación esta lucha contra la pasión dominante? Quien no pueda pelear contra ella, se vaya al desierto y renuncie a hacer algo entre los hombres. Así a lo menos no dañará ni perjudicará a los demás. Pero el que quiera vivir entre los hombres y trabajar por su bien, tiene que procurar perfecto dominio de sí mismo. La pasión dominante o limita nuestra actividad o la destruye por completo. Para hacer algo en favor de los hombres se requiere mucha virtud: una sola falta puede echarlo todo a perder y hacernos completamente inútiles. ¡Cuánta actividad no ha matado la ira arrebatada, la imprudencia y la sensualidad! Los más bellos talentos quedan de ese modo paralizados.

Por consiguiente, aquí es donde ante todo hay que aplicar seriamente la mortificación. Tendríamos que pelear aun cuando no viéramos esperanza alguna de vencer. Mas aquí todo nos hace esperar la victoria. Tenemos que habérnoslas en esta lucha con un solo enemigo y todas nuestras fuerzas van dirigidas a un solo punto. Ésta es la táctica acertada. Además, Dios nos ayudará, porque se trata de un negocio suyo. ¡Qué bien dominaron los santos el mal espíritu de su pasión dominante! ¿Y por qué no lo hemos de hacer nosotros? No hace falta más que empeño y constancia. Cuando hay voluntad recta y decidida, nada se resiste. Hagamos lo que podemos: esencialmente no hemos de mudar nuestro carácter; pero sí podemos reprimir sus demasías y corregir sus defectos. Tiempo tenemos: queramos, luchemos y oremos, que esto basta.

CAPÍTULO XVII

Resumen y conclusión

Se infiere de todo lo que llevamos dicho, que tenemos que hacer un firme propósito de vencernos, y este propósito, junto con la máxima de entregarnos siempre a la oración, ha de ser una de las bases sobre que se asiente nuestra vida espiritual, y uno de los principios fundamentales de ella. Así, pues, debemos tenerlo bien fijo, y no perderlo jamás de vista a pesar de todas las recaídas en que incurramos. Sin duda serán muchas las veces que lo quebrantemos, pero no nos perjudicarán gran cosa mientras tengamos este propósito muy firme y asentado; al contrario, las faltas serán cada vez menos frecuentes, y él llegará al fin a señorear y dominar gloriosamente en nuestra vida.

Pero el día en que dejemos a un lado este principio estamos perdidos para la vida sólida del espíritu y para la perfección. Sólo con orar no se llega al fin; contentarse con orar sin ejercitarse en el propio vencimiento es uno de los puntos de esa empalagosa ascética moderna que pretende hallar a Dios y unirse con él sin otro camino que el de la oración. ¡Lástima de trabajo empleado! Después de muchos años y rodeos, se halla uno donde empezó. No, la oración y el vencimiento propio tienen que ir unidos entre sí, exactamente lo mismo que para volar son necesarias dos alas y para lavarse las manos se necesitan las dos. Una y otra, oración y mortificación, deben ayudarse, apoyarse y completarse; ambas deben ir siempre unidas. Sin abnegación es imposible orar, y para la oración es indispensable la abnegación; de otra manera, aunque se ore, no se halla a Dios. El hombre inmortificado busca a Dios en la oración, mas no le halla; en cambio, al que es mortificado, Dios mismo le sale al encuentro, porque su corazón está limpio y preparado para unirse con él. Mucho más que nosotros mismos desea Dios unírsenos y comunicársenos; lo único que pide es un corazón puro y abnegado. — De la misma manera, no nos mortificaremos si no oramos; mortificarse es cosa dura, y sólo la gracia de Dios puede hacérnosla posible y aun suave, y la gracia sólo se alcanza con la oración y por la oración. El que sea, pues, prudente y desee edificar su casa en sólidos cimientos, fúndela en la roca de la oración y abnegación.

Sin duda que es dura la palabra mortificación y más duro es aún recorrer su camino; pero nosotros mismos somos los que con el pecado nos hemos puesto en él y tenemos que andarle, cueste lo que costare. Pero no olvidemos que no es más suave, sino mucho más áspero el sendero del

vicio y el yugo de las pasiones desordenadas. Eos pecados no los evitamos si no es mortificándonos: sólo nos queda elegir entre mortificarnos o pecar. Se nos hace difícil el camino sencillamente porque no nos resolvemos de veras a andarlo. Hagamos un propósito generoso y confiemos que la senda de la propia abnegación llegará a hacérsenos con el tiempo, no sólo fácil, sino aun agradable. *De la muerte sale la vida, y del fuerte la dulzura* (Judit 14, 14ss). Y así es que la planta de la mortificación no sólo produce espinas, sino también rosas de alegría y consolación espiritual; sólo que esta consolación hay que ganarla luchando, como todo lo grande y hermoso de acá abajo. La dificultad y el cansancio desaparecen ante el gozo que produce el heroísmo. Este es el lado risueño de esa mortificación que tanto espanta.

Objeciones contra la mortificación suelen ponerse no pocas. «En nuestro siglo — dicen — es imposible; no la resisten la salud ni las ocupaciones.» Pongamos una distinción: la mortificación interior no puede omitirse jamás, y por otra parte no daña a la salud, ni impide trabajar; y aun de la exterior puede decirse que en nuestro siglo habría mejor salud si se la ejercitara un poco más. El trabajo es, a no dudarlo, una buena mortificación; pero aun para trabajar seriamente y a conciencia hace falta mortificación, pues de otro modo se ocupará el hombre en cosas inútiles y se dejará llevar del capricho, lo cual no es trabajar. — «Es que esa ascética ya ha pasado de moda.» Pero, si no nos equivocamos, el mundo es hoy el mismísimo de antes sin cambiar cada. Tampoco Cristo ha cambiado; y el fin y el camino que a él nos conduce son los mismos que antes. De manera que hay que resignarse a la mortificación de los tiempos antiguos. — «La mortificación interior, pase, pero la exterior...» Algo hay aquí de verdad, y es que la mortificación interior es en todo caso mejor y más necesaria que la exterior; pero de ahí no se sigue que haya de descuidarse del todo la exterior. Sin ninguna mortificación exterior, la interior no puede existir. Despreciar y estimar en poco la mortificación exterior, a más de no ser conforme al espíritu de Cristo, acusa completa ignorancia acerca del estado y condición a que el primer pecado nos redujo. La mitad de nuestros pecados y dificultades provienen del cuerpo. Más: según la doctrina católica, no es tan sólo nuestro cuerpo instrumento del pecado, que hay que tener a raya, sino que viene a ser la mirra preciosa de la penitencia y satisfacción por nuestras culpas y las de todo el mundo, el valor y precio para alcanzar mayores gracias, más luces y méritos para la vida eterna. De ahí que las almas más inocentes sean las más señaladas en la mortificación exterior. — «En los comienzos puede venir bien la

mortificación exterior, pero no después.» Así como nunca podemos huir de nuestra sombra, así tampoco podemos sustraernos a nuestro cuerpo y a su influjo en el alma. La abnegación propia es el A B C de la vida espiritual: no hay que olvidarlo jamás.

Lo que hay de cierto es que la propia abnegación es penosa al hombre caído, y que se necesita esfuerzo continuo para ejercitarla. Pero esto es precisamente lo que nos hace falta para vencer el mal y adquirir fuerzas para el bien. Áspero es el camino, pero el fin grande y glorioso, y por un gran fin el hombre generoso se sacrifica con gusto. Por eso cierra el Kempis sus instrucciones sobre el camino real de la santa cruz con estas palabras: «Así que, leídas y bien consideradas todas las cosas, sea esta la postrera conclusión, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.» Pero para sobrellevar la tribulación es necesario el vencimiento propio, y no como quiera, sino fundado, universal y constante.

TERCER PRINCIPIO FUNDAMENTAL

EL AMOR A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR

Cosa dulce y hermosa es la oración y trato con Dios. Muy digno es también de alabanza el vencerse y señorearse a sí mismo, para hacerse digno del trato con Dios; ambas cosas son, sin embargo, difíciles al hombre en muchas ocasiones; mas si el amor las informa, se hacen muy llevaderas.

CAPÍTULO I

El amor

Arrancar el corazón dé la tierra y elevarlo al cielo; llevar generosamente la cruz y aceptar con gusto toda clase de sacrificios es, sin duda alguna, cosa muy ardua a nuestra pobre naturaleza; y muy provechoso nos sería tener a nuestra disposición algún medio que suave y poderosamente nos estimulara y fortaleciera para llevar con alegría todos los trabajos de la vida.

Pues este medio es el amor. El amor es la inclinación de nuestra voluntad a un bien adecuado a nuestro corazón, que sacia sus deseos de felicidad, y cuya posesión lo llena de paz y alegría. Sus compañeros son siempre la tranquilidad y el contento, los cuales nacen naturalmente de la posesión del bien anhelado, y con ellos todo lo avasalla. El amor es la fuerza más potente que hay en el cielo y en la tierra. Dios es amor, y el amor es el don y la participación más excelente de Dios a los hombres.

Pero para que el amor sea duradero y capaz de saciar todos los apetitos del hombre, el bien, objeto de ese amor, y que es la fuente de paz y de gozo, debe ser un ideal supremo de verdad, de bondad y de hermosura; ideal verdadero y real, no imaginario o puramente posible, el cual, por una parte, ha de estar muy levantado^ sobre nosotros para que pueda elevarnos hacia sí, y por otra, debe ser semejante a nosotros

mismos, para que podamos comprenderle, abrazarle y aspirar confiadamente a él. Debe ser, además, inmutable, incorruptible, perenne, que traspase los límites de nuestra vida; porque de otra suerte sería más limitado que nosotros. Ha de ser, finalmente, un bien sin término ni medida, para que pueda colmar todas nuestras aspiraciones y la capacidad inmensa e ilimitada de nuestro corazón.

Mas, ¿dónde hallar este ideal en la tierra, siendo en ella todo pequeño y deleznable? Debemos, por lo tanto, remontarnos al cielo para encontrarle y traerle hasta nosotros (Deut 30, 12). Dios, que ha impreso en nuestro corazón el ansia de amor y de felicidad, nos ha dado al propio tiempo el modo de colmarla. Hay un ser, más alto que la tierra y más inmenso que el cielo, Dios y hombre juntamente, y en quien se unen la majestad divina y la nobleza humana, de cuya vida viven todas las cosas en el cielo y en la tierra, que a todas deleita con el resplandor de su hermosura. Nunca, ni en toda la eternidad, podremos abarcar ni comprender su majestad; un rayo de su esencia basta para hacer feliz la vida entera y para compensar todo placer y gusto terreno, y es bálsamo para todas las penas y goce anticipado del paraíso.

Este ideal, este ser, es nuestro Señor Jesucristo, *Dios bendito por los siglos* (Rm 9, 5).

Como estímulo para amarle aduciremos algunos rasgos de su carácter y de su vida, los cuales bastarán para engendrar este amor en nuestros corazones, para aumentarlo y robustecerlo de manera que él venga a informar toda nuestra vida.

CAPÍTULO II

Cristo = Dios

Dios solo basta al hombre para su perfecta felicidad. Yerra y se afana inútilmente el corazón que se apega a las criaturas, pensando hallar en ellas cumplida satisfacción, como lo demuestra una triste experiencia. ¡Qué pequeño y miserable es todo lo de este mundo, cuán lleno de sombras e imperfecciones, cuán pronto pasa todo ello dejándonos inquietos, con las mismas ansias infinitas de felicidad y de amor! Sólo un bien infinito y eterno, sólo Dios puede satisfacerlas. Es la imagen de Dios que llevamos esculpida en nuestras almas, es la dependencia innata que tenemos de nuestro Criador y el instinto de la filiación divina lo que nos lleva a Dios

como a nuestro último fin, y nos hace mirarle como fuente de toda felicidad.

Alegrémonos: estando con Cristo estamos con Dios; porque él es verdadero Dios y Dios nuestro. No es éste el lugar de demostrarlo científicamente, pues tratamos con almas que aceptan esta verdad, y sólo desean escudriñar algo de la hermosura y eficacia que en ella se encierra.

San Juan comienza su evangelio con estas palabras: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1, 1). Por donde, desde toda la eternidad de su ser, se manifiesta Cristo como Dios, como sujeto *y* posesor de la verdadera divinidad. Y en la divinidad él es el Verbo, la sabiduría, la verdad, el Hijo, la luz, la vida, la hermosura. Son todos estos nombres que se da él a sí mismo y le atribuye la Escritura, y que indican las cualidades de su persona. ¡Y qué imágenes y sentimientos no despiertan en nuestros corazones! ¿Qué cosa más apacible, más amable, más dulce y que más ánimo infunda al corazón que la verdad, la hermosura, la vida? Pues todo ello, en el más alto grado, es la persona de Cristo nuestro Señor.

Él era en el principio, prosigue San Juan, *y por él fueron ¡techas todas las cosas* (Jn 1, 3). Como sabiduría del Padre era él el libro de la vida en el que estaba el ejemplar de la bondad creadora de Dios y de su participación a las criaturas, con infinita plenitud, variedad y belleza; y según este ejemplar creó el Padre todas las cosas. ¿Y quién podrá concebir el poder y la magnificencia de esta fuerza creadora? Allí estábamos también nosotros como imágenes vivas de su bondad, allí vivíamos y allí éramos amados de una manera singular, puesto que quiso realmente darnos la existencia, mientras otros innumerables seres quedaron en el número de los meramente posibles. Fue, pues, la sabiduría de Dios nuestro hogar primero, original y eterno, la fuente y fundamento de nuestro ser y de nuestra existencia. ¿Cómo podremos no amarle? ¿Cómo podremos olvidarnos de él?

Pensamos y deseamos frecuentemente: «¡Oh, si yo pudiera ver a Dios! ¡Y qué fácil me sería entonces amarle!» Pues, en cierto modo, le vemos también ahora; a lo menos vemos algo de él, en la naturaleza y en las criaturas. El mundo de la sabiduría y del arte, las cosas visibles y las invisibles no son, ciertamente, más que una imagen, pero imagen de Dios, por la cual podemos formarnos idea de él y amarle. Y aun estas criaturas terrenas y visibles son tan hermosas y magníficas, que tenemos que vencernos y hacernos violencia para que no se nos vaya el corazón tras ellas y finíamos a Dios. Pues, ¿qué será Dios mismo? Es cosa com-

pletamente distinta de cuanto podemos figurarnos, y siempre será verdad que es infinitamente más grande y hermoso de lo que podemos concebir. Él es la causa de todos los seres, y por lo mismo la creación entera refleja en su vida, en su orden, en su variedad y en su belleza la imagen del Hijo, y todo lo visible es manifestación de su invisible majestad. ¿Cómo es posible que el Señor, el Creador de la belleza, el que ha dado a cuanto existe tan incomparable hermosura, no sea él mismo infinitamente más hermoso? (Sab 13, 3ss) Pues, ¿cuán grande, cuán excelso, cuán amable será?

Cristo es Dios; y para darnos testimonio de esta verdad, que es nuestra honra y nuestra salud, vino él a este mundo. ¡Y cuán a menudo, de cuán diversas y conmovedoras maneras manifestó la conciencia que tenía de su divinidad! Se entretenía una vez tiernamente con sus Apóstoles, describiéndoles las moradas del cielo y hablándoles de su Padre, y ellos dijeron: *Muéstranos al Padre, y nos basta.* Responde Jesús: *Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? El Padre yo somos una sola cosa. Yo soy la luz y la vida del mundo. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Esta es la vida cierna, que te conozcan a ti, el solo verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo* (Jn 17, 3ss). Y para confirmar estas palabras hizo milagros en el mundo de los espíritus, profetizando, y en el mundo visible, curando enfermos y resucitando muertos. Y en cambio de estas pruebas exige fe: *Creéis en el Padre, creed también en mí* (Jn 14, 1); y más que fe, nos pide amor cual únicamente un Dios puede pedir: *A marás al Señor tu Dios con todo tu corazón* (Lc 19, 27)**.** Sólo Dios puede exigir que le entreguemos todos los afectos de nuestro corazón, así como él es el único que puede satisfacer sus ansias de amor y felicidad.

Y él a su vez ha encontrado amor cual sólo a un Dios puede tributarse. A su paso por la tierra fundó en ella un reino universal, un reino en que, como Dios, es adorado y amado. Empezando por los Apóstoles y los primeros discípulos, ha habido siempre una muchedumbre de almas que han renunciado a todos los bienes de la tierra, que han despreciado y sacrificado la misma vida, que han crucificado al mundo en sus corazones y se han consagrado por completo al amor de Cristo. Y así sucederá siempre. Todo cristiano verdadero está dispuesto a confirmar esta verdad fundamental del cristianismo con el sacrificio de su vida y de sus más caros intereses. Fe y amor son los fundamentos de este reino, y nunca han de faltar. Y prueba espléndida de la divinidad de Jesucristo es la victoria moral que alcanzó del mundo, convirtiéndole por su fe y su amor. Grandes hombres han existido que por el predominio de su genio y por su poderío

han llevado el mundo tras sí, mientras vivieron; pero, ¿quién es el que por su amor se ha negado a sí mismo y ha renunciado a las íntimas aspiraciones de su corazón? Los poderosos han desaparecido, su obra se ha hundido, y nadie se cuida hoy de ellos. Luego otro poder completamente distinto es el que obra e influye de continuo en el mundo, después que Cristo partió de él, y el que alimenta en las almas su fe y su amor; y éste es el poder de su divinidad, que de uno y otro lado del sepulcro se manifiesta espléndido y victorioso.

Cristo, en quien creemos, en quien esperamos, a quien amamos, es Dios: alegrémonos. En él tenemos todo cuanto nuestro corazón desea tan ardorosa y continuamente. Porque no es Cristo tan sólo el ser primero, el más noble, el más fuerte y hermoso de la creación; es Dios, y por lo tanto, infinitamente más que todas las criaturas juntas. No solamente podemos admirarle, ensalzarle y amarle, sino también adorarle. En él encontramos nuestro último fin y término; es inútil buscar en otra parlo verdad, bondad, hermosura: en Cristo todo lo hallamos perfectamente. Servirle a él es servir a Dios, y en honrarle está nuestro bien y nuestra felicidad. Ni el tiempo ni la muerte, que implacablemente nos arranca de todo lo terreno, podrá jamás quitarnos el objeto de nuestro amor. Nunca la saciedad y el hastío podrá destruir ni amenguar este gozo. Porque sucede con Dios lo contrario de lo que acaece con nosotros. Nosotros somos mutuamente los unos para los otros fuentes pobres y mezquinas de consuelo, que nos agotamos sin haber podido saciarnos; la infidelidad o la muerte acaban con todo. En Dios, por el contrario, cuanto más buscamos, tanto más descubrimos; y la paz, el amor y el contento no tienen fin. Y también en este sentido pueden explicarse las palabras de San Juan: *Dios es mayor que nuestro corazón. Nadie podrá quitarnos nuestro gozo* (Jn 3, 20). *Quien cree en mí tendrá la vida eterna* (Jn 16, 22). Pero la vida consiste en conocer, amar y ser feliz, como escribe San Agustín: *Vacabimus et videbimus*, *videbimus et amabimus, amabimus et laudabimus: ecce quod erit in fine sine fine* (De civ. Dei I, 22, c. 30, n. 5) — «Descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos... He aquí lo que seré al fin y no ha de tener fin.»

Queda, pues, perfectamente satisfecha con la divinidad de Jesucristo la primera condición del amor, es decir, que su objeto sea muy superior a nosotros e minuto en lodo sentido. ¡Cuántas acciones de gracias debemos dar a nuestro Padre celestial por habernos enviado a su Hijo y con él todas las cosas, aun a sí mismo y al Espíritu Santo! Ya no tenemos que «andar mendigando amor y felicidad de las criaturas: en Cristo, Hijo de Dios, lo

tenemos todo. Y podemos decir con los Apóstoles, aunque de diverso modo: «Padre, muéstranos al Hijo, y esto nos basta.»

CAPÍTULO III

Dios Hombre

El hombre, para su felicidad, necesita, en primer término, de Dios, y en secundo, del hombre mismo. Por eso Dios se ha hecho hombre, para acercarse más al hombre y ganarse su amor. Dios es, por naturaleza, invisible y espíritu puro, y fue menester que apareciera en figura visible, para que el hombre pudiera conocerle y comprenderle debidamente. ¡Y qué hermosa y amable no será la imagen que Dios nos ha dado de sí mismo! Así es en efecto, esa imagen es la humanidad de Cristo, y Cristo, verdadero Dios y hombre, apareció entre nosotros Heno de amabilidad y de ternura (Tit 3, 4).

El Hijo de Dios, sin dejar de serlo, se hizo hombre, tomando realmente la naturaleza humana. Tenía, por lo tanto, cuerpo *y* alma, entendimiento y voluntad, imaginación *y* sentidos, como nosotros, con la diferencia de que la persona divina era la que sustentaba en él las dos naturalezas, divina y humana, unidas entre sí. Pero esta unión en nada cambiaba la naturaleza humana; lo único que hacía era elevarla a la participación de la dignidad y gloria divina, y comunicar a las potencias naturales una perfección jamás vista hasta entonces. Su entendimiento clarísimo sondeaba los senos más recónditos de las verdades naturales y sobrenaturales; su voluntad, dotada de una pureza y santidad ingénita, tenía poder tan inmenso que no conocía fronteras ni en el cielo ni en la tierra; su cuerpo, delicadísimo y hermosísimo, era el instrumento de acciones maravillosas; el Hombre-Dios era, en todos sentidos, la obra maestra de la creación, y la manifestación de Dios más admirable.

Y si nos fijamos en el modo que el Hijo de Dios tuvo que tomar nuestra naturaleza, veremos que fue el que más podía obligar nuestro amor y reconocimiento. Porque no la tomó recibiéndola, como Adán, inmediatamente de las manos de Dios, sino naciendo de nuestra sangre y linaje, de suerte que pudieron contarse sus progenitores hasta el primer hombre. Más aún; quiso ser, en todo, hombre como nosotros, y tener madre y familia y patria y nacionalidad y religión determinada, y hasta nombre como los demás. En todo, con excepción únicamente del pecado,

quiso parecérsenos; y así real y verdaderamente es nuestra sangre y nuestro hermano según la carne. — Además, tomó nuestra naturaleza, no como la recibió Adán originariamente, inmortal e impasible, sino tal como quedó por el pecado, sujeta a los padecimientos y a la muerte. Y esos mismos padecimientos no fueron los que comúnmente experimentamos todos en el cuerpo y en el alma, sino en la medida que él determinó, y que manifestó durante su vida. Según sentencia muy fundada de los teólogos, mostró Dios al Salvador en el primer instante de su ser todas las maneras como podía salvarnos, dejando en sus manos la elección. Y con acto perfectamente libre, como convenía al Hijo de Dios, escogió todas las circunstancias de su vida y pasión santísima, haciendo realmente su elección de vida en el momento de la Encarnación (Hech 10, 5ss). Y bien sabemos en qué grado renunció a las honras y delicias terrenas, y cómo se abrazó con la pobreza, con los trabajos, con las humillaciones, con los tormentos. Así con esta elección, imprimió a toda su vida el sello y la marca del sacrificio; así *se anonadó* efectivamente, *tomando la forma do siervo* (Flp 2, 7).

¿Y por qué lo quiso así? La razón última es el amor que nos tuvo. Para la gloria de Dios y para satisfacer cumplidamente por el pecado, hubiera bastado la obra más pequeña del Hombre-Dios; pues todo cuanto hizo y padeció era de infinito valor y suficiente para ello. Tampoco buscaba su propia gloria o provecho, pues la gloria substancial se le había comunicado íntegramente desde el primer instante de su ser, y no podía aumentarse; y por lo que toca a la gloria accidental, que consiste en la honra y amor que nosotros le tributemos, bastante amable era en sí mismo para que le amásemos sobre todas las cosas y en todas le sirviésemos, y teníamos además su gracia que nos lo hiciera posible. De modo que en último término queda sólo el amor como causa de la elección que hizo. Porque no quiso en su vida llevarnos ventaja a nosotros sus hermanos, sino sernos en todo semejante; quiso que en todos nuestros padecimientos tuviésemos en él un modelo y un fiel compañero y consolador, y que siguiéndole alcanzásemos el premio eterno de nuestras obras y padecimientos. ¡Qué amor tan desinteresado, tan noble y tan fiel! ¡Así nos amó desde entonces y se entregó por nosotros! (Gal 1, 20) ¡Y cuántos bienes y provechos no nos ha traído su unión con nuestra naturaleza! En primer lugar, desposándose el Hijo de Dios con ella, la ha ensalzado y ennoblecido hasta hacerla casi divina y emparentada, por decirlo así, con Dios. Uno de nosotros es, por naturaleza, verdadero Hijo de Dios. Aun para los ángeles somos objeto de veneración, pues en Cristo ha sido

encumbrado nuestro linaje sobre todas las jerarquías angélicas. Cristo es Señor de los ángeles, pero no su hermano por naturaleza, y todos ellos adoran al que está sentado sobre el trono de Dios. — En segundo lugar, con Cristo nos han venido todas las riquezas. Él es la cabeza de la humanidad, y como la cabeza comunica a los miembros todos sus bienes, así Cristo hace participante a la naturaleza humana de todos sus tesoros. Ea vida sobrenatural, la grada, la gloria y todos los méritos de Cristo nos pertenecen y somos dueños de ellos en su fuente. A ellos tenemos derecho, si creemos en Cristo y le amamos. Más; aun respecto de Dios nos hemos enriquecido en Cristo, pues por él podemos ofrecer al Señor el debido tributo de adoración, de agradecimiento y de satisfacción, tal que corresponda dignamente a lo que Dios exige de nosotros. — En tercer lugar, la consideración de que Cristo es también verdadero hombre hace brotar en nuestras almas sentimientos de íntimo consuelo y de confianza sin límites. ¡Oh, sí! Cristo es verdadero Dios, pero al mismo tiempo es verdadero hombre, con todo lo que a la humanidad pertenece, excepto el pecado, y lo que tiene de superior a nosotros lo debe exclusivamente a la liberalidad y dignación de Dios. Bien lo sabía él, y por eso era y es tan humilde, tan bueno, tan compasivo con nosotros, a pesar de nuestra poquedad y de nuestras miserias. Para llegar a ser el Sumo Sacerdote, lleno de misericordia, se sujetó a todas las penalidades de la vida (Hebr 5,2). No debemos, por lo tanto, mirarle con temor y como si estuviera colocado a inmensa distancia de nosotros y fuera de distinta naturaleza. No; no es él un ser extraño y superior a quien hayamos de contemplar con espanto; es como nosotros, de nuestra misma naturaleza, uno de nosotros; y así debemos amarle y llegarnos a él con toda confianza; pues como hombres, como hermanos suyos, aunque tan miserables y pecadores, podemos estar seguros del amor ilimitado de su corazón.

Todo esto se ha hecho para nosotros el Hijo de Dios por la Encarnación, cuyo resultado es el Dios-Hombre, ese Ser inmenso y admirable; ese Ser a quien las Escrituras llaman la causa, el primogénito entre las criaturas (Col 1, 15-19), el heredero universal de Dios (Hebr 1, 2); Dios-Hombre, ese Ser poderosísimo, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra (Flp 2, 10); Dios-Hombre, el más hermoso y amable, la flor de los pensamientos de Dios; Dios-Hombre, el amor y la admiración de los cielos; Dios-Hombre, la vida y el consuelo de la pobre tierra; Jesús, que se ha hecho hermano nuestro y que estrechándonos a sí con los brazos de su amor nos levanta a la patria eterna, y nos presenta a su Padre como dulces conquistas de su ternura y de su amabilidad. ¿Qué más

puede Dios idear y crear para un corazón a quien no conmueva tanta majestad y hermosura?

CAPÍTULO IV

Dios = Niño

Dios se hizo hombre en toda la extensión de la palabra y, por consiguiente, también niño; porque la niñez pertenece naturalmente al ser y a la vida del hombre. Y entendemos aquí la palabra niñez, no en el sentido más restringido, sino en el más amplio, que abarca todo el período del desarrollo del hombre, desde su primer momento hasta la plena adquisición de sus fuerzas juveniles. Y esta es la primera diferencia entre el primero y el segundo Adán. El primero no conoció niñez ni juventud, sino que apareció desde luego en el mundo como hombre perfecto. El segundo Adán quiso pasar por todos los estados de la vida, y así la niñez de Jesús es una consecuencia del hecho de su Encarnación, y del propósito que tuvo de conformar perfectamente su vida a la nuestra.

¿Y cuál es el rasgo más característico de esta primera aparición de Cristo entre los hombres? El Apóstol nos lo dice con estas palabras: *Apareció la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador* (Tit 3, 4). La benignidad y la amabilidad son, por lo tanto, el carácter de la primera aparición de Jesucristo en el mundo, y a manifestarlas iba encaminada dicha aparición.

Porque, en verdad, ¿qué cosa hay más amable que un niño? El hombre es el más noble de los seres visibles, y el niño, la flor de la humanidad. ¿Quién es capaz de contemplar su hermosura fresca y delicada, el alma tierna que bajo ella se oculta y el encanto de su sencillez y de su inocencia sin conmoverse y sin amarla? ¿Quién es capaz de rechazar a un niño cuando se abraza a nosotros confiado, en demanda de auxilio? Pues este es el artificio de que usa el Hijo de Dios desde su primera aparición para ganarse nuestro amor.

Todas las manifestaciones de Dios son otras tantas maneras de que se vale en su bondad para acercarse a nosotros; pero no hay ninguna tan tierna como ésta (Hebr 1, 2). Delante de este Niño parece que hasta nos sentimos romo más sabios, más fuertes que él, hasta el punto de poder compadecernos de Dios, pobre y abandonado en el mundo. Aquí desaparecen todas las barreras que su majestad levantaba entre él y

nosotros. Dios se ha hecho como no de nosotros y, al parecer, menos que nosotros. *Un niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado* (Is 9, 6). Hijo del hombre se llama nuestro Dios excelso; la señal maravillosa dada a los pastores de su venida es que encontrarían un niño pobre y abandonado, envuelto en pañales y recostado en un pesebre. ¡Cuán verdadera y hermosamente dijo San Bernardo: «Grande es el Señor y digno de alabanza sobre toda medida; pequeño es el Señor y digno de amor sin medida»! Y lo mismo se manifestó en toda su niñez y juventud. ¡Qué amabilidad la del Omnipotente en sujetarse a los cuidados de una madre y de un padre terrenos, en recibir de ellos su sustento y en hacer que fueran ellos los que le defendieran de sus enemigos! ¡Qué amable el misterio de su desarrollo y de sus progresos, cuando su cuerpo se hacía cada vez más hermoso y lleno de dignidad, cuando su alma se manifestaba cada día con más esplendor, cuando ejecutaba gradualmente obras más perfectas! ¡Qué amable la humildad, la obediencia, la piedad, la laboriosidad de su vida oculta, encanto del cielo y de la tierra, cuya vista excitaba santa envidia en las mujeres de Nazaret hacia la afortunada madre de aquel Niño! ¡Que amable su misteriosa quedada en el templo, reflejo anticipado de su vida pública, en que se manifiesta como Mesías e Hijo de Dios, pero pobre y desprendido de cuanto es carne y sangre, para declararnos cuanto antes que más que a su madre nos pertenece a nosotros, y que ansía que llegue la hora en que ha de ser todo nuestro! Aun el pesebre, con su silencio y su pobreza, es señal elocuente de lo que ha de obrar más tarde por nosotros; envuélvele ahora su madre en los pañales, más tarde le envolverá en el sudario; vierte él ahora lágrimas, más larde derramará su sangre; nace ahora en una choza ajena, y ajeno será más tarde su sepulcro.

Las circunstancias de lugares y personas que rodean la niñez del Salvador hacen resaltar aún más su amabilidad. Aparece primero la pequeña, pero real ciudad de David, asentada sobre verdes colinas y ondulantes praderas, llena de gratos recuerdos de los antiguos tiempos; después, la misteriosa tierra de los Faraones con sus pirámides, a cuya sombra se amaestraron los hijos de Israel en la religión, en las artes y en las fatigas hasta llegar a ser un pueblo poderoso; luego la pacífica Nazaret, vergel por tanto tiempo de su juventud e imagen de su trabajo tranquilo y de su vida oculta; y por fin el templo sagrado de Jerusalén, la vieja ciudad de los profetas, donde alguna vez ha de manifestársenos glorioso y donde ahora hace que los doctores de la ley, venerados casi supersticiosamente por los judíos, le rindan homenaje a él, Niño de doce años: lugares todos célebres y estrechamente relacionados con la vida de Jesucristo.

Igualmente, amable y significativa es la sociedad que rodea su niñez: la Virgen Madre, de prosapia real, el justo y fidelísimo Padre nutricio, los sencillos y piadosos pastores, los celestes mensajeros que entonan himnos de júbilo, los santos Simeón y Ana, los Reyes, fieles al llamamiento de la estrella. Tales son los santos que rodean la infancia de Jesucristo, sus primeros adoradores y profetas, que anuncian al mundo su venida y dan testimonio de su divinidad. Y esta divinidad es de la más alta importancia para nosotros; porque, ¿qué nos aprovecharía sin ella la pobreza y la amabilidad del Niño Jesús? No quiere él por sí mismo romper el silencio de su infancia para manifestarse como Dios verdadero, sino que deja ahora ese cuidado a estos santos, y por eso están ellos íntimamente ligados a su niñez, y prestan al mundo el servicio incomparable de atestiguar su divinidad.

¡Qué cuadro tan hermoso el de la niñez de nuestro Dios! ¡Un Dios-Niño, recostado en un pesebre, que tiene necesidad de alimento y de cuidados, que llora, que huye de sus enemigos, que trabaja oculto y gana en humilde oficio su sustento! ¡Y eso que tan lejos está de toda debilidad interior y de la inconsciencia de los demás niños! Al contrario, todo en él es fuerza y vida, vida divina que lo anima todo, bajo la forma do la amabilidad sin límites y del amor más tierno; poder que todo lo atrae a sí con fuerza incontrastable. Porque, ¿quién hay en el mundo que no sienta el atractivo irresistible de esta niñez? ¿No fue ella la delicia de nuestra edad primera, no fueron para Belén los primeros afectos de nuestra alma? ¡Oh!, ¡cotí qué confianza y amor orábamos ante el pesebre, cual jamás tal vez lo hayamos hecho! ¿Y por qué no hemos de tornar a nuestros primeros años? En la cuna como en la cruz, en el altar como en el cielo, nuestro Salvador es siempre el mismo, siempre digno de adoración, de reverencia y de amor. Todas las devociones a la humanidad de Cristo conducen a Dios. Por eso un San Francisco de Asís, un San Bernardo y tantos otros santos varones que con el fervor de su espíritu renovaron el mundo, fueron especialísimamente devotos del Niño Jesús. ¿Dónde podrá hallarse más verdad, más sabiduría, grandeza más amable, hermosura más atractiva que en el Niñito de Belén? Confianza y amor son el carácter de la devoción al Niño Jesús; ¿por qué no habían de ser también el carácter de nuestra vida?

CAPÍTULO V

El mejor Maestro y Guía de las almas

Llegado a la edad perfecta, empieza el Salvador su vida pública. Como Profeta y como Maestro estaba anunciado en las Escrituras, y la enseñanza era parte esencial de su oficio de Redentor. Sin fe es imposible vivir rectamente ni alcanzar la salvación. Necesitamos, por lo tanto, de maestro, y el mejor y más sabio lo tenemos en Jesucristo, nuestro Salvador.

Y a fe que tenía todas las dotes necesarias para enseñar. La primera es la autoridad. Enseñar y educar es, en cierto modo, crear, poder que pertenece exclusivamente a Dios y a quien él lo haya comunicado. La autoridad del Salvador no procedía de los hombres, sino de su misma persona divina, y así como era Sumo Sacerdote, así también era Maestro por naturaleza. — Dígase lo mismo de la segunda cualidad, de la ciencia. Cristo es Dios, la Verdad, el Unigénito y la Sabiduría del Padre, testigo de todos los secretos del cielo y del corazón humano. ¡Cuántas veces, durante su predicación hizo uso de este conocimiento de las almas! — La tercera cualidad de su enseñanza es la eficacia, que en primer término provenía de la santidad de su vida, la cual era ya de por sí enseñanza viva; luego, del poder de hacer milagros, con los que confirmaba incontrastablemente su palabra, y, por fin, de la gracia, que juntamente comunicaba para mover los corazones y hacer fácil y suave el cumplimiento de su ley. Por eso enseñaba como quien tiene autoridad para ello, y su doctrina era de eficacia incomparable.

¿Y qué era lo que enseñaba el Salvador? Ante todo, lo que Dios quería que enseñase, y lo que era necesario y provechoso para nosotros. Nos enseñó a mirar a Dios como a Padre, y como a nuestro último y bienaventurado fin; nos enseñó la oración, la humildad, el vencimiento propio y a llevar la cruz con paciencia y alegría; nos enseñó a amar a Dios sobre todas las cosas y con todo nuestro corazón, y al prójimo como a nosotros mismos. Tal es el compendio de su doctrina: todo cuanto en este mundo podíamos necesitar para ser felices. — Y estas enseñanzas las esparció continuamente y a manos llenas, y aunque podía decirnos infinitamente más, quiso reservarlo para el cielo, para que tuviésemos el mérito de la fe. Allá nos lo comunicará todo, y sin peligro de que nos envanezcamos. Enséñanos Jesucristo la ciencia, pero más aún la sabiduría, y la más alta sabiduría consiste en creer.

El modo que tenía el Salvador de enseñar era, en primer lugar, con tal claridad y sencillez, que aun los rudos y los niños podían entenderle; y al propio tiempo con tal profundidad y elevación que ni el entendimiento más sutil podría escudriñar todo el alcance de sus palabras. — En segundo lugar, enseñaba con prudente moderación y medida, sin decirlo todo a todos, y siempre a su debido tiempo, para no sobrecargar el entendimiento y la voluntad de los hombres, ni darles más de lo que podían llevar. Pregúntale el joven rico cómo podrá alcanzar su salvación, y Cristo le va conduciendo paso a paso, desde los deberes más sencillos y la guarda de los mandamientos hasta indicarle los consejos. A los Apóstoles les dice que aún no podían entender toda la verdad, que la sabrían más tarde. ¡Qué prudente y previsor se muestra respecto a la manifestación de su muerte en cruz y al misterio de su divinidad! — Finalmente, enseña el Salvador con gran paciencia, dejando caer sin cesar la semilla fecunda de su doctrina en los corazones, aunque ve que a menudo cae en el camino o entre espinas o es comida por las ave9 del cielo, o no brota y fructifica sino muy lentamente. Pero no se cansa jamás: desde la primera fiesta de Pascua había caído la semilla de la fe en el corazón de Nicodemus, y sólo viene a brotar tres años más tarde, después que el Señor había muerto en la cruz. ¡Cuánto tiempo trabajó en formar a los Apóstoles y en hacerlos capaces del oficio que debía confiarles! Y el resultado vino a coronar magníficamente sus esfuerzos, no solamente en las almas de cada uno de ellos, sino también en todo el género humano; y si Judea, campo pedregoso, no recibió la divina semilla de su palabra, el Espíritu Santo, por medio de los Apóstoles, la llevó a los gentiles y formó de ellos un mundo cristiano, con ciencia, civilización, leyes y arte cristianos. Y aun prosigue su obra la predicación del Salvador, convirtiendo las almas, dando sabiduría a los ignorantes, iluminando los ojos de los ciegos, llevando el consuelo y alegría a los corazones (Sal 18, 8).

Necesitamos verdad, luz y gracia; tenemos necesidad de maestro que nos guíe: ¿dónde encontrarlo sino en Jesucristo? Él es nuestro Dios, y así como nos sacó de la nada, así continúa formándonos y educándonos; él es Señor de nuestras conciencias y conoce nuestras debilidades y lo susceptibles que somos de formación; él sabe hacernos perfectamente felices, tiene paciencia para soportar nuestra inconstancia y nuestra debilidad; tiene a su disposición gracias poderosas para coronar felizmente su obra. Busquémosle como Nicodemus, como Pedro, como Andrés, como Natanael, quienes hallaron en él al sapientísimo Maestro enviado por Dios, al Señor de sus conciencias, de sus vidas, de su felicidad. *Maestro, ¿dónde*

vives?, le preguntaron; e inmediatamente le siguieron y se hicieron sus discípulos (Jn 1, 37ss). Busquémosle, leyendo y meditando su sagrado Evangelio. ¡Cuán provechoso es sentarse a los pies de la eterna Verdad y oír sus palabras! Y cuando, como aparece en el evangelio, Dios mismo viene a los hombres para traerles su ley suave y vivificadora y para revelarles, con palabras sublimes y llanas juntamente, los secretos del cielo, ¿quién puede dudar de que en ellas se encierran verdades de alcance inmenso, espectáculos celestiales dignos de toda consideración y poderosos a llenarnos de admiración y de amor hacia aquel entendimiento altísimo y aquel corazón sapientísimo de donde brotan tales enseñanzas? Ahí tenemos el más sabio Maestro y guía de las almas; ahí tenemos a Jesucristo que nos conduce en realidad a la salvación, a la sabiduría y a la justicia delante de Dios (Cor 1, 30). *Tú tienes palabras de vida eterna, ¿a quién hemos de ir?* (Jn 6, 69) Con esta respuesta llena de fe y de amor, alejó Pedro los peligros de una hora decisiva; la victoria fue el resultado de otra hora feliz, en que sentado a los pies de su Maestro escuchó atento sus enseñanzas. *Rabboni* — buen Maestro —, fue la palabra con que Magdalena, la discípula del Señor, le saludó al verle por vez primera después de la resurrección (Jn 20, 16); palabra única, pero que abarca todo lo que Magdalena sabe, lo que siente y lo que es. No hay relaciones más hermosas, más nobles, más tiernas ni más conmovedoras que las del discípulo para con el maestro y educador**,** porque ellas son un conjunto de respeto, de agradecimiento, de confianza y de amor.

CAPÍTULO VI

El Hijo del Hombre

El título de *Hijo del Hombre* con que los profetas anunciaron al Salvador (Dan 7, 13ss) y que él se dio a sí mismo repetidas veces, no lo tomamos aquí en el significado de *Mesías, Hijo de Dios o* cabeza de la humanidad, sino en el de persona que sustenta la naturaleza humana en el sentido más perfecto y elevado de la palabra. El Salvador es la expresión e imagen viva del más amable de los hombres. Y esta amabilidad se echa de ver en tres cosas principales.

La primera es que el Salvador llevó constantemente la vida ordinaria de los hombres. No sucedió lo mismo con San Juan Bautista, su profeta y precursor, cuya vida era extraordinariamente dura, su vestido tosco y su

morada el desierto, sin fue pusiera jamás los pies en las ciudades. En el yermo resuena su voz potente y atrae a sí las muchedumbres. Jesucristo, por el contrario, habitó y vivió entre los hombres, traillando continuamente con ellos como miembro de una misma familia y de una misma sociedad.

Se sometió también a todos los cuidados y atenciones, grandes y pequeños, que lleva consigo la vida ordinaria. El primero de éstos os la religión; y él, la eterna Verdad, principio de todos los deberes religiosos, se acomoda a las prescripciones de una religión determinada, y cumple, como piadoso israelita, toda justicia delante de Dios, visitando el templo y la sinagoga. Más afín; quiere sujetarse también a otras prácticas transitorias y no estrictamente mandadas, y por eso acude con los demás a oír la predicación de San Juan y a recibir su bautismo —. El segundo deber es la obediencia a la autoridad, lazo de unión de toda humana sociedad; y tampoco al Salvador le faltaron autoridades en la familia y en la vida política, así nacionales como extranjeras; todas las cuales exigían de él el tributo de la obediencia; y él cumplió sus mandatos como el súbdito más dócil, y quiso que en su evangelio se hiciese mención especial de esta sumisión suya a las autoridades (Lc 2, 51), y en el proceso que se le siguió el día de su pasión, el único cargo de que se defendió fue el de rebeldía a los poderes constituidos (Jn 18, 37). — El trabajo es la tercera condición de la vida social, y el Salvador trabajó continuamente. En mayor parte de su vida la pasó en un oficio oculto y humilde, ganando el pan con sus propias manos, y haciéndose él, nobilísimo entre los hijos de los hombres, el más fiel compañero de los trabajadores.

No sólo toma parte en las ocupaciones serias y en el trabajo, sino también en los esparcimientos honestos *y* usuales. Ya al principio' de su vida pública le vemos asistir a unas bodas; y de tal manera le conmueve la turbación de los esposos, que obra su primer milagro, convirtiendo el agua en vino, precisamente el día en que se funda un nuevo hogar. — Era, a lo que parece, costumbre en Tierra Santa convidar a comer a los doctores de la ley que iban predicándola por diversas regiones, y el Salvador no quiso' ir contra esta costumbre, y aceptaba las invitaciones, aunque sabía que muchas veces se las hacían con intenciones nada amistosas y daban lugar a penosos compromisos y a disputas desagradables (Lc 7, 36; 14, 1), y aunque por aceptarlas fuese tachado de comedor y bebedor (Mt 11, 19). Aun en su vida gloriosa, después de la resurrección, quiso cumplir con los fueros de la buena sociedad, despidiéndose de sus discípulos con un convite (Hech 1, 4).

Para conservarse al nivel ordinario de los hombres, encubrió el Señor las extraordinarias cualidades de su persona. Así escondió la gracia y hermosura de su juventud a la sombra de un taller y de una aldea, de tal suerte, que nadie hubiera podido sospechar, ni aun remotamente, los tesoros de sabiduría, poder y santidad que encerraba. Y ya que quiso vivir en aldea tan humilde, hubiera podido a lo menos valerse de su inteligencia altísima para muchas cosas, principalmente para la salvación de las almas; pero ni aun esto quiso hacerlo, y hasta de su santidad no manifestó sino lo que correspondía a un niño o un joven bueno y piadoso. Y de tal manera ocultó todos los dones extraordinarios, que Natanael, que habitaba a pocas leguas de Nazaret, ni siquiera había oído hablar de él (Jn 1, 46). Por eso, con mucha razón, se da el nombre de vida oculta a los años que pasó en Nazaret. Pero aun durante su vida pública, cuando por todas partes corría la fama de sus hechos, no manifestó su sabiduría, poder y santidad sino en la medida que pedía su ministerio, e infinitivamente más fue lo que ocultó a los ojos de los hombres. Y si es cierto que este cuidado del Salvador por aparecer siempre igual a nosotros tuvo por objeto darnos ejemplo de humildad, pero mucho más procedió del deseo de granjearse nuestro amor por la delicadeza que tuvo de no querer aparecer más que nosotros, ya que la igualdad es condición necesaria y fundamento del amor.

Lo segundo que hace resaltar más el carácter hermosísimo del Hijo del Hombre es el cuidado y solicitud amorosa que tuvo siempre con los que le rodeaban y seguían. En la segunda multiplicación de los panes, no se le pasó por alto que muchos habían venido desde lejos y estaban hambrientos y desfallecidos, y movido de compasión ordenó a los Apóstoles que les dieran de comer (Mc 8, 2ss). — Tan vivo fue el sentimiento que tuvo por el dolor de aquella pobre y desolada viuda de Naím, que seguía la fúnebre comitiva del entierro de su hijo único, que vino en su auxilio, sin que nadie se lo hubiese pedido. — En medio de las fiestas religiosas y del júbilo de la segunda Pascua, no se olvidó de los pobres enfermos de la probática piscina, sino que fue a consolarlos y a sanar al más desvalido de ellos. — ¿Qué cosa más insignificante que un pedacillo de pan? Pues esto ha ordenado él mismo que le pidamos en el Padrenuestro; y en la multiplicación de los panes mandó a los Apóstoles que recogiesen las migajas que habían sobrado. — Cuando arrojó la primera vez a los vendedores del templo, echó por tierra las mesas de los negociantes, pero se compadeció de las palomas, y ordenó que las sacaran fuera en sus jaulas (Jn 2, 16). — ¡Con cuánto miramiento y amor se portó con el padre del endemoniado mudo (Mc 9, 20) y con los pequeñuelos a

quienes los Apóstoles querían apartar de su persona! — En el día más glorioso de su vida, en medio de las aclamaciones de júbilo, el pensamiento de la ruina futura de Jerusalén le conmueve hasta el punto de hacerle derramar lágrimas. — En la cruz, entre las angustias y dolores de la agonía, escucha los gemidos de arrepentimiento del buen ladrón, piensa en su madre y vela por ella con ternura. — *La* inconsideración y el olvido provienen siempre de falta de previsión o de amor, y pueden causar heridas muy dolorosas. Quien sabe guardar en todo los miramientos debidos, muestra que tiene prudencia y buen corazón, y se hace acreedor a nuestra confianza y cariño. Pues así fue el Salvador.

Otra de las cualidades propias de un ánimo noble es la gratitud; y ésta brilla de una manera singular en la vida de Jesucristo. ¡Cuán regia, cuán divinamente recompensaba cualquier servicio y muestra de amor! Por una hora que le cedió Pedro su lancha para predicar desde ella, le paga con la pesca milagrosa y con hacerle pescador de hombres; en premio de haberle confesado resueltamente por Hijo de Dios, le hace Sumo Pontífice de la Iglesia. Nicodemus recibe la gracia de la fe por la pequeña incomodidad que se tomó de irle a visitar por la noche; Zaqueo, por haber salido a su encuentro unos cuantos pasos, tiene la dicha de hospedarle en su casa, y de recibir juntamente con él gracias extraordinarias para su salvación. Según una tradición piadosa, la Verónica dió su velo al Salvador en el camino del Calvario, y a los soldados el vino mezclado con mirra que había de servir para el momento terrible de la crucifixión, y como prueba tiernísima de gratitud recibe de nuevo el velo, donde maravillosamente había quedado impreso el rostro del Señor; el cual libó también algunas gotas del vino mezclado con mirra, por dar gusto al alma compasiva que se lo había preparado, y manifestarle su gratitud. A San Juan, en premio del amor que manifestó siguiéndole hasta el Calvario, deja como legado preciosísimo a su Madre. A las santas mujeres las anima y conforta con palabras de la más tierna compasión. A María Magdalena, en premio de lo que había hecho en su servicio, la recompensa con la memoria perenne que había de quedar de ella en la Iglesia (Mt 26, 13). Y finalmente, Lázaro el resucitado ¿no es una prueba brillante de los premios magníficos y extraordinarios que pueden esperar los amigos de Jesús?

Vemos por lo dicho cuán amable y humano se manifiesta nuestro Dios y Señor, cómo nos muestra su majestad bajo la forma tan atractiva de su humanidad noble y llana, y cómo anda con los hombres como uno de ellos, puesto que su vida no aparece realmente sino como la vida ordinaria

de los demás. Parece que hubiera querido darnos una como compensación de su divinidad y majestad incomprensible.

Podía habernos atemorizado con la ostentación de su poder, y en lugar de ello quiere atraernos a sí mostrándonos su humanidad amabilísima; lo cual es más que dignación, es amor y ternura de la eterna Verdad, de quien está escrito que *primero amaestró a Jacob, su siervo, y a Israel, su amado; y después fue visto en la tierra y conversó con los hombres* (Bar 3, 37ss).

CAPÍTULO VII

El obrador de maravillas

El Salvador era hombre en el más perfecto y verdadero sentido de la palabra; pero era también infinitamente más de lo que competía a la naturaleza que por nosotros había tomado; era el ser por excelencia, puesto que era Dios. La prueba concluyente nos la dan sus milagros, los cuales hablan asimismo poderosamente a nuestro corazón, de tres maneras distintas, considerándolos con relación a la fe, al amor y a la confianza.

Innumerables fueron los milagros que hizo el Salvador en el orden invisible de los espíritus y de la verdad, por medio de las profecías, *y* en el mundo visible, con prodigios de todas clases. El fin que pretendía al obrarlos, como lo manifestó repetidas veces (Jn 5. 36; 10. 25;11, 42), fue confirmar con ellos su doctrina, principalmente en lo relativo a su divinidad y misión divina, para que creyésemos en ella. La fe es el primero y más indispensable requisito para alcanzar la salvación, y el milagro es el medio más sencillo, más rápido y, para muchos, el único que conduce a la fe. Porque donde interviene un milagro verdadero para confirmar una doctrina, allí está Dios que da testimonio de ella, y lo que Dios dice, es verdad infalible. Y lie aquí por qué apela el Salvador tan a menudo y con tanta solemnidad a sus milagros como prueba de su doctrina y de su misión, porque todo el edificio de nuestra fe descansa sobre la realidad de esos milagros. De aquí podemos deducir de cuánta importancia son para nosotros y cuánto agradecimiento le debemos por ellos.

Es, por otra parte, hermosa y sorprendente la conexión que tienen con su doctrina. Muchas de sus enseñanzas las confirma en seguida con un milagro correspondiente. *Yo soy la luz del mundo*, *dice,* y da vista a un *ciego;* afirma que él es la resurrección y la vida, y resucita un muerto; se llama

pan de vida, y obra el prodigio de la multiplicación de los panes; para probar que tiene el poder de romper las cadenas del pecado, cura al paralítico. — Otros muchos milagros son imágenes y profecías de lo que ha de suceder en la Iglesia. Así las curaciones de los ciegos, sordos y mudos prenuncian los efectos del bautismo; la curación de los leprosos y la resurrección de los muertos, son imagen del sacramento de la penitencia; la multiplicación de los panes le es de la Eucaristía; la navecilla de Pedro representa a la iglesia. De suerte que los milagros son otras tantas manifestaciones de su doctrina, de sus obras y de su persona. Y esta hermosa e íntima correlación y dependencia entre sus enseñanzas y sus milagros, así como esclarece y fortifica nuestra fe, así también es motivo poderoso de amor hacia aquel que, con tanta sabiduría, con tanto poder y con tal solicitud lo ha dispuesto así para nuestro bien.

Además, los milagros de Jesucristo excitan nuestro amor; pues nos revelan, no ya su poder temible, sino su inmensa caridad. Vino el Redentor a la tierra para salvarnos, y como Salvador, debía libertarnos del poder del demonio, quien juntamente con el pecado había traído al mundo toda clase de miserias, aun corporales, de enfermedades y con ellas la muerte. Y este campo tristísimo fue el escogido por el Salvador para manifestar su poder, y ante él huyen todas las calamidades, los dolores, el imperio del demonio, la muerte. Sus milagros llevan unido al carácter sobrehumano y divino el sello de la bondad y de la amabilidad más exquisita, pues todos son pruebas del más puro amor a los hombres, y por lo mismo estímulos poderosos para que le amemos nosotros a él.

Y este carácter amabilísimo de sus milagros, influye a su vez, en la fe; porque como la materia de la fe son verdades que superan el alcance de nuestro entendimiento, la voluntad interviene de una manera necesaria para hacérnoslas aceptar; y los beneficios hechos por Cristo a los hombres por medio de sus milagros inclinan eficazmente la voluntad bien dispuesta. De buen grado creemos a los que *nos* muestran amor. Y este es el modo cómo la bondad del Señor que resplandece en sus milagros obra también en el terreno de la fe y atrae a sí todo ll hombre por la fe y el amor.

Finalmente, los milagros de Jesucristo excitan en nosotros gran confianza. Dos milagros son en sí mismos pruebas de un poder infinito, y los de Jesucristo manifiestan ese poder por manera clarísima e irrefragable mostrando el dominio que tiene sobre todas las criaturas, racionales e irracionales, sobre vivos y muertos, sobre los ángeles y los demonios, como Señor supremo y absoluto de todo cuanto existe. No hay padecimiento ni desdicha que no pueda conjurar; aun las puertas de la

eternidad se abren a su imperio. En cualquier trabajo y necesidad en que el hombre se encuentre puede levantar sus ojos al Salvador y decirle: «Señor, si quieres puedes venir en mi auxilio y salvarme.»

Prueba hermosísima es el hecho de la resurrección del joven de Naím. Le llevaban ya al sepulcro, y su madre iba desolada detrás del cadáver. Los numerosos amigos no hallaban otro consuelo que repetirle: «No llores.» Pero llega el Salvador, pronuncia esas mismas palabras y con ellas resucita al hijo y le devuelve a la madre (Lc 7, 13). Y cuando se hallaba delante del sepulcro de Lázaro, y las hermanas y amigos de éste y multitud innumerable postrados a sus plantas lloraban, esperando únicamente de él el remedio en su aflicción, lloró también él de compasión; pero no fueron sólo lágrimas las que tuvo para su amigo Lázaro, sino infinitamente más: resucítale con una palabra, devuélvele a los brazos de sus hermanas y amigos y cambia en gozo tan gran tribulación. Ahí tenemos el consuelo que da el Salvador, y él es el único que puede darlo. Para todos prodiga su poder y amor, que ningún provecho personal recibe de sus milagros. Pues también ahora tiene el mismo poder e igual amor, y su amor es omniscio y su poder infinito; ¿quién, si cree en Cristo y le ama, ha de desconfiar? La muerte es el postrer mal de este mundo, y también él la ha vencido, y nos asistirá en ella con su gracia victoriosa. Por eso concluye sabiamente la Imitación de Cristo: «En vida y en muerte confía en Aquél que nunca te abandonará, aunque todos te abandonen.»

CAPÍTULO VIII

El libro do la vida

Hay un hecho en la vida del Salvador, eficaz como pocos, para movernos a amarle y a entregarnos a él (Lc 10, 17ss; Mt 11, 25ss).

Era el tercer año de su predicación, cuando había ya reunido en torno suyo, además de los Apóstoles, a los setenta y dos discípulos para que les ayudasen en los ministerios apostólicos. Al cabo de poco tiempo volvieron los discípulos llenos de gozo: todo, según decían, les había salido bien, gracias al poder que les había dado, y aun los demonios se les habían sometido. Se alegró el Salvador al oír las humildes palabras de sus discípulos, y les contestó que debían alegrarse no solamente por este feliz resultado, sino por otra cosa más alta y de mayor importancia, cual era, el que sus nombres estuviesen escritos en el libro de la vida. Que mucho más

importante aún que ayudar a otros a salvarse era tener asegurada la propia salvación, como la tenían ellos, en virtud de haber sido predestinados desde toda la eternidad, y estar sus nombres escritos en el libro de la vida.

Con esta ocasión da el Salvador una ojeada al misterio de la predestinación. Mira por una parte la sabiduría y prudencia mundana que, desde los ángeles rebeldes hasta el fin de los tiempos, llena de soberbia y presunción se aleja de Dios y se precipita en su perdición; y por otra, a los humildes y pequeños que sometiéndose a Dios perfectamente, consiguen la felicidad eterna. Muestra además la causa de donde proceden estas dos suertes tan distintas, que es él mismo y su eterno Padre. De sí propio dice: *Todas las cosas me las ha entregado el Padre, y ninguno conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo.* Y en otra parte: *Ninguno viene a mí si el Padre no le trajere* (Jn 6, 44).

Con estas palabras manifiéstase el Salvador como causa que coopera y perfecciona, como intermediario y punto céntrico del magnífico misterio de la predestinación. Como Verbo y Sabiduría increada del Padre y como Hombre-Dios es en realidad la fuente de todos los conocimientos divinos *y* de toda salvación y la señal que divide los diversos caminos de las criaturas. Quien quiera salvarse, tiene necesariamente que ir al Padre en él *y* por él. Él es realmente el libro de la vida en que están escritos los predestinados. Y por eso este misterio es una magnífica demostración de la gloria, de la divinidad y majestad del Salvador como centro adonde todo confluye. Por eso se alegra él en el Espíritu Suato y da gracias a su eterno Padre, y no únicamente por lo que a sí atañe, pues su amor le mueve también a dar gracias en nombre de los Apóstoles y de cuantos han de ser predestinados por la fe y el amor a su persona.

De las palabras arriba citadas saca el Salvador la consecuencia. Si solamente por él podemos salvarnos y llegar hasta el Padre, se sigue necesariamente que debemos someternos y unirnos a él por completo. Por eso dice: *Venid a mí*; es decir, uníos a mí por la fe y el amor; *tomad sobre vosotros mi carga y mi yugo,* a saber, el yugo de mis enseñanzas, de mis mandamientos, de la sujeción a mi dominio. *Aprended de mí,* haceos mis discípulos en la humildad y en la mansedumbre. En otros términos, debemos ser como los niños y los pequeños a quienes alaba y promete la vida eterna. Debemos, por consiguiente, alejar de nosotros toda complacencia propia y toda confianza en nuestras fuerzas, buscar sólo en Jesús la dicha temporal y eterna y sujetarnos a él con plena humildad y prontitud. Sólo así podemos esperar que el Padre nos muestre a Cristo y

que Cristo nos conduzca al Padre; sólo entonces podemos contarnos en el número de los predestinados y ser inscritos en el libro de la vida, pues, es a lo que el Salvador nos invita.

Y para que sigamos su invitación, añade algunas razones hermosísimas y de suma eficacia. Y, en primer lugar, a ello nos debe mover nuestra grande y omnímoda indigencia. Tenemos una inclinación natural e irresistible al conocimiento de la verdad, al amor y a la felicidad perfecta. Pero, ¿dónde encontrarlos? No ciertamente en nosotros, ni en el mundo, ni en las criaturas; únicamente en Dios, en Jesucristo, verdad, bondad y hermosura infinita, único que puede hacernos completamente felices. — Todos estamos, por otra parte, llenos de miserias, de trabajos y de padecimientos en el cuerpo y en el alma, en el orden natural y en el sobrenatural. Gemimos bajo el imperio de las pasiones desordenadas, del pecado y de los males y penalidades de la vida. ¿Dónde hallar auxilio, consuelo *y* satisfacción sino en el Salvador? Sus palabras, sus ejemplos nos confortan, y su gracia nos lo hace todo posible y llevadero. Por eso nos dice: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré.*

La segunda razón para unirnos a Cristo es su misma persona y amabilidad. Demasiado conocemos nuestra insuficiencia y ove tejemos necesidad de quien nos rija. Ahora bien: sólo podemos escoger entre Cristo y el mundo; ¡y cómo resalta la benignidad, la mansedumbre, la fidelidad y el desinterés de Cristo comparado con la codicia, la soberbia y la tiranía del mundo! Su doctrina, tan conforme con la recta razón. ennoblece y consuela; pocos son sus mandamientos, abundante la gracia y magníficas las recompensas que nos promete. Él es sabio, rico y poderoso y quiere ser en persona nuestro galardón; sólo en él encontraremos la verdadera paz del alma.

Siendo esto así, ¿no exclamaremos con San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos, Tú tienes palabras de vida eterna?* Quien quiera salvar su alma tiene que unirse a Cristo por la fe y el amor. Él es el camino que nos conduce al Padre, la verdad que satisface al alma, la vida que nos hace verdaderamente felices. ¿Qué buscamos, pues, en el cielo ni en la tierra, qué deseamos sino a Dios, al Dios de nuestro corazón, nuestra herencia por toda la eternidad? ¡Cuán bueno es allegarse a Dios y poner en él toda su esperanza! (Sal 72, 25ss)

CAPÍTULO IX

Era bueno

Cuando el Salvador entró en Jerusalén por última vez para la fiesta de los Tabernáculos, todo el mundo hablaba de él. Algunos decían: *Es un alborotador*; otros: *Es bueno* (Jn 7, 12). Estos últimos tenían razón. El hombre es lo que son sus obras, y éstas se manifiestan en el trato con los demás. El Salvador era bueno; ¿y cómo no, si era Dios, y Dios es la bondad misma?

Era bueno con los ricos. Dos clases de injusticias se cometen a menudo para con los ricos, odiándolos o ensalzándolos como dioses: lo uno es envidia, lo otro, insensatez. Muy al contrario, el Salvador, el cual amó a los ricos, deseándoles todo bien, porque también ellos tienen alma y son hijos de Dios. Los compadecía por sus riquezas y les avisaba que tuviesen cuenta con ellas, pues' son un gran peligro para el alma; pero también reconocía en los ricos y en las riquezas un medio poderoso para el reino de Dios y la salvación de los hombres. Por eso no se olvidó de los ricos y trató de atraerlos al bien, aunque en la manera debida y digna de Dios. No los buscaba, sino que quería que ellos le buscasen a él. De buena gana le hubiera visto Herodes en su palacio, pero nunca quiso ir allá. Al hijo del régulo le curó desde lejos, sin querer ir a su casa. Rogado por el centurión gentil, se puso en seguida en camino hacia su casa, pero no entró en ella, cuando se la prohibió el mismo centurión con humildad. Al contrario, detiene al arquisinagogo con amable insistencia, y le sigue a su morada, porque ya su hija había muerto, y podía hacer algo por él. Siempre accedía a las súplicas de los ricos sin hacer caso de contrariedades ni esperar agradecimiento.

Fue bueno también con los pobres, con los afligidos, con los desgraciados y con los enfermos, de tal modo, que éstos fueron siempre objeto de su predilección, porque decía que no eran los sanos los que tenían, necesidad de médico, sino los enfermos (Mt 9, 12). Como el imán al hierro, así su bondad atraía todas las miserias y sufrimientos. Tenía íntima y ardiente compasión con los pobres y desgraciados, porque eran hijos de Dios, hermanos suyos y estaban llenos de tantas desdichas. Y esta compasión no la escondía en su pecho; la manifestaba en sus palabras, en sus lágrimas, en los consuelos que prodigaba, y en sus beneficios. No esperaba que los desgraciados vinieran a él, sino que salía a su encuentro, los buscaba, les ofrecía su ayuda, sin reparar en sus importunidades o en su

ingratitud. Todo lo agotó para socorrerlos, poniendo su sabiduría y su poder al servicio de su bondad.

Entre los desgraciados prefería a los pecadores, como los más infelices y dignos de compasión. El mundo no tiene remedio para estos desdichados, ni siquiera conoce su desdicha, y deja que desesperados se pierdan para siempre. Así lo hacían los fariseos; pero muy de otra suerte el Salvador, que, como buen pastor y padre misericordioso, salía al encuentro del hijo pródigo para sellar con ósculo de amor sus palabras de arrepentimiento y restituirle a su primer estado. Tan conocida era su bondad con los pecadores, que sus enemigos se sirvieron repetidas veces de ella para sus torcidos intentos y procuraron perderle, valiéndose de su misericordia (Jn 8, 3; Lc 6, 7).

Aun para con estos enemigos era el Salvador bueno sobre toda ponderación. Pasmoso era el empeño con que ellos laceraban su corazón y resistían a los esfuerzos que hacía para salvarlos. En una de las fiestas más solemnes del Templo le rodearon los judíos con intento de apedrearle con las piedras que llevaban en las manos. El Señor entonces les dirige estas palabras: *Muchos beneficios os he hecho, ¿por cuál de ellos queréis apedrearme? — No es por los beneficios,* respondieron los judíos, *por lo que queremos apedrearte, sino porque siendo hombre quieres hacerte Dios* (Jn 10, 32). *Y* era la verdad: sólo beneficios y beneficios inapreciables les había hecho; pero su doctrina no encontró más que contradicciones; sus milagros, maledicencia; sus beneficios, la ingratitud más negra, y su amor, odio mortal y la muerte más cruel y afrentosa. Y a pesar de todo prosigue el Salvador ejercitando su ministerio con admirable caridad y mansedumbre; no se retira de ellos, responde a sus preguntas descorteses e importunas, y se aprovecha de ellas para darles nuevas instrucciones y avisarles del castigo que les aguarda. Y no cesa de mostrarles su bondad con nuevos beneficios, hasta que, puesto en una cruz, abre su corazón y pronuncia, ya moribundo, palabras de perdón para sus enemigos.

¡Oh, sí!, el Salvador era realmente bueno. Como imagen verdadera *y* personal de la bondad de Dios (Sab 7, 26), *pasó por el mundo haciendo bien, porque Dios estaba con él* (Hech 10, 38). Así como nadie puede sustraerse a los rayos benéficos y vivificantes del sol (Sal 18, 7), así no hay ser alguno a quien esta bondad y este amor no regocije y haga feliz. ¿Y qué se deduce de aquí? ¿Que seamos también nosotros buenos como lo era el Salvador? Sin duda que sí; pero ante todo hemos de sacar esta consecuencia: que debemos amar al que era bueno, sobre todo. Amamos todo lo que es bueno *y* a todos aquellos que son buenos con nosotros; ¿por qué no amar a Jesús?

¿No nos muestra él su bondad? A él se lo debemos todo: las gracias inestimables del bautismo y de la fe, la de vivir en el seno de la Iglesia católica, por la que disfrutamos de bienes tan incomparables, y quién sabe si también el beneficio de habernos perdonado innumerables veces el abuso que hayamos hecho de sus gracias y de su misericordia. Acordémonos de todo esto que nos ha dado y de que aun quiere dársenos a sí mismo, y veremos que a nadie debemos amar tanto como al Salvador.

CAPÍTULO X

Pasión y muerte

El crisol donde se prueba el amor son los padecimientos. Tan grande es el amor cuanta es la disposición a sufrir por la persona amada, y ni el mismo Salvador supo darnos otra medida de su amor que probárnoslo con el bautismo de fuego de su pasión (Lc 12, 49). Y este bautismo de sangre es tan sublime que no hay cosa que así pueda mover los corazones generosos y excitarlos a pagar amor con amor, padecimiento con padecimiento.

Tres motivos principales hay para ello.

El primero es la causa de la pasión. Sentimos compasión y hasta una especie de reverencia hacia un hombre que paga con graves tormentos y penas lo que debe por sus culpas, si lo lleva con espíritu de penitencia y per satisfacer a la justicia. El Salvador pagaba lo que no debía; su vida había sido santísima e inocentísima, y precisamente por eso fue escogido por Dios como víctima propiciatoria por nuestros pecados y por los de todo el mundo. Nuestras culpas y las de todos los hombres clamaban venganza al cielo, si no se daba justa satisfacción; y la pasión de Cristo con sus inauditos tormentos no era otra cosa que la repercusión terrible de los pecados, que cayó sobre el Salvador, fiador nuestro piadosísimo, en vez de caer sobre nosotros. *Dios puso a su Hijo como propiciación por la fe en su sangre para manifestar su justicia contra el pecado* (Rom 3, 25). El amor inefable del Hijo de Dios hizo que se ofreciera por nosotros y que muriera por nuestros pecados en la cruz. *Pagó lo que* no *debía* (Sal 68, 5). Lo misino repite con palabras ternísimas el Apóstol en otro lugar: *Me amó* y *se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2, 20). Así debemos considerar la pasión del Señor: en el Calvario, detrás de los judíos, instrumentos inmediatos de la muerte de Jesús, estamos nosotros, cargados de culpas, como causantes muy principales de tan horribles tormentos. En todas las escenas de la

pasión puede cada uno decirse a sí mismo: ¡Eso que Cristo padece, lo debías padecer tú!

Nos trajo además el Salvador una nueva religión con su fe y su moral, con un nuevo orden de gracia y un nuevo sacrificio, y convenía que con su muerte sellara la fe, abriera las fuentes caudalosas de la gracia, consagrara con su sangre el altar del sacrificio, y, sobre todo, era necesario que llevara él primero la cruz de la mortificación y del sufrimiento y nos la hiciera meritoria de vida eterna; todo lo cual hizo por medio de su pasión.

Finalmente, quiso el Salvador reunimos a todos aquí en la tierra, en un reino inmenso y magnífico, y así unidos, guiarnos al cielo. Pero el mundo yacía bajo el poder de Satanás, y sólo un duelo a muerte podía ganarnos ese reino de las almas. Como príncipe generoso quiso Jesucristo rescatarnos a nosotros, su pueblo, con su muerte. Su sangre fue el precio que dió para comprarnos un lugar en el reino de su Iglesia; ¿podremos jamás olvidarnos de su generosidad?

De este muelo las causas de la pasión de Cristo están íntimamente ligadas a nosotros mismos: por nosotros, por el bien supremo e inapreciable de la salvación de nuestras almas padeció y murió Cristo nuestro Señor.

Otro de los motivos que han de excitar nuestra compasión y agradecimiento es la muchedumbre y magnitud de los tormentos de la pasión. Tan grandes son, tan diversos, tan singulares, que en vano los buscaríamos semejantes. Tormentos interiores, en el cuerpo y en el alma; tormentos procedentes de sí mismo y de otros y muchas veces de todas partes. No hubo nadie entre los que le rodeaban que no contribuyese a su pasión; de amigos y enemigos tuvo muchísimo que sufrir. Lo mismo se diga de las especies de tormentos: afrentas, deshonras, desprecios, burlas, ingratitudes, traiciones y agravios, tan sensibles a todo corazón noble. En ninguna parte encontró justicia; todos los encargados de administrarla le dejaron sin apoyo, le abandonaron y le condenaron a la muerte más cruel e ignominiosa. Encontramos en su pasión suplicios crueles y humillantes, como la flagelación y la crucifixión; penas contra toda costumbre y derecho, como la coronación de espinas y las afrentas dolorosas de la casa de Caifás; padecimientos misteriosos y dignos de admiración, que sólo él podía sufrir, como las angustias del huerto y la muerte en la cruz. Fueron tales estas angustias interiores del Clima, que sobrepujaron en intensidad y amargura todos los padecimientos humanos. Todos los géneros de tormentos imaginables oprimieron al Salvador por todas partes, de modo que pueden aplicársele a él las palabras que decía el profeta, refiriéndose a

las calamidades de Jerusalén: *Mirad y ved, cuantos pasáis por el camino, si hay dolor semejante al mío* (Lam 1, 12). *Glande es como el mar mi aflicción* (Lam 2, 13).

Para medir de alguna manera la profundidad y amargura de estos tormentos, tendríamos necesidad de formarnos idea de la naturaleza y complexión de la humanidad de Cristo, de la delicadeza y sensibilidad de su cuerpo, y de la impresión que hacían en su ánimo los dolores y afrentas. Tenía conciencia vivísima de su dignidad divina y del honor que a ella correspondía. Pocos días antes había entrado en triunfo por esas mismas calles, aclamado como profeta y obrador de maravillas, respetado y venerado por muchos de los más principales y sabios de entre los hijos de su pueblo, y la ciudad entera se había postrado a sus pies, rindiéndole homenaje. ¡Y ahora todo termina con el fin más ignominioso! Hacer el sacrificio de su vida para llevar a cabo una hazaña, dejando en pos de sí la gloria y el reconocimiento universal, empresa es de que muchos son capaces; pero morir como un criminal y malhechor vulgar, abandonado y despreciado de Dios y de los hombres, sin honra, sin consuelo, con una muerte que revela todo el desamparo y la impotencia humana, en medio del gozo de pérfidos enemigos (Mt 27, 49), eso es lo más duro, lo más triste y desgarrador que pueda imaginarse. Así lo sintió el Salvador y lo expresó en aquel grito de angustia que dió en la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?* (Mt 27, 46) y ya antes lo había anunciado por los profetas: *Yo soy un gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desprecio de la plebe* (Sal 21, 7). *No hay parecer en él ni hermosura. Le vimos, mas sin atractivo para desearle, despreciado y desechado entre los hombres... Su rostro escondido y despreciado y por eso no le estimamos, y nosotros le tuvimos por herido de Dios* (Is 53, 2ss). *Me guió entre tinieblas como entre los muertos, y no en luz... Clamé y rogué, y cerró los oídos a mi oración. Mi alma se alejó de la paz; olvidéme del bien. Pereció mi fin y mi esperanza delante del Señor. Acuérdate de mi pobreza y de mi abatimiento. Me acordaré siempre de él y se consumirá mi alma* (Lam 3). ¡Oh Calvario terrible, testigo del abandono de un Dios y de aquella hora tristísima en que, víctima voluntaria de su amor sin medida hacia nosotros, el Salvador, Señor de cuanto existe, santísimo, gloriosísimo, el más hermoso y amable entre los hijos de los hombres, padece la muerte que él mismo había escogido! ¿Cómo podremos jamás olvidarlo?

Finalmente, la pasión «le Cristo es gloriosa por el modo cómo la sufrió y le dió fui.

Porque no le cogió de improviso e impensadamente. Todo estaba de antemano previsto, determinado y elegido por él desde toda la eternidad. ¡Cuántas veces se la anunció a sus discípulos! En la hora fatídica del prendimiento rehusó toda defensa; millares y millares de ángeles, como él dijo, estaban prestos a defenderle; con una sola palabra echó por tierra el escuadrón de sus enemigos. Y con la misma libertad y señorío con que empieza su pasión le pone fui, inclinando la cabeza un momento antes de expirar, para dar a entender que nadie podía quitarle la vida contra su voluntad y que disponía de ella con perfecto dominio. Verdaderamente, se ofreció por nosotros porque quiso.

La segunda cualidad que resplandece en su pasión es la fortaleza y magnanimidad admirables. No padece Cristo nuestro Señor con indiferencia estoica, ni con orgulloso desprecio de la muerte, pero tampoco con desfallecimientos ni desmayos. Siente vivamente los dolores y no se avergüenza de manifestarlo, no para quejarse, sino para que nos sirva de consuelo el ver que realmente padecí: tormentos indecibles y que por medio de ellos paga lo que debíamos a Dios por nuestras culpas, como Sumo Sacerdote constituido por Dios, *el cual,* según dice San Pablo, *en los días de su vida mortal ofreció ruegos y súplicas al que le podía librar de la muerte, y fue oído por su reverencia* (Hech 5, 7).

El último distintivo de su pasión y muerte fue la santidad; porque padeció y murió ejercitando las más altas y sublimes virtudes. Perdona a sus verdugos; implora la misericordia de su Padre en favor de cuantos cooperan a su muerte; vela piadosamente por su madre, que permanece en pie junto a la cruz; escucha los débiles sollozos del buen ladrón; da cumplimiento a las últimas profecías y entrega su espíritu con un suspiro de inmenso amor a los hombres y de sumisión y abandono filial a su eterno Padre. Por eso su muerte es no sólo santa, sino el dechado, la causa y perfección de la muerte de todos los santos.

Así expiró el Salvador, peleando con la muerte, y muriendo como uno de nosotros, no por fuerza, sino voluntariamente para probarnos el amor que nos tenía.

Allí, al pie de la cruz, al contemplar las últimas gotas de sangre que manan de la herida abierta del costado y del corazón traspasado del Señor, acordémonos de aquellas palabras: *Ninguno tiene mayor caridad para con sus amigos que el que da la vida por ellos* (Hebr 5, 7).

CAPÍTULO XI

Vida gloriosa

La alborada del día siguiente al sábado de Pascua no encontró ya al Salvador sepultado entre los muertos al pie del monte Calvario. Había resucitado para empezar la vida gloriosa, tercero y último estadio de su vida de Hombre-Dios, lleno, como todos los demás, de dignación y amabilidad.

Es la resurrección el juntarse de nuevo el cuerpo con el alma, pero no para la vida terrena de antes, sino para otra enteramente nueva y gloriosa. El cuerpo, revistiéndose de propiedades semejantes a las de los espíritus, sin dejar de ser cuerpo, se cambia en otro ser totalmente distinto y maravilloso, obra maestra entre las criaturas visibles de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios, y es para el alma glorificada no sólo un adorno y una presea, sino fuente de conocimiento, de gozo y de poder antes no sospechados. Así resucitó Cristo a esta vida nueva, colmada y llena de gloria y claridad, manifestándose aún en el cuerpo como verdadero Hijo de Dios, resplandeciente su rostro con la majestad divina, adornado con las dotes de claridad, de hermosura y de inmortalidad. ¿Quién podrá formarse idea de esa belleza y majestad de Cristo resucitado? Todas las sombras de su vida mortal han desaparecido; su rostro brilla más resplandeciente que el sol*;* toda su persona respira nobleza, majestad y apacibilidad; y así como de la creación entera sale a cada instante como un mar de gozo y alegría que se refleja en su corazón, así él derrama a su vez un paraíso de felicidad y bienandanza en los corazones de todos aquellos a quienes se acerca. Así lo vemos en el evangelio; su vista enjuga todas las lágrimas, su saludo regocija todos los corazones, y hay fiesta perenne por dondequiera que pasa. Una mirada de Cristo y el disfrutar de la vista de su humanidad santísima basta para nuestra felicidad.

La hermosura, con su magia seductora, tiene poder para doblegar el corazón humano. Mas, ¡cuántas veces paga con desengaños, infidelidades y muerte! Todo lo creado está sujeto a mudanza *e* instabilidad continuas. Si queremos gozar de hermosura verdadera, inmortal, capaz de hacernos felices, levantemos la vista más arriba, a Cristo resucitado. La resurrección es, con toda propiedad, la fiesta de su cuerpo. El alma había sido glorificada desde el instante de la muerte; en la resurrección lo fue sólo el cuerpo, y de una manera completa y perfectísima. La ascensión no le agregó gloria ninguna interna, sino la externa que resultaba del sitio

adonde subió; y así fue en la resurrección donde empezó la hermosura inmortal del Salvador, la misma que es ahora el encanto de cielos y tierra. Por eso la Pascua es realmente la fiesta de la hermosura, la que descubre a nuestros anhelos el campo de una belleza más noble e imperecedera, prototipo de toda belleza, cuya esperanza es ya recompensa para el que renuncia a toda hermosura terrena. La hora de nuestros desposorios, dice un escritor cristiano, no ha llegado aún; pero llegará, y nuestra dicha será colmada y superabundante.

No subió el Salvador al cielo inmediatamente después de la resurrección, sino que permaneció aún cuarenta días sobre la tierra entre los suyos, arreglando y disponiéndolo todo, y cuidando de ellos con solicitud y amabilidad divinas. Unas veces consolaba a cada uno de sus discípulos y discípulas, premiaba sus servicios o les daba encargos especiales; otras veces se ocupaba en lo relativo a la fundación de la Iglesia. Entonces instituyó dos sacramentos, el del bautismo y el de la penitencia; reveló y confirmó las verdades de la fe relativas a la Santísima Trinidad y a la resurrección, y coronó el edificio de la Iglesia con la institución del Primado.

Y todo esto lo hacía el Señor con inagotable bondad y amabilidad. Bien puede afirmarse que sufrimientos, pasión y muerte, lejos de amenguarlas, las habían hecho crecer; tan clemente es al consolar y perdonar las pasadas culpas. Quien todo lo sabe, todo lo perdona también. La penitencia, el bautismo, el primado, la inmortalidad, ¡qué dones de Pascua tan regios y divinos para la humanidad! Así como la resurrección nos descubre la hermosura e inmortalidad del Salvador, así su permanencia de cuarenta días sobre la tierra nos manifiesta su bondad.

Sube por fin el Señor triunfante a los cielos. La ascensión es el remate de su vida terrena y el principio y coronamiento de su gloria, pues por ella entra en posesión del reino de los cielos. Término más excelso y sublime no podía tener la vida del Hombre-Dios. Conduce el Salvador a sus discípulos al monte de los Olivos y allí, delante de ellos, se eleva majestuosamente a los cielos, dejándonos entrever algo de ese reino glorioso del que toma posesión para nosotros. El cielo es el fin dichoso de todo cuanto existe y el último mensaje que el Señor nos envía.

¡Qué grande y magnífico es este reino suyo! Reino nobilísimo, de paz suavísima e imperturbable y de descanso verdadero; reino de actividad gloriosa y no interrumpida, para honra y gloria de nuestro Dios inmenso e infinito; reino finalmente de inconcebibles e interminables delicias. ¡Qué honra y qué consuelo tener derecho a esperar este reino con sus bienes

imperecederos! ¡Con qué ansia y amor debemos levantar hacia él nuestros pensamientos y nuestros corazones, y dirigir nuestros trabajos y cuanto somos y tenemos a conseguirle! El cielo es la obra más excelente del poder, del señorío, de la bondad y del amor de Jesucristo; la ascensión es apoyo firmísimo de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad; Cristo es la estrella de la mañana que no conoce tarde ni ocaso; salió en la resurrección y brilla en el cielo desde el día de la Ascensión, para que apartemos nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestros corazones de los cosas mudables y caedizas de la tierra y los dirijamos a él, en quien está nuestra verdadera y eterna felicidad.

De este modo el cielo, gozo eterno e infinito, es el remate de la vida terrena y el compendio de la vida gloriosa de Cristo nuestro Señor. Y así tenía que ser; como Dios, es él por esencia bienaventurado, ejemplar y fuente de toda dicha y no puede carecer de ella sin dejar de ser lo que es. Como hombre, es el trasunto más acabado de la divinidad, causa, fundamento y dueño de la bienaventuranza del cielo, como ninguna otra criatura. Lo que padeció en la tierra no fue más que pasajero; lo tomó de su voluntad y lo sobrellevó por amor de Dios y nuestro, pero no era esa, ni podía serlo, la parte que de derecho le correspondía. Lo mismo sucede con nosotros, criaturas, siervos *y* hermanos suyos: los padecimientos *y* dolores no son el fin a que va enderezada nuestra vida, sino el gozo y la bienaventuranza. No lo olvidemos: la felicidad es el santo y seña del cristianismo y la orden del día de nuestro Capitán, y ninguna otra conviene ni a él ni a nosotros. Y es maravillosa la eficacia y poder que ha comunicado a esta palabra: ella nos hace abnegados e invencibles, supera todas las dificultades, resuelve todas las dudas en el cristianismo y llena de amor nuestros corazones hacia aquel Señor que ha puesto únicamente su honra y su gloria en nuestra felicidad y en nuestra dicha. «Tu vida es nuestro camino», dice con razón la Imitación de Cristo, «y por la santa paciencia vamos a ti que eres nuestra corona».

CAPÍTULO XII

El Santísimo Sacramento

El Salvador subió a los cielos y, sin embargo, sabemos por la fe que se quedó también corporalmente en la tierra. Esta maravilla se obró por medio del Santísimo Sacramento, cuya esencia consiste en que el Salvador

está real y verdaderamente presente, con su cuerpo y alma, su divinidad y humanidad, encubierto bajo el velo de las especies sacramentales, mientras duran estas especies. El Santísimo Sacramento es la cadena de oro que une en vínculo estrechísimo el cielo con la tierra.

Esto nos lleva naturalmente a considerar uno de los fines de su institución, a saber, la permanencia de Jesucristo aquí en la tierra. Su amor anduvo más presuroso que la muerte. Antes que sus enemigos hubieran logrado arrancarle del mundo, quitándole la vida, ya él había instituido esta otra manera de presencia sacramental, la cual, por el modo cómo se verifica, es verdadera y admirable. Por ella puede estar a un tiempo en el cielo y en millares de sagrarios; por ella aparece a los sentidos como muerto y como pan, sin perder por eso nada de su vida, de su perfección, de su hermosura; por ella parece tan pequeño, que cabe en la mano de un niño, y los cielos no pueden contenerle: cosas todas maravillosas que sólo el amor y el poder juntos pudieron realizar. Como perlas de rocío en un ramo de flores, así resplandecen los milagros en el Santísimo Sacramento, que todo él es un prodigio. Además, con la presencia real en la Eucaristía se nos manifiesta Jesucristo amabilísimo, lleno de bondad y capaz de atraerse a sí toda nuestra confianza. ¡Con qué poco sitio se contenta! ¡Qué poco nos pide! Únicamente que le recibamos y nos alimentemos de él; en todo lo demás se remite a nuestro amor y a nuestra generosidad. Su honra externa es la que nosotros queramos tributarle. Cuando andaba por el mundo se hacía buscar por los hombres; ahora es él quien viene a ellos, fija entre ellos su morada y los hace felices, no sólo con su presencia, sino también con los beneficios que ella trae consigo, y con las ternísimas devociones a que da origen. ¡Qué triste y solitario quedaría el mundo sin este Sacramento!

No sólo permanece el Señor acompañándonos constantemente en la Eucaristía, sino que se sacrifica por nosotros, que es el segundo fin de su institución. La presencia continua del Salvador en el sagrario supone necesariamente la celebración de la santa Misa, y ésta es, por su esencia, el sacrificio de la nueva alianza. Dos sacrificios ofreció Jesucristo: el de la cruz y el de la cena. La Misa es sacrificio completamente igual al de la cena, y en sustancia es también el mismo de la cruz; porque no es simplemente un recuerdo o una representación de él, sino su repetición, continuación y consumación, con el mismo Sumo Sacerdote, la misma víctima y el mismo valor. Los hombres son los que han cambiado, y no son hoy los mismos que asistieron al sacrificio de la cruz y de la cena. Y aquí resplandece la dignación de Cristo nuestro Señor, que quiere renovar

continuamente su sacrificio, poner, por decirlo así, en manos de cada uno de los hombres sus méritos y rendir por cada uno a Dios el debido tributo de adoración, de reverencia, de acción de gracias y de satisfacción. Más aún: no ofrece ahora sólo el sacrificio como en otro tiempo, sino que elige sacerdotes de entre los hombres, para ofrecerlo con ellos y por medio de ellos. Así hace realmente nuestro su sacrificio, comunicándole valor infinito, con lo cual podemos presentar a Dios una ofrenda digna de su infinita majestad. Y no se cansa jamás el Salvador de renovar este sacrificio de alabanza, que como el sol da vuelta a todo el mundo, y de altares sin número se eleva basta Dios su olor suavísimo hasta convertir toda la tierra en un templo vivo e inmenso del Altísimo. ¡Cómo nos ha enriquecido, aun delante de Dios, el amor y la benignidad de Cristo nuestro Señor! Con ninguna otra cosa alcanza Dios tan colmada y espléndidamente el fin de la creación como con la santa Misa.

Pero la Eucaristía no es únicamente sacrificio, sino también sacramento, y éste es el tercer fin de su institución. Como sacrificio pertenece en primer término a Dios, como sacramento, a nosotros; por él nos comunica Dios gracia para poder merecer la vida sobrenatural y salvarnos. Esta vida sobrenatural la recibimos en el bautismo, y se conserva y fortalece con la sagrada Eucaristía. En los demás sacramentos nos comunica Cristo la gracia por medio de señales sensibles; en éste se vale de su propio cuerpo como instrumento de ella.

Es, por lo tanto, el Sacramento del Altar, el cuerpo de Jesucristo bajo las apariencias de pan y en forma de alimento. ¡Qué prenda de amor tan magnífica!

El Santísimo Sacramento es nada menos que el cuerpo mismo de Jesucristo, el cual nos lo da ahora y lo hace instrumento de sus favores como en otro tiempo se valía de sus divinas manos para curar enfermos y resucitar muertos. Pero con mayor dignación, porque ahora nos da su cuerpo, santuario de la divinidad y maravilla de los cielos y de la tierra, y juntamente con su cuerpo, su alma, su divinidad, sus méritos, su gracia: todo lo que es y lo que tiene lo hace propiedad nuestra. ¿Quién puede haber más rico ni más honrado en el mundo que aquel que lleva en su pecho a su Dios y Salvador? ¿Qué más podíamos nosotros pedirle, ni qué más podía él darnos a nosotros?

Y si este Sacramento es Jesucristo en persona, se sigue de ahí que es el más excelente de todos, y no sólo en cuanto a su dignidad, sino también en cuanto a su eficacia. La comunión es unión íntima corporal y juntamente moral con Cristo, y por eso supera a todos los demás

sacramentos en eficacia para conservar y aumentar en nosotros la vida sobrenatural. Como Cristo es la vida, así éste es el Sacramento de la vida (Jn 6, 56-57). Además, efecto suyo son, por manera especial, las virtudes y dones más excelentes, como la caridad, la paz, el gozo, la fortaleza, la castidad, la virginidad, la generosidad. Por la comunión participamos de la misma vida divina de Jesucristo (Jn 6, 58), y aun nuestro cuerpo recibe con él la prenda de la gloriosa resurrección. Y todos estos efectos maravillosos están magníficamente representados en los accidentes sacramentales del pan y del vino. El pan y el vino son símbolo de la vida; el mantenimiento significa íntima unión y fortaleza; el convite es la expresión de la alegría y de la amistad sincera. Finalmente, ¿en qué otra forma podía el Salvador habernos mostrado con mayor viveza cuán tierno y desinteresado es el amor que nos tiene? Sabiendo que no hay nada que tan íntimamente se una a nosotros como el sustento corporal, el cual entra y se transforma en nuestro ser y se hace con nosotros una sola cosa; y no pudiendo sufrir que hubiera nada que se uniera a nosotros más estrechamente que él, se convierte en alimento de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Pero mejor podemos decir que nos transformamos nosotros en él que él en nosotros. Él, el Todopoderoso, nos atrae a sí para transformarnos espiritualmente en sí y hacernos, en cuanto es posible, participantes de su divinidad. ¿Veis ese pedacillo insignificante de pan, sin vida al parecer? ¿Es posible que toda la inmensidad de Dios quiera esconderse, humillarse y abajarse de esa manera? Pero así consigue lo que su amor pretende: atraer nuestro corazón para hacernos felices, para honrarnos, para enriquecernos. ¡Qué pensamiento tan tierno y conmovedor el de que apenas hay Hostia consagrada que no vaya a parar al pecho de un hombre!

¡Qué grande, qué magnífico y divino se muestra el amor que Jesucristo nos tiene, en los diversos efectos del Santísimo Sacramento del Altar! ¡Cuán de veras cumple su palabra de no dejarnos huérfanos, de permanecer siempre con nosotros, de ser él la vid y nosotros los sarmientos, y de que habíamos de formar con él un todo orgánico! Por medio de la Eucaristía extiende en cierto modo su Encarnación a todos los hombres. En la Encarnación tomó solamente una naturaleza humana; en la comunión se da a cada uno en particular y se une con él con vínculo estrechísimo. Por la creación, es Jesucristo nuestro Padre; por la conservación, nuestro Nutricio y Educador, y por la justificación, nuestro Salvador; mas por el Santísimo Sacramento es para nosotros algo tan inenarrablemente íntimo, que es difícil expresarlo, y en cierto modo, es todo ello juntamente. Lo que en esta ocasión le movió e impulsó a obrar

así fue, no sólo su compasión, su misericordia y su bondad para con nosotros, sino su amor, amor desinteresado y sin límites, amor que aun ahora no se arredra ante los sacrificios. Menos le hubiera bastado para mostrárnoslo; hubiera bastado que se quedase presente en un solo lugar del mundo, que nos hubiera alegrado con su visita una sola vez en nuestra vida, y eso únicamente a los que de ella fueran dignos; hubiera bastado que estuviese presente nada más que en el momento de recibirle. Pero rechaza todas esas limitaciones, aun exponiéndose a mil irreverencias y sacrilegios. No olvidemos el sinnúmero de ingratitudes y desacatos por los que tiene que pasar para venir sacramentalmente a nuestros corazones, y cómo llama a nuestra puerta con las palabras del esposo en el Cantar de los Cantares: *Ábreme, amiga mía; mi cabeza está cubierta de rocío, y los rizos de mi cabello con las gotas de la noche* (Cant 5, 2). ¿Dónde con más facilidad podemos pagar al Señor el amor que nos tiene, que en el Santísimo Sacramento, en el que arde tal incendio de caridad que con justicia es llamado *Sacramento de amor?* Por la presencia real está siempre y en todas partes con nosotros, se sacrifica por nosotros en la santa Misa, se une a nosotros íntimamente en la sagrada comunión. ¡Qué motivo y medio tan excelente para crecer en su amor!

CAPÍTULO XIII

El último encargo

Las últimas palabras de un amigo querido que se separa de nosotros, de un padre o de una madre moribundos se imprimen en nuestra alma y son como legado preciosísimo y sagrado y prenda de bendiciones del cielo. Por eso quiso también el Salvador antes de su pasión dejar a sus Apóstoles, y en ellos a nosotros, su testamento en aquella despedida sublime en que les descubrió los secretos más profundos de su corazón, y les hizo su último encargo, el cual debe ser también la última palabra de esta obrita.

¿Y en qué consistió ese encargo? En lo que todos cuantos se aman de veras desean y se exigen mutuamente cuando tienen que separarse con el cuerpo: en permanecer unidos siempre en espíritu. Esta es también lo que repetidas veces y con grande encarecimiento recomienda el Salvador a sus discípulos al tiempo de partirse de ellos, y juntamente a nosotros: *Permaneced en mí* (Jn 4, 6-9).

Pero, ¿cómo se ha de entender esta unión? Evidentemente el vínculo con que hemos de estar unidos a él no puede ser sino espiritual; pero, como él mismo lo declaró, es algo real y verdadero, vivo, no transitorio sino perdurable, algo que brote del fondo de nuestro corazón. Por eso se vale para declararlo de la hermosa y significativa parábola de la vid y los sarmientos (Jn 15, 1ss). Los sarmientos están orgánicamente unidos con la vid y forman con ella un solo ser viviente. Tal debe ser, en cierto modo, nuestra unión con Cristo, y tal es, en efecto, la que se verifica por la gracia santificante. La gracia santificante es una cualidad real, espiritual y permanente de nuestra alma, participación creada de la naturaleza divina y trasunto de la filiación divina. Ella nos hace espiritualmente hijos de Dios/asemejándonos así al Salvador, que lo es por naturaleza. Mientras conservamos la gracia santificante, se cumple perfectamente lo que el Salvador dice de esta unión, a saber, que él está y permanece con nosotros, que somos una cosa con él y con su Padre, como ellos entre sí son una sola cosa. El Padre y el Hijo son una sola cosa por tener la misma naturaleza divina; pero nosotros, por la gracia santificante, tenemos una copia y semejanza de la naturaleza divina, y su posesión es el elemento primero, esencial y permanente de la unión con Cristo, así como es el fundamento de todos los dores y virtudes que constituyen la vida espiritual.

Esta gracia santificante, que radica en la esencia de nuestra alma, va acompañada de fuerzas y auxilios sobrenaturales, mediante los cuales podemos ejercitar actos virtuosos. Tres son las virtudes que enumera el Salvador y las que manifiestan nuestra unión con él.

La primera es la fe, primer paso para acercarnos a Dios, es decir, nuestra unión con él por medio del entendimiento, reconociéndole y estimándole, según él se nos manifiesta, como Dios y como nuestro bien supremo y último fin. — Y para movernos a esta unión por la fe, aduce el Salvador motivos bellísimos, cuales son el testimonio formal de su divinidad, el remitirnos a sus milagros y, finalmente, la necesidad imprescindible en que estamos de depender de él por la fe, si queremos no ser cortados, y producir frutos de vida eterna. *Creéis en Dios, creed también en* mí... *Quien me ve a mí, ve a mi Padre. ¿No creéis que yo estoy en mi Padre, y que mi Padre está en mí? C*r*eed, si no, a las obras* (a los milagros). *En verdad os digo: el que cree en mí hará las obras que yo hago, y aún mayores* (Jn 14, 1.9.11.12). *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, lleva mucho fruto; porque sin mí, nada podéis hacer; el que no permanece en mí, será echado fuera y se secará* (Jn 15, 5-6). ¡Cuánto debemos por consiguiente apreciar la fe, y cuál no debe ser

nuestro cuidado de ejercitarla, puesto que es el único medio de abrazarnos con Cristo, y el foco de donde irradia la luz vivificante de la caridad!

La caridad y amor es el segundo y más adecuado medio de unirnos a Cristo, como quiera que es una inclinación constante de la voluntad hacia el objeto amado. *Permaneced en mi amor* (Jn 15, 9). Muy consoladora es la advertencia que nos hace aquí el Salvador, de que el amor consiste, no en cierta moción sensible y suave, sino en la guarda perfecta de los mandamientos de Dios (Jn 14, 15.21.23-24; 15, 10-14), con la cual va unida la caridad llamada habitual, compañera inseparable de la gracia santificante, y que permanece en nosotros, uniendo así nuestra voluntad con Dios, mientras no cometamos un pecado mortal.

Este es el amor y caridad que el Salvador inculca; y como motivos de él aduce en primer lugar el amor que el Padre nos tendrá si le amamos a él su Hijo que nos ha enviado; en segundo lugar, el amor que él mismo nos tuvo escogiéndonos por amigos y comunicándonos su doctrina y los misterios del cielo, y dando la vida por nosotros; en tercer lugar, la promesa de comunicaciones singularísimas hechas a las almas amantes por las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad, indicando con estas palabras el profundo y suave misterio de la gracia que, en diversos grados, han de recibir en el mundo las almas en su mística unión con Dios, preludio y alborada del amor y bienaventuranza del cielo.

Pero la fe y el amor necesitan un medio eficaz de comunicación con Dios, y éste es la oración, tercer ejercicio de nuestra unión con él. La oración que el Salvador recomienda en el sermón de la cena se relaciona estrechamente con su persona, puesto que ha de hacerse *en su nombre* (Jn 14, 13-14). Ora en nombre de Cristo quien está íntimamente unido con él por la gracia, quien ora según las intenciones del Salvador para gloria de Dios y dilatación de su reino, y, finalmente, quien ofrece su oración por los méritos de Jesucristo —. Esto es orar en nombre de Cristo. Y esta idea de la oración nos debe servir de estímulo poderoso para ejercitarla. Porque la oración, en los designios de Cristo, había de ser para los Apóstoles como una compensación por la falta de su presencia corporal. Lo que era para los Apóstoles el trato con Jesucristo, eso quiere él que sea para nosotros la oración. Por medio de ella quiere enseñarnos, fortalecernos y remediar todas nuestras necesidades. Por eso dice a los Apóstoles que hasta entonces no habían pedido nada en su nombre, porque estaba con ellos, y que de ahí en adelante había de concederles a ellos y a todos nosotros cuanto le pidiéramos en su nombre. Y el poder de la oración hecha en nombre de Jesucristo es ilimitado, puesto que es su propia oración omnipotente; tanto

es así, que ni siquiera necesita la oración hecha en su nombre que él la recomiende delante de su Padre. Esta oración es la unión más estrecha con él, y el instrumento más poderoso para conseguir la exaltación y dilatación de su reino. ¿Puede haber motivo más apremiante, más hermoso ni más noble para estimularnos a orar?

Tal es el postrer encargo del Señor: que nos unamos a él por medio de la gracia, de la fe, del amor y de la oración. Esta es la última y consoladora manifestación que nos hace de que -nos ama y de que quiere que le amemos, su postrero y sagrado mandamiento garantizando con su palabra, su último y más ardiente deseo. ¿Cómo no lo hemos de acoger con el cariño y veneración que se merece? El solo basta asimismo para unirnos perfectamente con Cristo: la fe une nuestro entendimiento con el suyo; el amor, nuestra voluntad; la oración nuestra memoria y nuestros afectos. Así queda el hombre todo injerto en Jesucristo y se hace como una cosa con él, de suerte que ya no sea él quien viva en sí, sino Cristo quien viva en él.

Empezamos esta obra por la oración; y por el amor que busca a Jesucristo en la oración volvemos al punto de partida... La oración, la abnegación y el amor de Dios, estrechamente unidos entre sí, son el triple lazo de la vida espiritual y de la perfección cristiana para cuantos deseen conseguirla, ya vivan en la libertad del mundo, ya en la quietud de la religión. Pero ninguna de ellas puede faltar: donde no hay oración, no hay tampoco fuerza necesaria para el vencimiento propio y para el conocimiento y amor de Dios; donde falta la abnegación, faltará también la oración, y el amor propio impedirá que se arraigue y crezca el amor de Dios; finalmente, donde no hay amor de Dios, no puede haber verdadero espíritu de oración y de sacrificio. Las tres cosas juntas, ayudándose mutuamente, alcanzan la corona de justicia.

De estas tres cosas así íntimamente ligadas, a más excelente es el amor y caridad, vínculo de la perfección y primero y último mandato del Señor, el cual lo que propiamente nos exige es amor, dejándonos a nosotros el cuidado de lo demás. Por el amor es el dueño absoluto de nuestro corazón. Para el amor no hay dificultades, antes las convierte en medios y ocasiones propicias para manifestarse. *Ama y haz lo que quieras,* dice San Agustín (In epist. Ioannie ad Parthos tr. 7, n.8), y San Juan: *Hemos creído en el amor que nos tiene* (Jn 1, 16). Nada se resiste a este amor de Cristo crucificado; él ha vencido al mundo. ¡Qué infinitamente amable es Dios nuestro Señor y Salvador, y cuán digno de ser correspondido! Nos amó hasta la muerte y nos ama aún de un modo indecible; ¿no es esto bastante para nosotros, pobres y miserables, necesitados de amor y de felicidad?

Tan grande y apetecible es este bien del amor que jamás podremos esforzarnos demasiado por conseguirlo: oremos siempre, no sea que nos sorprenda la muerte sin haberlo alcanzado perfectamente. El conocimiento y amor de Cristo es la más alta recompensa que podemos apetecer en el tiempo y en la eternidad; desdichado para siempre aquel para quien no lució en su vida este conocimiento y amor. Él es la medida de nuestra sabiduría, de nuestra santidad y de nuestra bienaventuranza. Y aunque toda la vida sea una continua cruz y martirio, no desmayemos; que digno es de grandes padecimientos el premio que esperamos. Cierto que con los consuelos sensibles todo se nos hace más fácil, pero no más meritorio. El amor de Dios, que en el cielo no tiene dificultad alguna, es a menudo en el mundo, mientras vivimos sólo de fe, luchando con frecuencia contra las dificultades o los halagos que nos impiden levantar el corazón a Dios por medio del amor, un verdadero arte y una manera excelentísima de honrar a Dios. Pero confiemos; que aun acá abajo ha de llegar un día en que brille para nosotros, suave y dulcísimo, el conocimiento de Jesucristo, aurora de la eterna bienaventuranza.